

# La luna no es pan de horno y otras historias

Laura Antillano





© Laura Antillano

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2017 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

### **Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

### **Páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

### **Redes sociales**

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2017001861

ISBN 978-980-14-3857-1

serie Las artes y los oficios

Laura Antillano

# La luna no es pan-de-horno y otras historias

PRÓLOGO  
Zulema Moret

BIBLIOTECA POPULAR PARA  
LOS CONSEJOS COMUNALES



## **BIBLIOTECA POPULAR PARA LOS CONSEJOS COMUNALES**

Luces para la construcción de una moral socialista impulsan la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales. Así, esta colección que aspira difundir la palabra de pensadores, investigadores, activistas sociales, ensayistas, poetas y narradores, traza desde la lectura la senda de un futuro solidario.

Por ello, es propósito de esta biblioteca el servir de herramienta para el desarrollo del pensamiento crítico, y a la par, promover la discusión reflexiva, el debate, generados a partir del análisis de los textos.

Con la publicación de cien títulos, cuyo tiraje individual suma un total de cincuenta mil ejemplares, se concibe una primera etapa de la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales, compendio de esfuerzo por parte de las instituciones que integran la Plataforma del Libro y la Lectura.

En consecuencia, va el reconocimiento para cada uno de esos entes: Instituto Autónomo Centro Nacional del Libro (Cenal), Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., Fundación Biblioteca Ayacucho, Fundación Editorial El Perro y La Rana, Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Fundación Librerías del Sur y Distribuidora Venezolana del Libro.

Moral y Luces: ¡que la palabra sea inspiración para el ímpetu del Poder Popular!



## **DE TEJER RECUERDOS A TRENZAR HISTORIAS**

—¿Cómo surge la idea de escribir un cuento?  
—Siempre es diferente. Puede ser una fotografía,  
puede ser una palabra, puede ser un aroma.  
Tomo nota enseguida de una frase y guardo eso.  
Y lo voy reelaborando en mi cabeza;  
adónde voy, qué quiero<sup>1</sup>.

Entrar al universo narrativo de la escritora venezolana Laura Antillano es transitar, parafraseando a Borges, por un jardín que se bifurca en innumerables senderos y que ofrece —detrás de esa aparente intimidad que proponen sus textos— recorridos que conducirán al lector por múltiples caminos. En el entramado de sus cuentos, publicados en varios volúmenes y desde su juventud, demarca varias líneas de lectura que trataremos de analizar a lo largo de estas páginas<sup>2</sup>.

Más allá del gesto íntimo de la infancia y la progresiva construcción de la identidad en los pasajes que convoca todo crecimiento, surgen a lo largo de su obra narrativa representaciones de protagonistas inmersos en escenas de la reciente historia social y política de América Latina, conjugándose dichas historias a través de variados abordajes y dispositivos literarios.

Ángel Rama, al referirse a la generación de escritores a la que pertenece Laura Antillano, señala: «Otros (autores) desembocaron en un cauto lirismo, que ha sido el territorio preferido para algunas narradoras capaces de una mirada más inquieta que nostálgica por la vida infantil, como la venezolana Laura Antillano o la uruguaya Cristina Peri Rossi» (1981:44). En efecto, su obra

temprana fue considerada como autobiográfica por la crítica del momento; por su parte el crítico venezolano Orlando Araujo, al referirse a su primer libro de relatos, *La bella época*, señala:

Laura Antillano, muy joven —¿veinte años?—, es realmente un caso prematuro de buena escritura y de firme vocación literaria. Hay un desligamiento sentimental, una escritura del desarraigo, una ironía suave y nostálgica que nos hace recordar a Teresa de la Parra (Ifigenia) en una generación lejana. Pero el libro alienta una rebeldía muy distinta de la venida subversión de Teresa de la Parra (1988:355).

Los relatos de *La bella época*, de tono evocador y escritos sobre episodios de infancia y de adolescencia, inauguran en cierto modo el ciclo de los *Bildungsroman* o relatos de formación. Mediante un estilo descriptivo, y por momentos evocativo, la autora convierte episodios de la niñez y de la adolescencia en punto de partida para el desarrollo, que puede ser coloquial o en algunos casos un conjunto de notas impresionistas, o una simple enumeración evocadora poblada por un conjunto de objetos que fragmentariamente organizan la narración. Y esa intimidad es la que se multiplica en ficciones a lo largo de su producción literaria, desde un «yo» que se convierte en «nosotros» y en «los otros», desde un espacio íntimo que se transforma por la magia de su escritura en el espacio de la casa, la comunidad, el país; en una cartografía que abarca Caracas, Maracaibo, Valencia y se extiende a otras ciudades de América Latina y de Europa.

Éste es el movimiento que impera a lo largo de algunos relatos de *La bella época*, *Un carro largo se llama tren* o *La luna no es pan-de-horno*, extenso cuento en el que podemos leer uno de los núcleos generadores de las dos primeras novelas: la relación con la madre. Pero no es la madre individual la que se construye a lo largo de numerosos cuentos; es la relación, el vínculo que determina la infancia y la adolescencia entre dos mujeres; es el espejo en el que la niña se mira y se reconoce o no se desea reconocer, temática que se puede encontrar en numerosas escritoras latinoamericanas y

que forma parte del engranaje a través del cual la joven protagonista construye su identidad. Pruebas de este tratamiento se pueden fácilmente encontrar en «Las piernas del blue-jeans», relato en el que la joven adolescente que se enamora no comprende el código de los adultos, representado por la madre: «A veces siento que Roberto y yo miramos al mundo como desde un balcón: el mundo es una masa, mazamorra en donde se inventan cosas duras, estables, para no sentir el mal olor, lo que flota de fondo...», dice la voz de la narradora y protagonista.

La infancia es otro de los grandes temas, la perspectiva de un mundo adulto narrado desde la voz de los niños, o la infancia de personajes que se encuentran y desencuentran a lo largo de la vida como en el relato «Atentado presidencial», en donde la historia sirve de marco al crecimiento de dos niños en el mismo país y bajo diferentes coyunturas ideológicas: «La pantalla del televisor, la voz del locutor: un automóvil negro, gente que corre, 24 de junio de 1960, alarma nacional. Hace sólo siete días que él cumplió nueve años, entre el toddy y los regaños de la señorita Carolina», para más adelante referirse a la niña: «Ella tiene pesadillas: su casa invadida por bayonetas, fusiles, hombres uniformados, en medio de la algarabía trágica, su padre sacado a empujones». No es una mirada nostálgica lo que organiza la narración, es una construcción de la historia que, vista desde el crecimiento de los personajes, adquiere otra dimensión y permite entretejer los materiales de la intimidad con los de la exterioridad, la vida privada con las instancias de lo público. Y en esto reside uno de los grandes aciertos de la obra literaria de esta autora y una de las propuestas más originales de su generación.

Esta suerte de contrahistoria, de una historia de lo privado, permite reconstruir genealogías y voces, segmentos sociales que como líneas de fuga podrían reconocerse en los intersticios de la historia familiar y social. Los movimientos estudiantiles de los años 60-70 con sus sueños y utopías se reflejan en algunas de las historias donde jóvenes estudiantes, jóvenes soñadores se enfrentan con el mundo de los adultos y con los valores instituidos por el sistema. Un claro exponente es el protagonista del cuento «De

cómo el quiebrahuesos de Hugo corrió entre algas con zapatos de siete leguas». Hugo, una suerte de pícaro, quien a partir de un conjunto de subtítulos que nos retrotraen a tratamientos de la novela picaresca, cuenta sus aventuras. Se alternan las voces que narran la historia y este procedimiento permite una serie de perspectivas variadas. El joven Hugo reescribe el viaje del pícaro moderno, personaje que se aparta del modelo de héroe planteado tradicionalmente en el *Bildungsroman* masculino. Hugo, seguidor de la ruta de Kerouac y la tradición beatnik, «tira piedras y quema bosques», es decir, muestra una vez más la ira de una generación de rebeldes cuestionadores del sistema: «Hugo quemando bosques, siempre quemando bosques, uno siempre anda quemando bosques, contemos el primer capítulo y que calle todo el mundo». Esta fórmula final evoca a las narraciones de tradición oral o cantares de ciegos, que conformaron una parte de la denominada literatura de cordel, y advertimos cómo a través de esta invitación, la autora parodia (transforma) tratamientos de la tradición literaria.

El ciclo de los crecimientos en el marco de la familia y de la comunidad se puede apreciar en los relatos «Estamos aquí»<sup>3</sup>, «Cine de a cobrito», «Las plumas de las gallinas negras» y se cierra con el extenso cuento denominado «La luna no es pan-de-horno»<sup>4</sup>, en el cual la narradora se dirige, a través de una forma cercana al soliloquio, a su madre muerta. Este texto pone en evidencia lo que el crítico Charles Mauron (1988) denomina los «mitos personales»<sup>5</sup> del autor; en este caso podemos crear ciertas redes de asociación o agrupamiento de imágenes obsesivas que aparecen de modo recurrente tanto en los relatos como en las novelas de Laura Antillano.

Los temas relacionados con la prisión y la muerte organizan reconocibles conjuntos que se extienden, como si fueran las ondas que deja una piedra arrojada en un estanque, a los ámbitos sociales e históricos (las prisiones de protagonistas, su muerte causada por diferentes motivos), tal es el caso de los cuentos «Días de zozobra» en donde un hombre al comprobar que se encuentra postrado e inmóvil considera el suicidio la única salida

posible pues piensa que el fuego se llevaría toda esa angustia; o en «Tranvía de sangre», en donde se cuenta el asesinato que se lleva a cabo en un tranvía en los tiempos de una Maracaibo en la cual los tranvías eran todavía arrastrados por asnos. La madre es personaje en otra historia de muerte en «El uniforme N° 6», relato en el que «el uniforme es, junto a un par de zapatos de juego, cuatro bates marca “Louisville”, tres mascotines de inicialista y una estampa de la Virgen de la Divina Pastora», las únicas pertenencias que le quedan a la madre de su hijo muerto.

Por su parte, con «La luna no es pan-de-horno» continúa el tema de la muerte, pero esta muerte que es la central, la muerte materna, es una muerte inesperada, una muerte cuyo duelo se hará casi imposible de soportar: «Entre usted y yo había demasiado que decir todavía...», escribe la narradora. Es la mirada del recuerdo la que abarca a la madre y redescubre a la mujer artista<sup>6</sup> y será ese «silencio infinito y blanco» entre la madre y la hija, a partir de la muerte de la primera, la que permita ritualizar a través de la escritura el duelo, haciendo de ese silencio blanco, trabajo de creación, literatura.

La escritura de Antillano, sin embargo, se deslinda hacia un trabajo experimental donde el lector puede disfrutar del descubrimiento de pluralidad de voces y de materiales, entretejiendo en el juego de la escritura tanto materiales cultos como populares y que se expresa a lo largo de muy diversas temáticas.

Así, otro conjunto relevante que se anuncia desde esta primera etapa productiva, y se amplía en años posteriores, guarda relación con los movimientos sociales y políticos latinoamericanos, y lo reconocemos a través de las referencias a la persecución política, a los exilios de las décadas de los 70 y los 80 a causa de crueles dictaduras en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay), y la conflictiva relación con el poder militar. Estas temáticas se reflejan en los cuentos «Las plumas de las gallinas negras», «La pensión de la calle Miraflores» o en relatos posteriores como «Regazo para un aire de nostalgia», con epígrafe del poeta argentino Juan Gelman<sup>7</sup>, cuento en el que retoma el tema de los

desaparecidos o NN, durante el gobierno de la Junta Militar en Argentina, a partir del encuentro de un hombre y una mujer.

Desde una perspectiva estructural, muchas de estas narraciones desmantelan la idea de un relato cerrado que obedezca a los lineamientos que tradicionalmente se han transmitido a lo largo de la forma literaria denominada cuento, estableciendo zonas de frontera entre el cuento como género cerrado y el relato como tratamiento textual abierto, sin resoluciones fáciles. Todo un universo de citas, referencias a libros, películas, graffitis, canciones, inclusión de materiales periodísticos, refuerzan las zonas narrativas. Los materiales intercalados que se citan textualmente, la rica gama de poemas, canciones, noticias periodísticas muestran algunas de las posibilidades de montaje que describe la narrativa desde los 70 en América Latina y las estrechas relaciones entre la creación literaria y los medios de comunicación masiva<sup>8</sup>. Estas citas, estas clases de textos constituyen lo que Bernard Muralis (1975) ha dado en llamar «contraliteraturas», es decir relatos donde estos entretejidos permiten una reconstrucción ficcional de la historia oficial. Muralis incluye entre estos materiales los anuncios publicitarios, los prospectos de todo tipo, los títulos y textos de periódicos, los textos administrativos, es decir todo un sistema heteróclito de elementos que entran al texto literario, lo entretejen a través de procesos de intertextualización, procedimiento que Antillano lleva a su máximo grado de experimentación en la novela *Perfume de gardenia*.

Claros ejemplos de este dispositivo literario, de esta estrategia constructiva, son algunos de los cuentos incluidos en esta antología y que surgen a partir del tratamiento de diversos materiales relacionados con los medios de comunicación masiva: la radio, la televisión y el cine. En primer lugar, y citando parte de la noticia periodística que toma como punto de partida, podemos leer «Érase una niña con un muñeco de felpa», en donde confluyen referencias al mundo de la infancia en la presencia de la canción infantil y las distintas perspectivas que asumen las voces narrativas a través del monólogo de la narradora, la intercalación de fragmentos de la noticia y la narración a través de la tercera

persona. Otro procedimiento más complejo es el propuesto en el cuento «El fauno», en el que la dedicatoria inicial nos señala el contrato de lectura que nos permitirá identificar los personajes. Este cuento toma como protagonista a la fotógrafa norteamericana Imogen Cunningham y no solamente es la historia de una mujer fotógrafa sino que invierte o cuestiona las relaciones de la mujer que ha sido históricamente tomada como ese Otro (siguiendo a Simone de Beauvoir en su canónico ensayo *El segundo sexo*) del hombre, y tradicionalmente construida como objeto de consumo a través de sus representaciones. En este cuento y a través de la inversión del tema patriarcal, la mujer es quien propone al joven modelo que pose desnudo para ella:

Eso no era lo usual. Ninguna muchacha «de su casa» lo haría. Allí estaba la diferencia, el signo del estigma. Cuando ella le propuso que posara desnudo la situación pasó, de ser graciosa, a convertirse en la señal de alarma más cercana a la realización de la catástrofe.

Muchos cuentos exigen un activo proceso de participación por parte del lector, aunque este aspecto «lúdico» en la concepción del relato a través de la alternancia de las voces de los protagonistas, a través del collage de materiales diversos, no elimina de ninguna manera la creación de atmósferas. Estas atmósferas configuran un tratamiento casi cinematográfico en el desarrollo de la historia, tal es el caso del cuento «Gol de contrataque para defensa vulnerable» en el que las voces que van narrando un partido de fútbol en el televisor se alternan con una historia de amor y separación. Este cuento pone en escena, asimismo, cómo la «Historia» sirve de marco a otra historia, la de la intimidad: «Yo estaba enamorada de Félix, el guardametas, y los gringos se habían metido en Camboya». Estas dos oraciones simples, coordinadas en iguales niveles de enunciación muestran dos espacios diferentes: el de la intimidad, el amor y el de la «Historia» que a su vez es la historia, en este caso, del país del Norte.

Laura Antillano explica algunos de los procedimientos que ha utilizado para la elaboración de sus relatos y lo hace al referirse al cuento «Aguas permanentes», cuyo referente es un boxeador de Corea del Sur quien queda en vida vegetativa a raíz de una pelea de carácter mundial con un boxeador italiano:

Para el cuento del boxeador me compré revistas de boxeo. Fui a ver boxeo. Necesitaba una experiencia de vida para poder sentir que el lenguaje resultaba veraz y que tenía que mantener cierto tono poético, pero de la veracidad de lo otro, de la violencia, del encuentro cuerpo a cuerpo (Revista *Cubagua*, 1999:5).

El cuento «Tuna de mar», por su parte, no se queda simplemente en la reconstrucción de una historia de piratas, sino que a través de ella cuestiona las relaciones de género, en este caso, la historia de una mujer pirata, en donde laten las influencias travestidas de la Monja Alférez. La mujer es centro de esta historia y dice la voz narrativa:

Eran ellas mujeres quienes, más que unidas al grupo por propio acto de contricción, parecían arrastradas por los otros. Habían sido totalmente despojadas de su vestimenta, sin cubrirse a cambio con género alguno. En sus cuerpos se hacía difícil distinguir un fragmento de su piel que no estuviera embadurnado de esa sustancia pegosa formada por el amasijo de su sangre y la tierra del camino,

poniendo en escena el maltrato y la persecución de las mujeres en esta instancia histórica.

Otro de los materiales de los que se nutre su narrativa es el cine. Ya algunos de estos cuentos de juventud sirven de antecedente a propuestas que se resolverán con mayor complejidad literaria en relatos posteriores como los incluidos en el volumen *Cuentos de película*. Por ejemplo, «Cine de a cobrito» es un antecedente del tratamiento del cine desde una perspectiva intrahistórica y a la manera de una crónica literaria narra la anécdota de cómo se mostraba el cine en una casa de

Maracaibo, con un proyector de manivela: «El cine era la sala de casa. Era cine mudo, mudo y parado, de pie, las películas no tenían sonido, no hablaban los personajes». Respecto a la utilización del cine como material literario, comenta el crítico Cósimo Mandrillo, en ocasión de la presentación de este libro:

Laura en esta ocasión no «escribe» el cine, lo «lee» y ello le sirve para una experiencia formal inaudita, como es el escribir el guión a posteriori, cargándolo con toda la subjetividad de un lector/espectador a quien nosotros debemos leer a nuestra vez (...) una subjetividad desentrañando los hilos y los vericuetos por los que la vida del narrador se mezcla con la de los personajes cinematográficos convertidos ahora en personajes literarios<sup>9</sup>.

Desde entonces podemos hablar de una temática que se manifiesta a lo largo de su obra narrativa con insistencia y de muy distintos modos. Es conveniente en este punto recordar algunas reflexiones de Edgar Morin, quien señala de modo general la función del cine como una «necesidad de escaparse, es decir, de perderse en otra parte, de olvidar el límite, de participar mejor en el mundo... Es decir, a fin de cuentas, de escaparse para volverse a encontrar» (1972:131-133).

Las referencias a títulos de películas, a escenas entrelazadas, a escenas que sirven de marco para la intercalación de una historia son algunos de los recursos más frecuentemente utilizados por la autora en su libro *Cuentos de película*, recuperando a un Tarzán viejo y enfermo en «Sangre, sudor y lágrimas», o aludiendo al desencuentro entre una joven muchacha y el galán Humphrey Bogart en «Nacida para perder», o contando la historia de una madre y su hija en el cine en «Lo que el viento se llevó».

Hemos transitado por algunos de los temas que se reconocen a lo largo de su extensa obra: los crecimientos, el particular tratamiento de la historia, la inclusión y transformación de materiales provenientes de los *mass media* y de la cultura popular. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar uno de los ejes fundamentales en

el conjunto de su narrativa, y es el que se refiere al tratamiento amoroso. Vida y muerte, amor y separación configuran una cartografía que funda su obra y sobre la que se sostiene su edificio narrativo. Si la vida y la muerte son los polos sobre los que se estructura parte del mismo, no podemos ignorar la red que teje el amor, la separación, el dolor que ésta genera y la muerte, problemática que tan bien expresa en el relato «Dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir»:

...es la vida y la muerte en un binomio, es el nacimiento de mi hijo y la muerte de mi madre, y mi propio nacimiento y la muerte de mi abuela y mi propia muerte, todas en una, se trata de algo que nos incluye a todos (...) y es la vida en un estallido hermoso y espectacular y la muerte en su obscuridad y su calma.

Gran parte de los cuentos de *Dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir* desarrollan las variaciones que plantea el tema amoroso, partiendo de una escena estática a partir de la cual aparecen personajes en encuentros y posteriores desencuentros en toda una gama de matices y relaciones. Los juegos de la mirada, el solapado encuentro erótico, el lenguaje de los cuerpos, todo ello envuelto en un escenario doméstico, de interiores, que a su vez es cruzado por todo tipo de referencias culturales (musicales, pictóricas, históricas). Desde el mismo título que ostentan algunos de los relatos incluidos en este volumen, podemos reconocer estos cruces o influencias: «Caballero de Bizancio», «Ni lirios marchitos ni tigres de bengala», «Le dije es la vida y no la vi más».

Junto al registro del tema amoroso, podemos reconocer un delicado tratamiento de lo erótico que se sostiene en un poético juego del lenguaje y en la creación de atmósferas, conduciendo al lector a espacios que colaboran en esta construcción de lo amoroso, en relatos tales como «Noción de espuma» o «Esta habitación es ahora un bosque», o en su relato de amor homosexual «Salvar la rosa». Es el uso exquisito de la metáfora, es el ejercicio de una retórica al servicio de la sugerencia, el pliegue, lo que funda una poderosa escritura erótica.

Para finalizar no dejaremos de insistir, aunque es cierto que ya hemos hecho referencia a este aspecto y desde variadas perspectivas a lo largo de estas páginas, sobre uno de los temas centrales de la narrativa de Laura Antillano, que reside en la sólida construcción de la mujer como protagonista, y coincidimos con Luz Marina Rivas (2000) cuando afirma:

La búsqueda de sus personajes femeninos de un lugar en el mundo, así como la construcción de su identidad a través del encuentro con el pasado, tanto con la infancia como con las mujeres ancestrales, se manifiestan en sus cuentos y novelas<sup>10</sup>.

La mujer, presentada desde sus distintas funciones es uno de los materiales profundamente originales de su obra, porque más allá de lo personal y privado podemos leer un eje que se organiza en torno a las posibilidades que muestran las protagonistas de elegir un estilo de vida que difiera de lo tradicional y de mostrar las múltiples maneras en las que la mujer logra resolver o plantearse sus conflictos. Tanto en el ámbito de la maternidad, de la relación amorosa, de las elecciones profesionales, las mujeres que dibuja Antillano están construidas con una inmensa humanidad, sin parcelaciones, con todo el abanico de dudas y contradicciones que exige la vida moderna en un país latinoamericano, no exentas de dolor, pero de ninguna manera ancladas en el sufrimiento, mostrando de algún modo los límites que para la libertad marcan las realidades sociales.

La mujer como compañera del hombre, la amante, la amiga, la madre. La mujer creadora, independiente, gestando vida y gestando obra. La mujer deseante, la mujer a la escucha de los otros, la mujer que no renuncia ni a la vida ni a los sueños es parte de esa galería de mujeres que puebla el exquisito universo literario de Laura Antillano. Les invitamos a recorrerlo, sabiendo que no saldrán defraudados.

*Zulema Moret*  
Michigan, 2004

## NOTAS

- 1 Entrevista realizada por Esdras Parra para la Revista Cubagua, Valencia, agosto, 1999:1. (Puede leerse también en [http://www.laurantillano.com/entrevistas/entrevista\\_esdras.htm](http://www.laurantillano.com/entrevistas/entrevista_esdras.htm))
  
- 2 Haciéndose una síntesis, la obra de Laura Antillano reúne los siguientes títulos: *La bella época* (relatos), Caracas: Monte Ávila Editores, 1969; *La muerte del Monstruo Come-Piedra* (novela), Caracas: Monte Ávila Editores, 1971, reeditado en Maracay por La Letra Voladora, 1996; *Un carro largo se llama tren* (relatos), Caracas: Monte Ávila Editores, 1975; *Los Haticos, casa N° 20* (relatos), Maracaibo: Dirección de Cultura de La Universidad del Zulia, 1975; *Perfume de gardenia* (novela), Caracas: Seleven, 1982 y 1984, reeditado en 1996 en Valencia por el Rectorado de la Universidad de Carabobo y La Letra Voladora; *Las paredes del sueño* (textos-miradas), Maracaibo: Lagoven, 1991; *Dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir* (relatos), Caracas: Fundarte, 1983, reeditado en 1992; *Cuentos de película* (relatos), Caracas: Seleven, 1985, reeditado en 1997 en Caracas por la Fundación Cinemateca Nacional; *La luna no es pan-de-horno* (relatos), Caracas: Monte Ávila Editores, 1988; *Solitaria solidaria* (novela), Caracas: Planeta, 1990, reeditada en 2001 en Mérida por Ediciones El Otro, el Mismo; *Tuna de mar* (relatos), Caracas: Fundarte, 1991; *¿Cenan los tigres la noche de Navidad?* (cuento infantil), Caracas: Monte Ávila Editores, 1990; *Jacobo ahora no se aburre* (cuento infantil), Maracay: La Letra Voladora, 1991; *Diana en tierra wayúú* (cuento infantil), Bogotá: Santillana, 1992; *Una vaca querida* (cuento infantil), México, 1996; *Las aguas tenían reflejos de plata* (novela juvenil), Caracas: Alaguara, 2002. Como guionista participó en los largometrajes *Pequeña revancha* y *Con cierto corazón* y en el cortometraje *Entre-líneas*.
  
- 3 Este relato aparece incluido en la novela *Perfume de gardenia*, bajo el título «Pedro estamos aquí», 3ª edición, publicada por la Universidad de Carabobo y La Letra Voladora, 1996:41-42.

- 4 Con el cuento «La luna no es pan-de-horno», Laura Antillano ganó el XXXIII Concurso de Cuentos de *El Nacional*, en 1997, siendo la primera ocasión en que este prestigioso premio es entregado a una mujer.
- 5 Mauron define el mito personal del escritor como la matriz imaginativa de la que se nutre toda su obra, escena primigenia que retorna bajo formulaciones diferentes, tema musical que se repite y se modifica en sus variaciones. Sin intentar abordar la problemática de las relaciones entre psicoanálisis y literatura y lo complejo de sus límites, no podemos ignorar esa «insistencia» y creemos que existe una profunda relación entre las escenas que se entretienen a lo largo de la historia familiar de la narradora protagonista y el reclamo o queja que se intenta acallar, cubrir o justificar a través de una serie de desplazamientos al área de lo social.
- 6 La madre de Laura Antillano, Lourdes Armas, nació en Cumaná, estado Sucre en 1927 y murió en Houston, Texas, el 28 de abril de 1977. Su trayectoria como ilustradora puede seguirse a través de numerosas publicaciones venezolanas, entre las cuales se encuentran revistas y libros dirigidos a los niños, así como algunas de carácter humorístico. Figura en el índice de diseñadores y artistas *Graphis Annual 1966/67* (The Graphis Press, Suiza) y encabeza el álbum *Dibujantes y gráficos del Zulia* (selección y prólogo de Juan Calzadilla. Ediciones del Instituto Zuliano de la Cultura, Maracaibo, 1975).
- 7 Poeta argentino, Premio Nacional de Poesía, quien perdiera también a su hijo y a su nuera embarazada a manos de la dictadura militar en Argentina.
- 8 Ya anunciaba Juan José Saer «que es más bien el proceso de internalización de la modernidad lo que produce la interacción de lenguajes entre los *mass-media* y la literatura» (1972:306).
- 9 Cósimo Mandrillo (1985), *Cuentos de película. Diario Panorama*, Artes y Letras, 13 de octubre, Maracaibo.
- 10 En *La escritora*, <http://www.laurantillano.com/laescritora.htm:1-4>

**BIBLIOGRAFÍA**

- Araujo, Orlando (1988). *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- De Man, Paul (1991). «La autobiografía como desfiguración», en *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Estudios e investigación documental. *Anthropos*, 29 (diciembre 1991): 113-118.
- Guerra, Lucía (1995). *La mujer fragmentada: historias de un signo*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Jost, François (1969). «La Tradition du Bildungsroman» en *Comparative Literature*. Vol. XXI, Number 2 (Spring 1969): 97-150.
- Lejeune, Philippe (1975). *Le pacte autobiographique*. París: Éditions du Seuil.
- Mandrillo, Cósimo (1985). *Cuentos de película*. Maracaibo: Diario Panorama.
- Mauron, Charles (1988). *Des Métaphores Obsédantes au Mythe Personnel. Introduction a la Psychocritique*. París: José Corti.
- Moret, Zulema (en prensa). *Mujeres en crecimiento: El Bildungsroman en la narrativa femenina en América Latina*. Ámsterdam: Rodopi.
- \_\_\_\_\_ (1996). «Los perfumes de la memoria: Perfume de gardenia de Laura Antillano», en Edith Dimo y Amarilis Hidalgo de Jesús (compiladoras). *Escritura y desafío. Narradoras venezolanas del siglo XX*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Morin, Edgar (1972). *El cine o el hombre imaginario*. Barcelona: Seix Barral.
- Mouralis, Bernard (1975). *Les Contre-littératures*. París: Presses Universitaires de France.

- Rama, Ángel (1981). «Los contestatarios del poder: segunda parte», en *Quimera*, 11:44-52.
- Reyes, Graciela (1989). *Polifonía textual, la citación en el texto literario*. Madrid: Gredos.
- Rivas, Luz Marina (2000). «La escritura que se desborda: una semblanza de Laura Antillano», en *Laura Antillano. Espacios Unión: Martes de Narrativa*. Cuadernillo N° 52:4-11.
- Saer, Juan José (1972). «La literatura y los nuevos lenguajes», en *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 306 y ss.



La bella época

(1969)



## **DÍAS DE ZOZOBRA**

El porrón de violetas casi marchitas, en la ventana, constituía el único signo de aparente frescura en la estancia. Un vaho cálido envolvía la esfera doméstica.

En el fondo de aquella pieza oscura, llena de cosas sin importancia, la figura inmóvil contemplaba la sordidez de sus días vacilantes. Las cosas ocurrieron no se sabe cómo. Ya sólo recordaba cada vez más vagamente, un titular de la crónica roja: «Trágico accidente por desnivel del pavimento». Postrado dentro de aquella caparazón blanca, que entumecía sus articulaciones, se habituaba a doblar palitos de fósforos, presionándolos sobre el meñique. De esa manera pretendía acelerar la caída de la arena sobre el disco de madera.

Elisa, su mujer, menuda y delgada, y la niña con ojos de mochuelo, siempre preguntando algo, constituían ahora todo su mundo. Las observaba constantemente a través de la vidriosa oscuridad, y se distraía con el sonido de sus pasos suaves y rápidos sobre el tapiz de polvo.

Elisa recorría las calles todas las mañanas después de atravesar los anuncios luminosos, regresaba a colocar las manos vacías sobre sus hombros, perpetuando una débil sonrisa. Eran días de zozobra.

La niña jugaba a sus pies, mirándolo con curiosidad, acercando apenas sus manitas regordetas, como si se tratara de una imagen mística o de algo irreal a punto de esfumarse. Las violetas de la ventana decidieron terminar su agonía, y sus escombros, partículas secas fueron arrastradas por una brisa que presagiaba lluvias. El flotante sonido de los pasos, los ojos de la mujer rodeados de círculos oscuros, y unas pocas monedas húmedas sobre la mesa,

formaban las noches. Divagando en torno a los bordes, maduró la idea. Era la única salida posible: el fuego se llevaría toda aquella angustia.

Llegado el momento oportuno, se las arregló para alejar la presencia incauta de la niña. Preparó detenidamente cada detalle. No emitió ningún sonido. ¡Lo había imaginado tantas veces! Aquella masa incandescente, con un chasquido, se repitió una y otra vez, en los ojos de mochuelo, que acudieron demasiado tarde, sin comprender muy claramente, alucinados, el significado de lo que veían.

Elisa sólo pudo ver un envoltorio blanco, rodeado de gente, y atender un poco, como en sueños, a las interminables citas de los tribunales.

Las noches siguieron siendo el flotante ruido de pasos, sus ojos rodeados de círculos oscuros, y unas pocas monedas, sucias y húmedas, sobre la mesa.

## **ESTAMOS AQUÍ**

*A Pablo*

La maleta llena de cuentos, de cuadernos de crucigramas, de lápices, de los objetos especiales.

La fuente, el niño ante la fuente, el niño sentado en la fuente, el niño caminando alrededor de la fuente, con los overoles azules, con la cabeza llena de rizos.

El niño con el violín de hojalata.

El caballo de madera, el niño con su sombrero sobre el caballo de madera.

El guardapolvos blanco, la camisa de cuadritos, un mapamundi al fondo.

Las niñas de primera comunión, los niños de primera comunión, cinco filas por orden de tamaño; ángeles con alas de papel en los extremos de cada línea.

Los pocillos verde olivo, té con limón por las noches.

La chaqueta amarilla, imitación de cuero, lustrada con betún todas las semanas.

Los libros de Botánica, Física, Química, el álbum de recortes de Historia del arte.

La balada de moda.

La pelea en la fiesta. Lo golpeaste todo el tiempo en la pista de baile. La señora de la casa se molestó y las niñas del colegio diciéndome: Tu hermano es un salvaje. No pude evitar una sonrisa de orgullo.

Los exámenes finales, el rostro de la subdirectora con sus ojos grandes a lo Jean Harlow. «Si me raspan que ella no vea mi nota».

Te alargaste, el rostro se puso anguloso con tus lentes.

La iglesia y esa compañía obligada los domingos, el canto, los salmos, siempre el silencio en los trayectos de regreso.

La delegación de curso, el equipo de volibol, el anillo de graduación.

Las noches solitarias, el vacío, tu vacío, mi vacío.

Las cartas largas en papel de seda, las últimas lágrimas, las definitivas.

El oso del Museo de Ciencias, ahora está verdaderamente disecado, una boca, unos colmillos, unas garras paralizadas. Dijiste: —Míralo, ya no me asusta.

El acuario, la casa acuario en Carrizales, peces lentos, montones de peces distintos y lentos.

El príncipe y la princesa en la esfera del televisor, con las brujas alrededor: ¡Lechuza, lechuza!

Todo se concentra. Son los capítulos, los compartimientos sellados de la caja de Pandora.

Hay un nuevo principio, sin camino trazado, los hilos cortados.

Aquí estamos, ahora sin los juegos, sin el parque, sin la escuela, sin pretextos, sin escapatoria. Sin ese invento ilusorio que llamaron futuro.

Estamos aquí.

Los Haticos, casa N° 20

(1975)



## **TRANVÍA DE SANGRE**

Los llamaban así: tranvías de sangre, porque eran halados por burros; no había tranvías eléctricos como existen ahora, que parece que vuelan, pero, aquellos de sangre, andaban por toda la ciudad.

Lo del tranvía era lo más normal. En el mercado viejo, que ya no es el mercado sino un lugar en donde pasan películas y ponen fotos en las paredes para que las vayan a ver los domingos, ahí mismo, frente a la Plaza Baralt. Si miráis el suelo, ahí están todavía las marcas: los rieles, de cuando llegaban los carros cargando la carne desde el matadero de El Milagro (ese que tumbaron, porque a la gente no le gustaba escuchar los bramidos ni las quejas de las bestias, cuando iban a ejecutarlas en un río de sangre). Bueno, pero te hablaba de los tranvías de sangre, los más viejos tranvías, y te hablaba de eso, para contarte otro cuento de Mamacita, de cuando Mamacita estaba muchacha.

Ella se montó en el tranvía, eran como las diez de la mañana, el sol de siempre por estos lugares, y se sentó en el primer puesto, adelante, como pensando en muchas cosas.

En una de las paradas (eran muchas) se subió el hombre. Estaba agitado y tenía cara de decidir algo importante. No hubo tiempo de mirarlo bien...

Vamos a empezar otra vez:

Ella va en el tranvía en el primer puesto. Bien sentada. Pensando quién sabe en qué cosa. Distraída, las manos sobre el regazo. Se detiene el tranvía como otras veces en el trayecto, pero, esta vez, sube un hombre con aspecto agitado y movimientos rápidos. Viene despeinado, el traje conserva sin embargo cierta compostura. Ha subido los dos escalones de la puerta del tranvía.

¡Olvidé un detalle! (es necesario que sea detallista, que no quede nada fuera de mi descripción de los hechos, de lo contrario no lograré comunicarles todo lo que deseo, esa sensación como de presenciar los hechos). Volvamos pues, atrás.

Mamacita tiene como dieciséis o diecisiete años, está muy arreglada, almidonado el vestido largo, un bolsito en la mano, estamos a comienzos del siglo XX en Maracaibo, en el Zulia, la región del Lago, en Venezuela.

Por las calles circulan los tranvías de sangre (arrastrados por asnos). Ella se sube a uno de ellos en su estación. Va de paseo, no sabemos a dónde, está algo distraída, pensando. Se sienta en primera fila, al lado va un silencioso señor, ni siquiera se miran.

El tranvía sigue su recorrido, se detiene en diversas estaciones, y en una de ellas, de un modo veloz e inesperado, sube un hombre joven. El hombre tiene un gesto contraído y violento, entonces levanta la mano en la que lleva una pistola y ¡dispara!

Todo es tan rápido y exacto que el asesino tiene tiempo de bajarse inmediatamente del tranvía y salir en carrera antes de que los pasajeros, el conductor e inclusive las mulas, se hayan percatado de lo ocurrido.

Regresemos.

El joven sube pistola en mano. Dispara, baja rápidamente los dos escalones y corre por la calle. Un cuerpo pesado, exánime, cae sobre el regazo de Mamacita. El cadáver tiene un hilo de sangre que sale de su boca. Los pasajeros gritan. Hay agitación general dentro del tranvía, el que se detiene a media calle.

Mamacita se desmaya.

Despierta y ya está en casa. La acompañan su madre y su padre (mis abuelos). La policía ha venido, la interrogan.

—No vi nada, no tuve tiempo. Saben, me desmayé.

—Les repito: No vi nada, no conozco a ese señor.

—No recuerdo un rostro, no recuerdo nada, todo fue muy rápido. ¡Decíselos vos, papá, decíselos! Decíles que no sé de qué hablan, que no me acuerdo.

Los dos: asesino y muerto eran bien conocidos en Maracaibo. La noticia la regó el viento, era comentada en todos los lugares de reunión de la ciudad.

La policía no podía hacer nada, cada pasajero del tranvía describía al asesino de un modo distinto, y entre tantas lenguas no se sacaba nada en claro, unos decían que era rubio y grande y otros que moreno y enjuto, no se sabía nada.

A Mamacita el médico la mandó a tomar aires en las playas del Lago, a descansar, a recuperar su color de rostro.

Dicen que la mañana en que preparaban los baúles para partir un hombre extraño tocó a la puerta. Era él. Ella lo reconoció.

Vino gentil, hasta le trajo flores. Vino pues, y le dijo que:

—Muchas gracias, que no sabía cómo agradeceréelo, que le estaba salvando la vida, y le deseó que disfrutara de su paseo por las playas del Lago. Cuando se fue Mamacita se desmayó otra vez.

Y a ese hombre no se le vio nunca más por los lados de Maracaibo.



## **CINE DE A COBRITO**

Eran los tiempos en que estábamos en la mala, en la mala de verdad, de no tener casi ni que comer; no había nada que cocinar, no que si hubiera y nosotras fuésemos flojas y no quisiéramos cocinar, sino que verdaderamente no había nada que comer.

Bueno, los tiempos en la mala y yo salgo y consigo un proyector de cine por veinte bolívares, ¡imagínate!, salgo y compro un proyector de cine de esos de manivela, que se le da vueltas y lo único que tiene eléctrico es el foco.

Fui pues y compré el proyector, —Ahora, vais a ver... Me fui hasta el cine Delicias y allá me atendió el encargado, un tipo gordo, grandote y yo le expliqué lo del proyector, y que quería unas películas, total que unas las conseguí regaladas y otras las tuve que comprar.

Montamos el cine en la salita de casa, —Ahora vais a ver... Antes nosotras llamábamos cine a una cosa que hacía Mamacita, la abuela de este, bueno, ella cogía y recortaba de los periódicos, de los «Panoramas» y de las revistas, figuritas: un monito, una gallinita, una mujercita, un tigre... y las pegaba sobre pedazos de cartón, (de cartulinas no, yo no recuerdo que en mis tiempos existiera eso que llaman cartulina, a lo mejor si había pero a nadie le oía decir cartulina), pues ella cogía las figuritas y las pegaba sobre cartón que cogía de cajas de zapatos, porque los zapatos antes tenían que venir siempre en cajas, entonces cogía la figurita, ponía una sábana, se compraba una vela de a cobre, ponía la sábana colgada, y por detrás pasaba las figuritas haciendo sombra con la vela. Y las iba anunciando en voz bien alta: —Ahí va el caimán, o: —Va pasando el mono, y ése era el cine para nosotras.

Bueno, la cuestión del cine, ¡ah! Mamacita cobraba un cigarrillo por la entrada para ver sus funciones de cine. Entonces, nosotras, con lo del proyector de manivela, decidimos cobrar 0,05 o sea, un cobrito, un centavo por entrar, la idea de reunir alguna plata para comprarle los libros del liceo a José, para que pudiera estudiar, porque en esos tiempos sí que estábamos en la mala, no se imagina...

El cine era la sala de casa. Era cine mudo, mudo y parado, de pie, las películas no tenían sonido, no hablaban los personajes, y además no poníamos sillas, cuando había función cogíamos, rodábamos todos los muebles de la sala, y quedaba eso solito, vacío, solamente con el proyector y una sábana como pantalla, entonces la gente que pagaba su cobrito tenía que ver la película parada, pero eso no les importaba porque las películas les gustaban de verdad.

Pasábamos cosas de vaqueros, aventuras de ésas donde los bandidos se llevan a la muchacha y hay tiros, y la gente gritaba. Por ejemplo: cuando se iban a besar, o cuando el «muchacho» estaba ganando una pelea a puños, la gente gritaba y pedía que repitiéramos la función para volver a vivir esos momenticos, los de la pelea, los tiros y los encuentros del «muchacho» y la «muchacha». Nosotros para complacerles al día siguiente repetíamos la función con la misma película.

Como el proyector era de manivela había que estarle dando vueltas, de eso nos ocupábamos María y yo, dándole vueltas y vueltas a la manija para que la película rodara y se proyectara.

Éste, estaba chiquitico, de brazos, y durante la película para que no lo fuera a echar a perder todo con un lloradera (la película era muda, te dije), lo cargábamos y lo paseábamos por la sala. —Mirá mijito, mirá qué linda es la película.

Y así, con lo de las funcioncitas de cine, medio parábamos algunos cobres para comprar los libros de José, y él podía seguir estudiando. José era un muchachito muy juicioso siempre, muy trabajador, y entonces en el liceo, por ese tiempo le dieron una ayuda de cuarenta bolívares, algo así como una beca, entonces la primera vez que se la pagaron, se apareció en la casa con un pollo

y unas naranjas; para la hermanita chiquita de éste, que estaba enferma; con eso él nos quería decir que desde ese momento, ya nadie más pasaría trabajo en esa casa porque ahora él se iba a ocupar del asunto. Lo que estudiaba José era segundo año de bachillerato en el liceo Baralt, entonces ya nosotras no teníamos por qué seguir las funciones de cine a cobrito, y se acabó aquello de llenar la sala de gente parada para ver una película de cine mudo, y María y yo dándole a la manija para que diera vueltas, y la gente gritando cada vez que se besaban o el «muchacho» se agarraba a puños, o había tiros...



Un carro largo se llama tren

(1975)



## **SUPONGAMOS QUE NO HAS MUERTO Y COMES GELATINA CON MANZANAS**

Una está unida a esa persona y a otras de manera muy parecida, inexplicablemente, unidos en la desesperanza, es eso: la desesperanza. Compartiendo algo de lo que no sabes el nombre, y es que es difícil acabar de entender por qué se le tiene que dar un nombre a todo, por qué creen que todos son sustantivos, concretos y abstractos, o aquello de que todo se puede llevar a esquemas, sumar, restar, dividir, hacer una llave y explicar los por qué, los para qué. Pero sabes que no es así, que en la vida no es así, que sientes algo y no sabes describirlo con la llavecita y el esquema, y que eso que te une a alguien, a los «alguienes», es un revoltillo de todo: tristeza, ternura, rabia, fuerza, tranquilidad, angustia. Un sinfín de cosas inexplicables.

Entonces la ciudad, y los tres perdidos, enterrados, quitándose desesperadamente todo lo que tienen encima, con una nueva fuerza que se te revela y saltas. Además, era el encuentro de los tres buscando la salvación a través de los ritos. Y he aquí que te llamaste Katia, y él Eugenio y yo Sarah (Sara con h al final). Y he aquí que cada uno cubrió su historia: Katia habrá de vivir sola en un edificio señalado de una ciudad desconocida, con flores en la jardinera de la ventana de la habitación, flores que serían regadas cuidadosamente cada día.

He aquí que Eugenio haría largos viajes a Egipto, en busca de esencias de azahares y escribiría largas cartas llenas de misterio; he aquí que Sarah se desposaría con alguien conocido en el autobús de la ruta, alguien que andaba siempre con una regla T, de estudiante de arquitectura (y a quien encontramos una vez en el supermercado) y ambos tendrían un hijo, entonces pequeño. Se

reunirían: el de la regla T, Katia y Eugenio, para comer gelatina con manzanas.

He aquí que Sarah le ha hecho a Eugenio la solemne promesa de que, en caso de verse en la necesidad de trabajar en un *night club*, en uno de esos raros sitios nocturnos, seguiría usando eternamente sus vestidos de de largas mangas con puño, sus zarcillitos de perla y el cabello recogido, con su imagen de novicia equivocada de espacio, o algo por el estilo.

He aquí, pues, que los ritos se entretrejan y de pronto no sabemos si habla Eugenio, o es Francisco, es Katia o Beatriz, o es Sarah o Mercedes, y no éramos tres sino seis los protagonistas.

Y es imposible ignorar las llamadas de Francisco, muerto de soledad, llorando su soledad, y la gente alrededor escandalizada, ante esa solidaridad fraternal de dos o tres que comulgan en la desesperanza.

Y los dibujos enviados por correo o pintados en el suelo, como niños, cada uno con su creyón en mano, o la cafetería para comer roscas con Bettybú atendiendo el mesón. Siempre la risa y la canción: —¡Qué tiempo tan feliz, laralalalala, lalalala, lalalalá!

Aquella carta escrita desde el avión con el clamor de todos: —Déjennos vivir.

A gritos. No pedimos más.

Las cartas.

La doble vida, el descubrimiento de aquello que tú mismo contaste, mi amigo, tú, y lo explicaba todo. Lo del internado, lo que te hicieron a los doce años, sin poder cambiar, y la angustia. Sabías que comprenderíamos que te habían maltratado, violado, como a un pendejo, y que los odias, o no sabes. No puedes ser como ellos, no puedes agredir y perdiste, y que más te queda, perdiste por estar de «lírico», sigues siendo así, sin pena ni vergüenza.

Y nos señalaban, a la gente le molesta nuestra unión, aquel decirse cosas con la mirada, aquel lenguaje de gestos secretos.

¿Recuerdas los peces? Eugenio los buscó, los peces, la pecera, estaban contados. El más pequeño para Sarah, eran azules. Pasábamos horas mirándolos.

Una mañana amanecieron muertos. Los encontré flotando en la superficie. Los tres los enterramos, como un ritual.

El aeropuerto, un beso en la mejilla, la risa. Sus historias de los puertorriqueños en New York. El Carnaval. Nuestros ritos. Los necesarios para consolidar la unión.

—Nos vemos el domingo, para dibujar y comer gelatina con manzanas.

Los discos de 45 revoluciones, con la manzana de The Beatles. Con los años y las cosas que nos ocurrieron murió el tiempo para cantar. El dinero disponible para el almuerzo y el tiempo para hojear el periódico, saber que Elizabeth Taylor siguió con Richard Burton y la gente lleva la dieta macrobiótica, se vuelve a usar la falda larga de los años cuarenta, y Fulanito está en una cura de sueño.

Eugenio escribía desde New York, desde El Cairo, de París: —Quiero volver a caminar junto a ti y a Katia y contarles cómo es el otoño, tomados los tres de la mano.

—Visita a Gaza en la frontera con Israel, charla sobre Islamismo, tomaré nota.

Eugenio-Francisco con ojos de miedo, entre el internado y los *night clubs* de New York.

—Supongamos que has muerto y nosotras te vamos a enterrar. Recogemos flores.

Eugenio acostado sobre un banco en la plaza. Francisco en un hospital de New York, en el Bronx. Katia canta muy bajo un murmullo dulce, Sarah coloca su mano en el pecho de Eugenio.

—Quiero escuchar tu corazón, quiero saber si realmente estás muerto.

Acerca su cabeza.

Sigue Katia cantando muy bajo. Sarah pone flores a su alrededor.

Los dibujos, las cartas, las flores, Bettybú, y la gente acosando, todo el mundo metido en nuestras vidas sin remedio.

Al regreso de aquel viaje Eugenio estaba lejos, hablaba cada vez menos. Se regresó. ¿Había muerto ya? Sus cenizas retornaron a la ciudad, para ser entregadas a las aguas del Lago.

Hay que acabar con esto. Corraaaaaaaaaamos, corrrrrra-  
mmmmmmmmmoos. Para poder amar.  
Ellos, no lo entenderán nunca.

## **DE CÓMO EL QUIEBRAHUESOS DE HUGO CORRIÓ ENTRE ALGAS CON ZAPATOS DE SIETE LEGUAS**

Tengo en los ojos a ese muchacho que salta una y otra vez sobre la basura y sale apresuradamente, antes de que la puerta se abra, esa puerta de mil puertas puertecitas y puertones como la de la casa cerca de la montaña, y las caminatas sobre la hierba a la espera del sol, alguien que se ha dormido sobre esa alfombra de hierba para que la bruja de la montaña, con extraños poderes, lo convirtiese en la última imagen del sacrificio. Y los platos del Empire State: acostados en el suelo con los ojos llenos de cosas de color y ruido y —¿quién le tiene miedo al lobo?— saliéndose por las ventanas, escupiendo, las calles, los callejones grises, las nubes, los basureros, los anuncios de neón. Todo por aquel cero en física, una página blanca, un cero en física, cero-cero y nada más, ni siquiera la posibilidad de probar que se estuvo, que se está, un cero en una página blanca y nada más, y aquellos manoseándose en la esquina, acariciándose en la esquina y aquellos platos, millones de platos para lavar en el Empire State. El primer día fue la fiebre, pero ya el segundo fueron las lágrimas, inevitables lágrimas de depresión, y la hermana pequeñita en su cuna, esa nueva sensación, las acuarelas, la mujer del piano y los poemas, ir metido en un tren que seguramente no fue anaranjado, con alguien que no quiere vivir más, que quiere que lo dejen, que no lo persigan, que no lo enseñen, que lo dejen simplemente —una de las niñas quedó en la casa grande dejada por la abuela; a la otra, de mi edad, la internaron en un sanatorio— y los maricas se acarician en la esquina; y un día dormitando en el autobús descubriste las matemáticas, una locura fantástica, ir creando teoremas como cosa de uno, y la broma de a

los dieciocho años estudiante de matemáticas, armador de huelgas, telefonista, lavador de platos, y viajar triste en un autobús; y en un café encontrar de pronbillete en pedacitos y aquella otra de la electricidad y los zapatos de goma, el frío, la frazada eléctrica y vas a acariciar su rostro y todo salta entre ella y tú y no se pudo. La mamá, la mamá que se fue y te evitó trabajo, ese de todos, de siempre, el de escaparse, irse del hogar, sí, la broma de las mamás, hay que hacerles el biberón, ponerles talco, cambiarles los pañales, y ha muerto la señora del piano y los poemas, escupe la hierba del ermitaño, y esa muchacha del cafetín, fuiste dejándole la camisa, las medias, un zapato, hasta quedarte todo tú, y la pared como un arco, nació todo en el ropero, y empaquetando libros, tú, único obrero blanco y la curiosidad de todos, dirigente trotskista, mesonero, lavador de platos, místico ermitaño, violador de las buenas costumbres, y de carrera los autobuses y —¿quién le tiene miedo al lobo?—, un año feliz, ella hizo teatro, títeres, cine, lloró, cantó, fornicó, un año feliz, un año sí, un año no, y tú cantando, corriendo, riendo, los dedos tan largos, muy largos, como los pianistas, dedos de seis articulaciones en lugar de tres, y la broma aquella de la guitarra, ¡váyanse a la mierda! , y la nena tiene seis años y detrás de todo, detrás de allá los ojos, los dedos nerviosos, tren, la montaña —maldito Empire State. Ese muchacho que salta sobre la basura, y los ojos, dedos nerviosos, pies de cara de palo, el lápiz sobre el papel, lavador de platos, acuarelas, esa soledad del último asiento de autobús de alguien que piensa y está salvado, alguien con los zapatos de siete suelas que corrió y corre veinte mil leguas, alguien que escupe, alguien que llora, besa y ametralla. Tu historia es manzana, grande, reluciente, sin cabos sueltos, sin hilos, sin cristales, sin cadenita de lavamanos, sin escenas numeradas, sin piezas de ludo, sin piedras oscuras; yo te escuchaba hipnotizada, como quien ve correr un río y se deja llevar por el sonido del agua sobre las piedras, y se va perdiendo poco a poco por un camino extraño en la memoria, en ese pedazo de noche, en el trozo de noche compartido, tú flaco con los lentes sueltos bailando sobre la nariz, y ese deseo enorme de tragarte el mundo en una bocanada, flaco con las

manos en los bolsillos, con el pelo amarillo y revuelto, con la cara más rara del mundo, flaco amigo del último asiento de autobús, de salchichón y queso comprado por centavos, de días hilvanados con hebras de violencia; flaco de canciones, dibujos y flauta —el tipo de la flauta. ¿Así como Hamelín, Hugo? Hamelín el flautista de Hamelín, aquel del cuento de los ratones, lo malo es que las cosas no ocurren como en los cuentos, los ratones siempre se quedan regados por allí... mi amigo, con sus dibujos debajo del brazo; Hugo quemando bosques, siempre quemando bosques, uno siempre anda quemando bosques; contemos el primer capítulo y que calle todo el mundo.

***De cómo el niño Hugo, el adolescente Hugo,  
el quiebrahuesos de Hugo, el papanatas de Hugo,  
el acabapaciencias, el lanzapiedras de Hugo,  
se escapó del hogar***

¿Te gusta así? Lo malo es que Hugo no se escapó de su casa, mi mamá me ahorró ese trabajo, se fue ella primero, digámoslo de otra manera, mamá se fue a trabajar a los Estados Unidos, yo me quedé en Buenos Aires, con un tío, yo era un tipo así, revuelto por dentro y por fuera, con ganas de encontrar algo que no acababa de saber de qué se trataba, en fin: algo, quemando bosques, siempre quemando bosques, a los catorce años dejé al tío y me fui a la provincia, tenía ganas de meterme cosas dentro, y me dediqué a la meditación, déjame explicarte, era una casa de campo, una familia, la madre y dos hijas, había otro tipo, un alemán, y yo, y la alfombra de hierba y la montaña, y la siembra de uva, y cada quince días comprar provisiones, y dejé de fumar cigarrillos negros, porque ahí no se debía, madrugaba, te digo que madrugaba, vegetarianos a dos comidas diarias, la mujer tenía una enfermedad extraña, no salía de la habitación, me sentía bien, eran días hermosos, caminaba mucho, pero tuve que quemar bosques, te cuento: llegó mi primo, alguien que me seguía, quería vivir igual, pero él estaba peor, vuelto loco, desesperado, al principio trató de someterse a

las reglas, de ser uno de los nuestros, pero declinó, no podía estar sin fumar los negros, no se adaptaba, no consiguió la tranquilidad, y me pidieron que lo llevara de vuelta a Buenos Aires, lo hice, una mañana salimos en el tren (que no podía ser anaranjado, juro que no era anaranjado), fue un viaje largo, más de lo previsible, fue un viaje sobre todo dentro de mí, pensé tanto, y mi primo desesperado, temía ese regreso, trató de lanzarse a las vías del tren repetidas veces, yo le sujetaba, estaba nervioso, y lloró un poco, fue un viaje tenebroso y triste, de vuelta, de regreso, porque yo tampoco volví más a la montaña; luego supe lo que pasó a los otros, el alemán, el joven, tuvo una discusión con la mujer, y se fue, se fue caminando, sin hacer caso al hambre o a la sed, se dejó agotar lentamente, día a día, llegó a la montaña, subió a la montaña, y se quedó dormido sobre la hierba, se durmió definitivamente sobre la hierba, y la bruja de la montaña, la bruja que tenía su cueva en la montaña, se acercó al cadáver, y con un tubito de bambú le extrajo el cerebro por la nariz, él fue la última imagen que sacrificó; la mujer murió a causa de su extraña enfermedad; las hijas, una se fue a la ciudad, la más pequeña a una vieja casa, demasiado grande y demasiado vieja para ella, la otra enfermó, y la internaron en un sanatorio, no las vi nunca más.

### *De lo que aconteció al joven Hugo en su vuelta al hogar*

No regresé a casa del tío, sino a casa de mi padre, éste se había casado (por segunda vez) con una joven señora, que escribía poemas y tenía acuarelas, con ella hice buenas migas; me porté bien, y terminé el bachillerato... Mi fracaso nació de un cero en física, por eso quemé el bosque, te explico: saqué un cero en física, ¿puedes entender todo el significado de esa situación?, cero en física. ¿Comprendes lo que eso significa?, significa que estás anulado, que no eres nada en absoluto, un cero a la izquierda, un cero en una página blanca, significa que ni siquiera te han visto, que ni siquiera existes ni ocupas una silla, ni tienes lentes, ni el pelo

revuelto, ni manos, ni nada, significa pura y simplemente que no estás, que eres eso: eso un cero en física, ¡es horrible!, ¡es angustioso!, en las noches dibujabas con las acuarelas, la mujer tocaba el piano, y un día de esos nació una nena, mi única hermana ¿sabes?, era una sensación extraña esa de tener hermana mínima metida en una cuna, yo la miraba y la miraba, me la pasaba en eso, mirándola, y la mujer tocaba el piano y leía sus poemas.

***De la segunda salida de nuestro héroe,  
de otras muertes, y de algunas aventuras  
dignas de ser recordadas***

Dije que mamá me evitó el trabajo, ése de irse del hogar, sí las mamás, una broma, hay que hacerles el biberón, ponerles talco, cambiarles los pañales... Bueno, tenía nostalgia, y quise verla, reuní mis peroles, y me fui a los Estados Unidos, dejé a mi padre, la mujer de los poemas y las acuarelas, la hermana y todo, quemé el bosque, y me fui. Allá llegué sin hablar ni una palabra de inglés, una broma de locura, me las arreglaba como podía, me miraban raro, era «el argentino»; pasé el trabajo hereje, mamá y yo nos metimos en una pensión de mala muerte en el barrio latino, si te explico te caes de la silla. Nueva York es una especie de pequeño infierno, donde todo el mundo se anda protegiendo de todo el mundo, nos metimos ahí, porque era el peor sitio, tráfico constante de drogas, prostitutas, maricas, un asco todo, pero ahí estábamos protegidos precisamente por eso, no nos molestarían, nos consideraban parte del complot, ¿entiendes?, de pronto abrías la puerta y encontrabas dos mujeres haciendo el amor, y una es-quina más abajo un grupo de maricas en el mismo plan, pero nos acostumbramos pronto, era el escenario normal, no la gran escena, sino la escena cotidiana, eso, la violencia diaria, la de cada minuto; conocí un grupo de tipos, hice amigos, ellos estaban cansados de mascar chicle, bueno, tú entiendes, cansados de todo, hartos, con ganas de quemar todos los bosques, fritos, tomábamos alcohol de droguería, ese que venden en las farmacias, había una

prohibición para el otro, menores de edad o algo así, no recuerdo, lo cierto es que había que recurrir a ése, al principio me quemé todo, laringe, faringe, esófago, todo lo de adentro, ¡qué barbaridad!, pero después pasa, preparábamos cosas, para probar, luego estábamos en otro mundo, la percepción se desdobra, se triplica, los colores... es todo muy nuevo, muy extraño, nos acostábamos en el suelo en fila india, había una melodía, «¿quién le tiene miedo al lobo?», que salía por las ventanas, por todos lados, debajo de las puertas, viví escupiendo calles, metido en sucios callejones grises, las nubes no se veían, basura, siempre basura, el neón que te aplasta; conseguí un empleo en el Empire State, lavador de platos, millonadas de platos, como para volverse loco, los platos llegaban a la cocina en una especie de transportador eléctrico, había que bajar los sucios y colocar los limpios en su lugar, con rapidez de galgo, no había tiempo ni de respirar, entre aquel humo de platos sucios y los transportadores subiendo y bajando, y se formaban columnas y columnas de platos sucios, llegaba a casa sin haber probado un bocado en todo el día y vomitaba, siempre vomitaba, la primera semana tuve fiebre de 40 grados, la angustia, el hambre, las carreras, debía lavar platos y botar la basura, el cuarto de la basura: una serie de barriles alineados que se llenaban hasta el tope, y se llenaba el cuarto también, y yo saltaba sobre los barriles para aprisionar la basura, una y otra vez, y salía apresuradamente a cerrar la puerta y aprisionarla también, inútilmente, y los platos, los montones de platos esperando en el lavabo, tuve fiebre la primera semana, a la segunda me dio un ataque de nervios, y lloraba, lloraba como un niño, desesperado, nervioso, sin salida, agotado, sin tregua, harto de aquella jungla, y los maricas en las esquinas, abandoné, me fui, casi reventaba, quemando el bosque, a comenzar de nuevo, caminar en noches solitarias bajo el cielo negro que se te cae encima, en esa jungla de New York, una noche de esas conocí a una pareja, ella me gustó, una muchacha negra, muy hermosa, me gustó, él era un monstruo enorme, un tipo del carrizo, pasamos una noche cerveza tras cerveza, al final estábamos de recogernos, cantamos, gritamos maldiciones, armamos la farra de película,

el tipo, un monstruo enorme, para mi alegría resultó ser marica, sólo eran amigos, y la chica mira que me gustaba de una manera... Mira cómo son las cosas, nos fuimos a su apartamento, estaba todo listo, el terreno abonado, pero era invierno y cargaba zapatos de goma; fijate tú, cojo con una mano la frazada y con la otra me voy acercando a la chica, ella se ríe, pero entonces tomo con mi mano su rostro e instantáneamente intento besarla y ¡sas!, saltamos los dos, mis labios tenían electricidad, todo yo era una corriente eléctrica y en el contacto con ella hubo el choque, los dos reaccionamos, y después nada, no se pudo, tú sabes, cosas que pasan. Me metí a cargador de bultos, a empaquetador de libros, trabajaba todo el día, era el único obrero blanco del establecimiento, me llevaba bien, pero soy tan flaco, la resistencia se quebraba. Recojo mis peroles y vuelvo a la Argentina, la mujer del piano y los poemas había muerto, mi padre medio loco, y se quemó el bosque.

***De lo que sucedió a nuestro héroe al volver  
a su tierra, de su aventura y amorío, y otros  
graciosos o desgraciados sucesos***

En el autobús, viajando en el autobús descubrí las matemáticas, fijate tú, me puse a sacar cuentas en relación con las hojas de los árboles, con las cosas que pasaban, con el cielo, con las ventanas, y descubrí las matemáticas, iba creando teoremas como cosa mía, los mismos que ya habían inventado Pitágoras y los otros, una locura fantástica, y decidido ya, me matriculé en la Universidad de Buenos Aires, para estudiar matemáticas puras, estudiante de matemáticas, lavador de platos, místico ermitaño; entonces me metí de lleno en el asunto, los líos, y resulté dirigente de los jóvenes trotskistas, comenzó el trabajo en los sindicatos obreros, las huelgas, la persecución, estaba como un gato en todas partes, trabajo duro ése, de autobús en autobús, en época de redada, me metí a trabajar como telefonista en una tienda, mañana y tarde atendiendo teléfonos, sí señor, a su orden, un momento señora, en seguida la comunico, está ocupada la línea, unos minutos por

favor, para arriba y para abajo la misma línea, zig-zag, y el autobús en ésa descubrí un café, un café que quedaba en un trailer, ahí cenaba y miraba a la gente, allí iban los artistas, los locos, los titiriteros, los políticos, ahí vi a la chica, fijate tú, estaba sentada con otra y un tipo, y lloraba silenciosamente mientras partía en pedacitos un fajo de billetes, píntate la escena, una chica rompiendo en pedacitos un montón de billetes verdes, tirando los pedazos al aire llorando, busqué la forma de acercarme, y de pronto así, estaba sentado en la mesa con ellos, era titiritera, medio loca, con historias de polvo, de cristales, salimos en carrera juntos, era muy tarde, cantábamos, borrachos, se me escapó en una carrera, estaba de pronto apurada, no sé cómo acabó esa noche, de pronto todos nos dispersamos; la volví a ver al día siguiente, y el otro, y el otro, y siempre, par de locos calle abajo, autobús arriba, comiendo o sin comer, alquilamos un apartamento, mínimo, una cueva, fui dejando los zapatos, las medias, la camisa y un día me quedé todo yo, nació todo en un ropero, como un arco, traje mis acuarelas, ella sus títeres, para arriba y para abajo, y de carrera los autobuses, fue un año hermoso, ella cantaba, hacía títeres, cine, teatro, fiestas, lloraba, gritaba, se reía, bailaba, dormía, fornicaba, y yo cantando, corriendo, riendo, dibujando, metiéndome en todos los rincones, tocaba flautas, pero, siempre, por una u otra razón se quema el bosque; empezaron los líos, no me gustaban sus amigotes, y a ella mi trabajo con los trotskistas, discutíamos una y otra vez, se rompía la manzana, se quebraba a pedazos, se fue, me fui; seguí dibujando mis cosas, aquí y allá, me puse a hacer cine, aprendí algunas cosas, la encontré entre el grupo, nos unimos de nuevo, algunos meses, de nuevo el bosque quemado, se fue, me fui; llegaron los militares, la bota, la clandestinidad, más líos, salí, me fui más lejos, estoy así, corriendo entre algas, con zapatos de siete suelas, en el último asiento del autobús, con veintiún años, el pelo revuelto, los dedos largos como de cuatro articulaciones, escupiendo, tirando piedras, y de vez en cuando, cantando una canción.

Hugo dibuja en el aire con sus dedos largos, que parecen tener cuatro articulaciones, en lugar de tres, las cosas que me

cuenta, mientras el viejo dueño de la cervecería, en una mesa cercana a la nuestra resuelve un crucigrama, aparentemente concentrado en su juego. Los dedos de Hugo hablan de aquel hombre silencioso que busca con angustia la forma más adecuada de morir. Tengo frío y mis dedos resbalan por la superficie húmeda del jarro de cerveza, lo miro en calma, con una inquebrantable seguridad de que es precisamente eso lo que él espera de mí, que lo escuche así silenciosamente, con los ojos fijos en sus dedos, sin perder detalle del relato, y sin dejar de percibir al mismo tiempo la imagen del viejo tabernero, que levante de vez en cuando los ojos de la mesa para vernos con disimulo, por encima de sus lentes tan pequeños, y volviendo al crucigrama sólo en el momento de tropezar con mis ojos que lo miran instantáneamente con firmeza.

El hombre aquel se dedicó a caminar hasta el agotamiento, y se cansaron sus piernas, y sus manos, y sus ojos, y los acompañó el hambre y la sed durante días enteros, el hombre aquel que alcanzó el extremo de la melancolía, y en la desesperación escogió el silencio del camino entre breñas, y los dedos largos de Hugo describen círculos frente a mis ojos, y descubro que la puerta se abre y ese hombre ha entrado para sentarse frente a nosotros, y mirarme en silencio con las manos caídas y el rostro blanco, sin facciones, sin ojos. Y el viejo se concentra de nuevo en su juego. Hugo pide dos nuevas cervezas y descubre el diseño redondo de las sillas y las líneas rugosas en la superficie de la mesa, y esa mujer sentada a mi lado que se muerde los labios y baja la mirada, para volverse nerviosa sonriendo siempre nerviosa a ver un punto cualquiera de la habitación, y junto a Hugo un hombre como él con la diferencia de que sus dedos no quieren jugar con el aire, sino que se detienen sobre la superficie oscura. El hombre estuvo dos semanas completas caminando y quién sabe si más, agotando sus fuerzas, viviendo trozo a trozo su tristeza hasta perder conciencia de ella, y seguir solo porque se está, y el hombre llegó a lo alto de la montaña, y se hizo la noche y se quedó dormido; y el hombre frente a mí vencido por el cansancio se quedó dormido sobre la mesa, el viejo se desespera, no hay duda de que ha estado oyendo

el relato de Hugo, la mujer a mi lado sonrío, el hombre frente a ella responde igual, entrelazan sus manos. Recorro con mis dedos la superficie húmeda del jarrón de cerveza, el viejo del crucigrama busca una palabra de seis letras, seis casillas blancas; imagina al hombre acostado en lo alto de la montaña, es alguien que duerme, es alguien que pierde las líneas con la vida. Tengo frío, pido dos nuevas cervezas, este local cerrado sin ventana alguna me sorprende, está todo demasiado cubierto de cosas, hay imágenes en las paredes, imágenes que deambulan entre mesas, y Hugo con los ojos saltando, con los dedos saltando, me confiesa finalmente que el hombre consiguió la muerte durante el sueño, que le llegó tranquila, sin golpe seco, sin violencia. El viejo cubre las seis casillas y se detiene en una horizontal, la pareja a nuestro lado se pone de pie, dejan una moneda y salen, esta noche habrán de hacer el amor. Hugo finaliza su historia con la bruja, y tengo los dedos fríos sobre la superficie de la jarra, cuando me dice que la bruja de la montaña extrajo el cerebro del durmiente con un tubo de bambú.

Salimos a la calle, es una noche clara, adelante van dos que habrán de hacer el amor.

Dime si adentro de ti  
no oyes tu corazón partir

(1983)



## **EL FAUNO**

*Para Imogen Cunningham  
en homenaje póstumo*

Eso no era lo usual. Ninguna muchacha «de su casa» lo haría. Allí estaba la diferencia, el signo del estigma. Cuando ella le propuso que posara desnudo la situación pasó, de ser graciosa, a convertirse en la señal de alarma más cercana a la realización de la catástrofe.

Él podía verla envuelta en sus vestidos con dibujos de flores diminutas y su presencia era como una ráfaga de viento, una nube pasajera, un revoloteo de palomas en vuelo urgente. Caminaba a veces sin dirección precisa dentro de la casa, y nada de lo ocurrido en el espacio de las habitaciones se escapaba a su percepción. El cabello revuelto, castaño, rizado contribuía al dibujo de su figurita esquiva. El misterio, su misterio, era el resultado del contraste. Nadie podía engendrar aquella pequeña criatura etérea en las largas noches de la «casa grande». Entonces podía ignorarse el velamen producido por el frío otoñal sobre los cristales de la ventana en las que podían percibirse las líneas discontinuas de las gotas de lluvia resbalando, cuando entre las sábanas o la tibia sensación de su piel era presente. Fuerza de huracanes y calor de brasa despedía al contacto su cuerpo, y luego de realizado el acto en infinita prolongación, la cabeza descansaba displicente sobre el albor de la almohada, durmiéndose al instante con alguna frase a medio decir, y participando la existencia de un agotamiento siempre oculto a la luz del día.

Ahora quería que posase desnudo, y había escogido el lugar y el gesto, la luz y la distancia, y se lo participaba, ahora, sin más rodeos, como si su presencia en el proyecto fuera sólo un detalle sin importancia y de mínimo requerimiento. Mount Rainier sería el lugar.

Nada como el fondo oscuro de la laguna rodeada de los pinos dispersos. La discusión comenzó a convertirse en un hecho cotidiano. Ella lo recordaba continuamente.

Bastaba una breve alusión a la limpieza de la cámara fotográfica, al peso de los daguerrotipos. Ella volvía a hablar del viaje a Mount Rainier y el café desbordaría la taza causando una enorme mancha sobre el mantel, o él se cortaría la mejilla con la navaja de afeitar frente al espejo.

No era realmente temor lo que sentía frente a la posibilidad del acontecimiento. Su sensación estaba lejos de una definición cercana a algún sentimiento anterior. Era nueva. Una suma de desconcierto y vergüenza, un deseo de complacerla por instantes y un miedo infinito al futuro inmediato. La imaginaba a ella en el momento mismo de captar a través del ojo de la cámara su cuerpo desnudo en doble circunstancia por la figura reflejada en las aguas de la laguna. Se imaginaba a sí mismo despojado de toda autoridad sobre sus propios movimientos. Ella sería también la palabra decisiva. La señal. La reina.

La sentía encerrada en el cuarto oscuro, absolutamente concentrada en la elaboración de sus «pócimas» misteriosas, a través de las cuales ella haría aparecer, sobre la superficie del papel sumergido en las bandejas de colores, las imágenes en principio difusas y luego progresivamente nítidas y permanentes. Había terminado por comprender que para ella el gesto sensual primordial era la realización de una imagen de exquisito acabado. Ese acto era el final de una cópula, la esencia que sintetizaba su razón de vida.

Una noche accedió a su ruego. Sus caricias habían sido infinitas, ella tenía el dote de hacer sonar sus palabras en la oscuridad de la noche como si fuesen pétalos volátiles flotando en una nube tersa a lo largo de un cuerpo sediento de suaves roces. De

esa manera podía fundir el sonido y la caricia tangible para llegar al logro definitivo de su deseo.

A la mañana siguiente vieron la neblina en lento ascenso sobre las aguas tranquilas de la laguna de Mount Rainier. Él se despojó de una de las piezas de su ropa.

La camisa, la franela, los calcetines, todo fue colocado en un espacio abierto sobre el follaje. Ella tomó posesión de su cámara y colocándola a la distancia requerida se dedicó a su oficio de lenta contemplación. Buscaba una noción difusa, una luz suave sobre las cosas, un contraste de tonos que serían grises. Fueron horas de arduo trabajo. Sigiloso, detallado, su ojo a través del otro fijaba gestos. Definía posiciones estatutarias. Él obedecía apacible a cada una de sus nuevas demandas.

Al fin la provisión de daguerrotipos estuvo agotada. Ella se dedicó entonces a recoger sus enseres, haciendo referencia oral, como el descuido, de todo su entusiasmo, de las alegrías futuras que estas fotografías le depararían. Entonces, de pronto, en un instante, tomó conciencia de la ausencia de respuesta, nada había, sólo el sonido de su propia voz. Lo buscó. Él no estaba en el área del paisaje más inmediata. Al fin lo encontró. Escondido en el follaje, y realizando el acto de vestirse con gestos mecánicos, daba la sensación de estar trasladado a otra galaxia. Entonces ella pudo ver las lágrimas que rodaban por las mejillas de él.



## **NI LIRIOS MARCHITOS NI TIGRES DE BENGALA**

*Felices los normales, esos seres extraños.*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Quitarse los anteojos sería eliminar la única posibilidad de enmascaramiento, de rostro oculto, de mundo interior resguardado puerta adentro. Te lo dice el Hamlet cuando habla de la representación de los cómicos: «Yo lo heriré en lo más hondo del corazón, si muda de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer...» Por eso los cristales son ligeramente oscuros (y atrás están los otros dos pequeños, pardos, que no quieres que descubra).

Mientras, la lluvia está cayendo como un incendio imostergable y casi no se distinguen los bordes del mundo de afuera.

Te descubro al mirarte pero las monturas de tus anteojos siguen siendo demasiado firmes, distanciamiento para que no me atreva con arrogancia a escudriñar la diferencia precisa entre la palabra o el silencio y ese flotar dentro de tus ojos, distancia precisa para descubrir lo impreciso.

Mi estimado amigo; usted no quiere aceptar la realidad, en definitiva no sólo somos y no somos sólo lirios en quiebre ni tigres de bengala. Hubo una niñez inicial como la de todos, donde el llanto llenó noches tan grandes como galaxias y la caricia la levantaba un rumor de mar acorralado.

Se crece, se asume la posición final. Lo otro no existe sino en un álbum de postales de esos que guardan las abuelitas emigrantes,

o las recetas de conserva de fruta que copió la primera de aquella generación en un cuaderno de hojas amarillas.

Usted ahora no come cuento, y se ufana feliz con su «sonrisa de playboy que usa vanhousen y jansen que es lo primero que se pone un hombre», pero en el fondo del pozo, no nos engañemos, ni usted... ni yo...

La camisa, podríamos fijar allí la mirada para esquivar el paro circular que no quieres que mire. La camisa, pues, fondo blanco, líneas rosadas, el blanco imperativo.

Y tomamos un campari con indiferencia, señalando con «inteligencia» y «natural elegancia» un detalle suspicaz de *Los pasos perdidos de Carpentier* (¡Oh, barroca estructura!) y en un hilo intuyo el equilibrio que cuidas y percibo que no debo inmiscuirme en tu encaje de cristales, si lo tenso se romperá por ficticio. El papel tapiz tiene arabescos...

Traslado el escenario y estoy sentada sobre la mesa alta, azul. Llueve. La lluvia es el fondo sonoro, tibio, viscoso. Tú haces de hombre-de-mundo-que-pisa-tierra-firme. Sonrío. No sé donde leí antes lo que acabas de decir. Te observo a dos niveles y mantengo tu juego permanente.

Usted, mi amigo, hubiera querido nacer en un refrigerador de los supermercados Cada. Yo no. Pero... no vale la pena discutirlo.

En última instancia se trata, digamos que de un acuerdo tácito (estamos ya en la edad de los acuerdos tácitos), o de este compartir soledades, disfrutes de silencio. Yo presiento los tuyos, son notables las miradas de doble faz. Es por eso quizás que me sorprende este mirarse, mirarme aquí sentada sobre la mesa azul con la lluvia de fondo, agua copiosa que se empeña en imponer su presencia, porque el torrente fuerte produce ruidos de fondo y la conversación se ve interrumpida y acabada porque no podemos mantener nuestro tono habitual, hay que subir volumen y velocidad.

—¿Puedo revisar tu nevera?

Y respondo con un gesto displicente. Ese/ tu/ adjetivo posesivo en segunda persona, define nuevamente las distancias, en efecto, reconozco con conformidad y acuerdo: yo tengo mi mundo, tú tienes el tuyo, sólo hay temporales, o más bien eso que llaman «puntos de contacto», y presiento en un instante que dura un siglo, el vacío infinito de esta revelación.

Lavarse los dientes frente al otro ya no dice nada de lo que hay dentro de él. Y una nevera no es el objeto más adecuado para definir mi instancia ni la de nadie.

Entonces, detenida en el detalle pienso en la nevera vieja de la casa de los padres, en donde hay dos, y la antigua, la de la infancia compartida es amarilla y apenas sostiene su puerta, y está todavía en aquella casa no sé dónde ni por qué, supongo que para sostener sobre ella la jaula del periquito, porque la otra, la que guarda los alimentos, la del sostén práctico de la vida, está en otro lugar evidente, blanca, grande, como las de los catálogos de los productos eléctricos, mi primera reflexión resulta pues equívoca, una nevera sí puede evocar la calidez de lo no preciso, una nevera amarilla pudo determinar las etapas de mi crecimiento, las vivencias de la infancia: cuando no alcanzaba el manubrio, cuando por fin podía abrirla sin ayuda, cuando había cosas secretas adentro que no podía tomar o comer, cuando estudiaba en el liceo y hacía «postres» y llevaba amigos a casa para hablarles con timidez sobre cualquier cosa y servirles «algo» cocinado por mi intuición o alguna receta fácil de «revista femenina», una nevera puede servirte para reconstruir la historia.

—¿Qué piensas hacer esta noche?

Y despierto, es cierto, estás allí, tienes un vaso de agua en la mano (¿un vaso con agua, un vaso con leche?). Allá estás con el vaso de leche en la mano derecha y la izquierda disciplente en el bolsillo del pantalón. Veo tus anteojos sobre la mesa, desde que vienes con alguna frecuencia a casa ya no los usas permanentemente, para ti es un signo de confianza, para mí otra cosa, me divierte en cierta forma, pienso en las caricaturas de las revistas sobre parejas, los

tipos se cansan de ver a las mujeres en el desayuno, despliegan el periódico y revisan las noticias mientras las mujeres al otro lado simulan comer algo recordando de vez en cuando: —Se te enfría, mi amor, batas de casa, mesas servidas, la tostadora de pan, los rizados puestos, las pantuflas, los signos de la clase media y de mujeres hechas para la espera.

Me alegro de mi ventaja de distancia, puedo distanciarme de cualquier cosa sin demasiada dificultad, asumo el observador.

Nunca te he preguntado cuál es el defecto, ¿tienes miopía?, no sé, no importa mucho, tú tampoco sabes ni preguntas por qué a veces desaparezco de mi actividad normal y caigo en cama por días, para reaparecer acompañada de frascos de pastillas y más pálida que las fotografías de mi abuela. Tampoco es importante que me lo preguntes, te respondería cualquier cosa. Lo cierto es que de pronto recuerdo que me estás haciendo una pregunta.

No sé, tengo algunos libros nuevos que quiero hojear... a lo mejor oír música y preparar algún material para el trabajo de mañana. No respondes nada. Afuera la lluvia impide distinguir los bordes del techo del estacionamiento, y hay un gris húmedo en el espacio de la casa, la cocina resulta más cálida por el anaranjado de las paredes. Te paseas delante de mí deteniéndote a mirar los dibujos en la pared.

—¿Esta es una serigrafía o un grabado?

—Es una prueba de aguafuerte... pienso que se trata de un procedimiento de grabado pero no estoy segura... Presiento que quise molestarte con mi respuesta, sin premeditarlo realmente estoy pensando en otra cosa, las rayas de la camisa por ejemplo: son azules, rosadas, blancas y amarillas, en conjunto dan una impresión refrescante, y te va bien esa camisa, pareces más joven de lo que eres (¿o de lo que yo creo que eres?).

Debes cuidar con demasiada meticulosidad la compra de tu ropa, nunca te he visto ropa repetida, salvo una franela de listas gruesas que te debe gustar mucho.

—Pasan una buena película. ¿Por qué no vamos al cine?

—No sé... de pronto. Me doy cuenta de que me dan lo mismo muchas cosas, no soy de esos seres que necesitan definiciones ni programas, además en el fondo me cuesta demasiado tomar una decisión sobre cosas que no considero de trascendencia, como ir al cine o quedarse a escuchar música, me adapto con relativa facilidad al mundo. Y descubro que antes por lo menos soñaba, pero tenía a su vez la desventaja de descubrir que los sueños pueden demasiado fácilmente no tener concordancia con la realidad. Ahora pienso en algo que leí acerca de la felicidad: la única felicidad es la que proporciona el conocimiento, porque no existe felicidad otorgada, y sobre el conocimiento uno mismo maneja las riendas, uno decide lo que quiere aprender o no, lo que busca, lo que desea, la felicidad otorgada es un artificio y es peligrosa, la posibilidad de comunicarte se reduce a parcelas, y hay rincones de fondo en los que la posibilidad de la soledad nos pertenece a todos, tener ello claro es el primer paso para superar la angustia o aprender a soportarla, la angustia de creer que los otros pueden acompañarte realmente, la angustia de querer ir más allá o de esperar que vayan más allá. Entonces nace una nueva armonía, puedes determinar hasta dónde alguien puede conmoverte, es triste pero real, por lo menos no hay posibilidad de hacerse trampa. Aparte está la protección a la ensoñación, soñar sobre una dimensión real, enriquecer el juego. Podemos compartir la lectura de un poema (me refiero a los puntos de reencuentro interior que pueden producirnos las frases de ese autor y lo que de pronto como signo mágico descubres que a otro lector lo tocan igualmente), pero lo mismo podría decirse hasta de las aproximaciones a otros a partir de una canción de rocola, ahí está el punto. Necesitamos recubrirnos del hecho mágico.

No se puede hacer el amor con gente sin imaginación, porque no se trata de dirigirse a la cama, quitarse los pantalones, la franela, la ropa interior... doblarla cuidadosamente y... ya estamos listos para el procedimiento. No puede tratarse de eso. De ser así es mejor quedarse en casa tomando jugo de naranja y leyendo una

novela de Agatha Christie o algo por el estilo. Lo único válido es la posibilidad del revestimiento mágico.

Mientras pienso en estas cosas me bajo de la mesa, y busco yo también un vaso de leche en la nevera, mi nevera; tú sigues revisando las firmas debajo de los cuadros y ahora hojeas aparentemente indiferente mis papeles sobre le escritorio: los esquemas de mi próxima investigación, fichas de lo que leo actualmente, y hasta las últimas cartas recibidas.

Me paro con mi vaso de leche en mano, inclinando la espalda sobre la nevera y te observo como si no lo hiciera, sé que lees por encima muy rápidamente las cartas de mis amigos, pero no quieres que descubra que te interesa, y yo no quiero que tú percibas que me interesa que te intereses (es algo más que ese hacer el amor de vez en cuando, un poco más que el buscarme para hablar de Carpentier o de Eliot), si mis ojos se encuentran con los tuyos en algún instante los muevo y hago como si mirara algo detrás de ti, es una manera de decirte: —No te preocupes, no vi nada, ya sé que no te interesan esas cosas, tú quedas tranquilo y yo también. Por segundos me pregunto qué clase de cartas recibirás tú... ¿acaso la de una mamá que ya se siente solitaria e ignora el sentido de su permanencia sobre la tierra para comer, vestirse, dormir y de nuevo comer, vestirse, dormir o recibir alguna llamada telefónica?, ¿acaso la de alguna amante con la que alguna vez tuviste alguna relación primitiva y hermosa, pero que terminó por volcarse en la neurosis?, ¿las de un amigo que escribe desde Colonia, describiéndote su soledad?, ¿o los apuntes de una hermanita que te cuenta sus vacaciones en la playa, víctima de una insolación, y dice que sólo puede tomar sopa y resolver su tarea de matemáticas, sentada a la orilla del mar?

Puedo inventar infinidad de personajes de los que puedes acaso recibir cartas, pero tú nunca has hablado de eso, y yo no quiero preguntarte porque tú no me lo preguntarías a mí, y porque además prefiero vivir esta posibilidad de la ensoñación al inventar yo esas cartas y esas personas.

Ahora te has detenido en un papel y estás tan concentrado en tu lectura que no tomas conciencia del gesto que realizas, has

levantado el papel de la mesa y sospecho que olvidas mi mirada. Yo sé de lo que se trata, es una carta de alguien que me invita a acompañarle en un viaje de vacaciones, habla de la coincidencia de nuestro período de asueto y de lo agradable que sería viajar juntos, entonces viene una descripción de algunos paisajes, recuerdos de nuestra común época de estudiantes y algunas citas hermosas (reminiscencias de poetas que leímos juntos). No puedo evitar divertirme mientras te observo porque mentalmente estoy recorriendo la carta que tú descifras en tu lectura, y quiero adivinar lo que piensas a partir de toda una gama de variables, pero antes de que termines te interrumpo.

—¿A qué hora pasarías por mí?

Quiero disfrutar de tu desconcierto.

—¡Ah!, ¡ah, sí, claro! Para lo del cine...

Y a tiempo, con elegancia e inteligencia, colocas el papel sobre los otros y vuelves a tu tono habitual de indiferencia, pero tu mano incómoda despojada del objeto no sabe qué hacer, todavía te delata.

—Podría ser a las nueve.

—Y... ¿por qué no a las siete?

La diferencia de horas nos señala un mundo de significaciones ocultas que ya forma parte de un código conocido a perfección por ambos. Si acepto ir a las nueve significa que al regreso cenaremos. Hablaremos. Tomaremos vino. Hablaremos largamente. Me traerás a casa. Te fumarás dos cigarrillos, y ya serán las dos de la madrugada, demasiado tarde para salir en un automóvil hacia tu apartamento solitario como el mío, y... te quedarás nuevamente a pasar la noche. Si digo que prefiero ir a las siete estoy señalando tácitamente que por hoy no tengo ningún deseo de pasar la noche juntos (quizás quiera estar sola para escuchar música, ver otras personas, estudiar, o simplemente: estar sola). Estas situaciones entran dentro de nuestro ritmo habitual y son válidas porque las hemos inventado sin común acuerdo para desgarrarnos menos (y hablar de «desgarre» dentro de nuestro universo parece resultar poco menos que «insólito»,

somos demasiado higiénicos, racionales y «listos»). No sé en qué momento se establecieron las reglas del juego, pero existen y son necesarias. Ninguno quiere ser la víctima, ninguno está dispuesto a revivir en esta relación fantasmas o infiernos del pasado (¿fueron realmente infiernos?), nos cuidamos y eso es todo: nuestros reales sentimientos necesitan de esta caparazón. Protejo mi autonomía afectiva y tú cuidas de la tuya, ninguno de los dos aspira a tener cosas como: frondosa familia o comer panquecas los domingos y engordar frente al televisor. Ambos pretendemos caminos bien diferentes a esa pasividad vegetal... Cuando pienso en la palabra calcinante, cuando pienso en eso del desgarrar me parecen tan lejanas ahora todas las imágenes que se agolpan en mi memoria, y sin embargo largos y misteriosos caminos para finalmente, cobardemente quizá elegir esta opción. Pero hay un acuerdo sin gestos previos entre nosotros, los pies sobre la tierra compañero, y la conciencia de que nada sabemos el uno del otro y de que preferimos no saber.

—De acuerdo... a las seis paso por ti.

Miras el reloj en tu muñeca, tomas la chaqueta (gris, sobria, sin arrugas) y te paso los anteojos que ajustas con rapidez detrás de tus orejas.

—Me voy.

No digo nada, te acompaño hasta la puerta. La abro:

—Adiós.

Estás en el marco de la entrada a punto de bajar las escaleras.

—¡Nos vemos!

Y ya cuando estoy a punto de cerrar... ya es ése el segundo previo al sonido del golpe de la madera, y me detienes:

—¡Espera!

Te miro sorprendida, hay un gesto de extroversión que no esperaba.

—¿Dónde piensas pasar tus vacaciones?

—...No sé, a lo mejor viaje con un amigo, pero no estoy segura.

—¿Qué te parece si nos vamos a la playa, y te llevas tus libros, la música que quieres...? puedo hasta... ¡Enseñarte a pescar!... según algunas opciones (y aquí tu gesto quiere ser teatral y gracioso) no lo hago tan mal.

Allí estás. En ese primer escalón, con tu camisa de rayas y tu rostro de tipo «decidido», y la sonrisa, esa solícita sonrisa que se quiebra temblorosa en la comisura de los labios, y a través de los ojos se te está escapando lo que no quieres que se te escape ni se me escape, que se te note ni se me note.

Aquí estamos los dos mirándonos, como si la imagen del cinematógrafo se hubiera detenido y aunque los espectadores griten y tiren papelillos apretados o venga la policía y trate de romper la pantalla y se lleve al proyccionista y al empresario y se arme la trifulca con los «bravos de barrio», aunque pase todo eso, la imagen, el grito oculto, está, y ya nada, absolutamente nada, podemos hacer.



## **CABALLERO DE BIZANCIO**

*Como una góndola de verdes frutos perfumados,  
Deslizándose por los canales venecianos,  
Tú la exquisita,  
Has entrado en mi ciudad desolada.*

RICHARD ALDINGTON

Yo abro la puerta y está usted. La cabellera le llega hasta la cintura. Debajo está la camisa a cuadros y las manos de dedos finos. Anteojos cuadrados: ojos oblicuos. Blue-jeans, y una blanchura usual en la piel. Yo que abro la puerta, que pase —ah, sí, es usted el de la carta (¿tú? ¿usted?... bueno), y que sí, y que...

—¿Qué te parece si estamos en la cocina?, la tablita para cortar el tomate, el pepino, el cuchillo... y los ojos mirando y mirando.

—¿Comes arroz?

—Cualquier cosa.

—Tú... ¿no hablas?

—Te estoy mirando.

—Humm...

—Suponte que tienes cuatro años buscando a alguien.

Los cuadros rojos de la camisa tienen una extraordinaria habilidad, terminan en brazos largos de finos dedos.

De manera que tocas flauta traversa en la Sinfónica Juvenil, ésa que sale todos los días en los periódicos y los músicos aparecen como si todos fueran virtuosos orgullo del país, metidos en cajones

de gruesa madera con rótulos: «Trátese con cuidado», frágil; y es como Mozart o descubrir a Berlín con la neblina muchacho flaco con frac negro, violín al hombro y un rostro transparente. Ante ella el desconcierto: él no es rubio, no débil, no transparente, y... ¡es músico y toca flauta travesa (la de tapitas)! Y además fue a Escocia (en donde están los tipos con faldita y gaitas, la gente toma y canta y hay flores raras...)

Resulta que volvemos al tiempo real, de la cocina y la tabla de picar y está aquí frente a ti viéndote cortar el tomate, y lo primero que se le ocurre justo allí es preguntarte: —¿A qué país te gustaría ir?... así como si soñarás... y uno con terror vergonzoso (porque le asalta el complejito de culpa con golpes de pecho y todo de haber tenido papá y mamá y escuela y libros de cuento y una infancia con Chaplin y algodón de azúcar) y dice: —A... Dinamarca así de golpe, con todo el peso de la nieve y la irrealidad encima.

—Por los cuentos de Andersen, ¿verdad?

—Pues claro, sí, es eso, pero... ¿cómo lo supiste?

—Porque yo también quiero ir a Dinamarca.

Y se te baja el sustico del centro del estómago, te sientes como cómoda, como del mismo tamaño pues.

Y después él viene y te dice: —¿Te fijaste en que mis manos son del mismo tamaño de las tuyas?

—Y... como que tienes hasta las rayitas de la misma forma.

Y ¿qué significan las rayitas del antes y las rayitas del después?, eso está comprendido dentro de la magia. Es decir: ahora de inmediato hay que explicar, a principios del relato, por qué estos dos personajes se encontraron, cómo se produjo esta cita que repercutió en cocina y Dinamarca, y tabla de cortar tomates y manos iguales. Descrita la puerta abierta, el personaje que entra y cinematográficamente lo hemos trasladado a la cocina y ubicado al otro lado de la tablita de cortar (otro lado en relación a ella, dueña de la casa), y ésta con un cuchillo de sierrita corta tomate. Hay una relación de pasado que debemos introducir en este primer diálogo, pero ese pasado tiene a su vez diversos estadios, a saber:

a) La semana pasada cuando el personaje dos (ella) regresó de la playa (¿interesa decir que estaba en la playa?), se encontró debajo de su puerta una carta del personaje uno, quien es, hasta ese momento, un ser anónimo, desconocido.

b) El pasado anterior, es decir, ¿por qué este personaje uno, del cabello largo y la camisa a cuadros viene a escribir esa carta que lo llevará a la comunicación directa con el personaje dos (la que en el presente corta tomate)?

Lo que podemos explicar en este momento depende de lo que el personaje uno decida decir en la cocina (puesto que es él quien tiene algo que decir). El personaje dos está a la expectativa, no pregunta porque sabe que la historia aparecerá, flotará, surgirá por razones naturales. El asunto es el siguiente: ¿Esto lo debe resolver el personaje del cabello largo o lo debe solucionar el escritor?

—¿Leíste *Las mil y una noches* cuando estabas pequeña?

—Sí...

—Y... cuando lo leías ¿no te daban pesadillas?

—Sí, claro.

—¿Con qué?

—Con... ¡el Ave Roc!, con los viajes de Simbad, con... ¡tanto mago!

—Y ¿qué hiciste con el libro?

—Lo mojé... bueno en realidad se mojó con la lluvia, pero... yo quería tirarlo por el balcón sin que mi papá se diera cuenta, no quería que supiera que me asustaba.

—Eso fue en el balcón del edificio Floral Park, cerca de la iglesia San Pedro en Los Chaguaramos.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—Yo tiré el mío por el hueco de la basura del Floral Park, porque tenía pesadillas con el Ave Roc, era demasiado grande el Ave Roc.

—No es eso, es otra cosa extraña, yo me imaginaba un Ave Roc distinta de la que salía en los dibujos del libro.

—Claro, sí.

—Oye, pero ¿cómo es eso de que tu vivías también en el Floral Park?

—Magia, todo es magia. Y lo dice con un gesto displicente y sencillo, como si se tratara de algo absolutamente normal y a la vez como si esa fuera la clave de su visita.

—Hummm... ¿tú papá era un tipo de bigotes?

—Sí, nosotros vivíamos en el primer piso y ustedes en el cuarto.

—Cuéntame más para recordarlo.

—Tu mamá compraba la carne en la carnicería de enfrente, la de Agustín. Los portugueses del abasto se llamaban Ignacio y Manuel.

—Sí, al lado del abasto había una tapicería, yo veía cómo forraban los muebles mientras esperaba el autobús de la escuela.

—Tu hermano jugaba con unos avioncitos que yo le envidiaba mucho, una vez se le cayó uno en el balcón de mi casa y a mí me costó devolvérselo.

—Ustedes eran cinco hermanitos, todos seguidos... tu mamá estaba embarazada, todos eran igualitos.

—Tú y tu hermana usaban un uniforme blanco con bordes rojos para ir a la escuela y esperaban el autobús frente al edificio... tenían unos bultos grandíiiiisimos.

—Es cierto, sí.

—... ¿Por qué me acuerdo de un señor a quien una noche...?

—¡Ya sé, sigue!

—Le pasaba algo, salió gritando al jardín posterior del edificio yo estaba en el balcón jugando con mis muñecas y me asusté.

—Le dio una crisis nerviosa, tenía mucho tiempo sin trabajar, mi papá era profesor de matemáticas en un liceo y... como no estaba con el gobierno, lo tenían jodido.

—Tu mamá lloraba tratando de abrazarlo para que no gritara... mi papá se acercó y mucha gente del edificio.

—A nosotros nos metió para dentro mi abuelita, no quería que viéramos lo de papá.

—Cuando mi papá subió yo le pregunté si el señor del primer piso se había vuelto loco... y él muy serio me dijo que no, y que lo que le había pasado a ése le podía ocurrir a él en cualquier momento también... mi papá también estaba sin empleo, lo habían botado de los periódicos.

—Claro, eso fue al inicio de los años sesenta, con Betancourt; tu papá era comunista.

—A esa edad uno tiene una noción tan fragmentaria de las cosas.

—Mi mamá a nosotros tenía que dejarnos solos en el apartamento, una vez me empuñé en sacar a mi hermanito del corral, me ayudó el otro, el que me sigue en tamaño, pero después que con un gran esfuerzo lo logramos él se puso a llorar porque quería volver dentro, ahora no sabíamos cómo meterlo. Mi hermano se metió dentro del corral para que yo le pasara al chiquito, y cuando lo hicimos no recuerdo por cuál razón la cabeza se le quedó atorada entre los barrotes, nos asustamos mucho. Mi mamá me cuenta que ella subió corriendo porque unas vecinas le dijeron que nosotros pedíamos auxilio desde el balcón.

—¡Ustedes eran terribles!... y todos seguiditos, a tu mamá se le veía siempre con la barriga, un cochecito y los otros alrededor.

—Ella es una gran tipa, deberías conocerla ahora. Tú sabes que me despierta todas las mañanas con esa canción... «Pueblo blanco», la canción de Joan Manuel Serrat.

—Cuál es ésa.

—La que dice (canta): «Colgado de un barranco/ duerme mi pueblo blanco/ bajo un cielo que a fuerza de no ver nunca el mar/ se olvidó de llorar/ por sus callejas de polvo y piedra/ no pasa ni pasó la guerra/ sólo el olvido»...

—Es muy triste esa canción... ¿por qué te pone precisamente ésa?

—Bueno la cosa empezó porque cuando yo me levantaba siempre le cantaba a ella un pedacito de esa canción, ahora ella me lo hace a mí.

—Quieres decir muchas cosas con esa canción.

—...Mamá es tan suspicaz que sabe cuándo amanezco triste o no según la cara que pongo escuchando la canción. Ella tiene mucho sentido musical... al lado de mi cama están los cocos, tú sabes, los cocos, ese instrumento con cocos de distintos tamaños uno al lado del otro.

—Ya sé.

—Ella coge los palillos y se pone a tocar, lo hace muy bien con ritmo... siempre tiene buen humor.

—¿Siempre has vivido en tu casa?

—No... estuve un tiempo con una compañera y otra pareja, vivíamos haciendo locuras, nos metimos en negocios extraños... figúrate que hacíamos botones de ascensor ¡imagínate eso! ¡Nada menos que botones de ascensor!

—Y ¿cómo se hacen? ¿Con qué?

—Con moldes... Recuerdo que un día llegué a casa viendo todo aquel desastre de pintura en el piso, potes y potes colocados en fila india, pedazos de plástico pegados en todas partes, manchas, pegostes de colores... pensé que debíamos empezar a hacer otra cosa para vivir... hicimos artesanía en cuero, joyas, mil cosas para conseguir dinero, además lavábamos, cocinábamos, todo...

—Oye, ¿quieres un café?

—Claro, sí... ¿puedo poner música?

—No lo preguntes.

—Tú tienes exactamente la música que yo suponía que tendrías.

—¡Ah! ¿Sí?... ¿Qué por ejemplo?

—Bueno todas las cosas de Serrat, «Mundo salvaje» de Cat Stevens, los brasileños Vinicius, Chico Buarque de Holanda, María Bethania... Paco Ibáñez, Bola de Nieve, Mozart y Mahler, los Fania... todo. Hice bien en no traerte un disco... no sabía en realidad qué traerte, di mil vueltas para escoger. Como suponía que te gustaba todo lo que a mí, se me hizo muy difícil elegir. Entonces pensé en un libro y era el mismo problema. Sin embargo se me ocurrió algo... ¿Has leído a Nazim Hikmet?

—Sí tengo un libro... ¡*Poemas del exilio!*

—Bueno, ¡toma...! —él ha revisado su morral y de allí saca aquel pequeño ejemplar de tapas negras que ella tomará con delicadeza para hojearlo y leer:

*Antología* de poesía de Nazim Hikmet. Suena algo en el aire (¿la *Kreisleriana* de Schumann?). La cámara se aleja y la pareja se disuelve en un mundo de gestos suaves

en las palabras que flotan confundándose entre las notas del piano, flotando, flotantes...

Llega la tarde, la define un gris plomizo sobre todas las cosas, desde la ventana la conversación continúa entre intervalos de silencio cálido y cómplice. Están pasando los ángeles.

—Estoy escribiendo una canción que te va a gustar, dice así: «Con real y medio compré un locomotora, la locomotora tuvo una locomotorita, tengo la locomotora, tengo la locomotorita y siempre tengo mi real y medio.»

Ella se ríe a carcajadas, sentada en el suelo, desde allí mirándolo, mientras él de pie canta en tono burlón y gestual. El juego se prolonga, los brazos hacen la pantomima de la guitarra.

—Con real y medio compré un grabador de cassette y el grabador tuvo un grabadorcito, tengo el grabador de cassette, tengo mi grabadorcito y siempre tengo mi real y medio...

—Yaaaaa, te pasaste, ja, ja, ja. Ella se pone de pie y lo empuja, siempre riéndose y jugando. Ahora tienen siete años, son dos niños jubilosos.

—Está bien, no te gusta mi canción... ja, ja, ja.

—... ¿No quieres ver mis títeres?

—¡Claro que sí!

—Anoche montamos una función en Maracay, es la historia de un árbol que además de sombra da sombreros y vive en el barrio Caña de Azúcar... este es el sombrerero y estos son los guantes del árbol... estos son los sombreritos que da cuando está bien, y estos estropeados, tristes son los que da cuando se los roba el señor Platini.

—¿Quién es Platini?

—El malo del cuento.

—¡Ah!... ¿Y qué pasa después?

—Bueno que llega el viento... que soy yo en este cuento, y vuela todos los sombreros para que Platini no pueda agarrarlos y ayudo siempre, soplando, a que el árbol vuelva al barrio Caña de Azúcar.

El Caballero de Bizancio toma al señor Platini en su mano y colocándose lo comienza a hacerlo hablar.

—¡Pero qué se creará el arbolito ese, ¿pensará que puede disponer de sus sombreros como le dé la gana? ¿Y los que construimos el capital qué? ¿Pretenderá vivir sin nosotros? ¡Está loco!

—Caray lo haces muy bien vayaaaaa...

—Ven, chica, vamos a oír música.

Los dos se dirigen de nuevo a la salida llena de plantas y muñecos, hay como un aire de fiesta en todas las partes.

—¿Tú supiste de la vez que vino el Mongo Santa María a Caracas?

—Sí, a mí me gusta mucho el Mongo.

—En una función yo me subí al entarimado y toqué bongó con ellos, fue increíble.

—Parece que eso de verdad lo tenemos por dentro, el ritmo está en nosotros, hasta hablamos con música y tambores, siempre percusión.

—Sabes que yo doy clases en un liceo, de música... me divierto mucho con el grupo, se trata precisamente de eso, de demostraciones de que la música está en todas partes y en todos los momentos del día, en los ruidos de la calle y de la casa... ellos responden bien, los que me fastidian son los otros profesores, pero son de esas cosas cargosas de las que es mejor no hablar...

—Es un problema de maneras de ver el mundo.

—Sí... ¡ah!, ¿Y qué hora es?

—Humm... las cuatro.

—¡Caray!, como pasó el tiempo, yo debería de estar ensayando... ¡Ah! No te dije que yo toco con el conjunto que acompaña al grupo de danza que se presenta hoy aquí esta noche; ¡podríamos ir juntos!

—Buena idea, yo nunca he visto lo que hace ese grupo.

Mi amigo nuevo tiene aire de caballero barroco con actitud renacentista... Ahora pasa de un tema a otro como por descuido. Sus dedos finos ponen en orden una cabellera que ya llega hasta la cintura y los lentes pequeños producen la sensación de que los ojos desaparecen intensos y dulces en cada giro nuevo de la conversación.

—¿Conociste Escocia?

—No cuando fui a Europa sólo estuve en Italia y no vi mucho porque me enfermé.

—¿Qué te ocurrió?

—Me enfermé... es largo de contar... estuve en un hospital un tiempo... no quiero hablar de eso.

—Hummmmm...

—¿Y tú? ¿Estuviste en Escocia?

—Sí, es muy bella, deberías conocerla... es como un gran bosque, lleno de distintos verdes... y la gente... ¡Me sentía como en una fiesta!, era todo fresco y hermoso. Provoca tumbarse sobre las hondonadas verdes y sentir la humedad de las hojas, la luz del sol. Caen rayitos finos, botones de líneas delgaditas que te cubren y quieres correr, trotar, dar brincos altísimos, hay un brillo en todas partes... parece que hasta el viento tuviera color. Se siente uno como... ¡pleno!, eso que llaman sentirse pleno...

—¿Fuiste con la Sinfónica Juvenil?

—Sí, pero yo me les escapé por unas horas. Escocia es para que la veas sólo así, descubriéndola a viva piel.

—¿Qué otros lugares conociste?

—¿Tú viviste en Roma, verdad?... A que adivino a qué lugar ibas los domingos.

—Ja, ja, ja... no lo creo.

—Es muy fácil saberlo, sólo tengo que pensar en un lugar al cual yo hubiera querido ir los domingos.

—¿Crees que hasta allí llegue la magia?

El Caballero de Bizancio está sentado sobre la alfombra azul y con el torso inclinado y la cascada de cabellos oscuros simula

dibujar un mapa sobre la superficie rugosa, su camisa tiene cuadros rojos y blancos.

—Aquí está Piazza del Poppolo.

—Ajá.

—Este es un espacio en donde hay varios cafés con las mesitas afuera, y los domingos del verano se llenan de sol.

—Y por aquí hay una subidita.

—La del parque.

—Sí allí arriba hay como un mirador desde donde ves toda Roma.

—Y hay lagos artificiales y muchos árboles.

—Y funciones de títeres como las de la Comedia del Arte.

—El cielo se siente muy cerca.

—... ¿Ves? Adiviné.

—Sí, es cierto, adivinaste.

Ahora están en la salita acondicionada para la función, un salto en el tiempo, un salto en el espacio. Ha llegado la noche, mi amigo está en el centro de la tarima.

Tiene nuevamente el cabello suelto y se mueve enérgicamente dando indicaciones a Lisandro, al Enano y a los otros músicos.

El piso es de madera y la tarima de los músicos tiene una cierta distancia del destinado a las bailarinas.

Un sintetizador, los cocos... no puedes determinar con exactitud cuáles son los otros instrumentos en la tarima, los oigo sonar y producen vibraciones en ondas distintas, podría llevar la sensación a las dimensiones del espacio circundante.

Las muchachas se mueven al compás, y el público, sentado en su mayoría en el suelo, pierde la noción del espacio y el tiempo. La ventana señala que afuera anochece con intensidad. Cuando todo termina hay una sensación de vacío, propia del final de todo espectáculo, se acaba la atmósfera creada y todos recuperan sus nombres y gestos habituales, hasta la manera de sonreír y caminar. Uno no sabe si la magia es de la escena o es creada por quien mira. Entonces no sé si quedarme y esperar a que mi amigo salga o

irme para conservar esa magia (la del largo día de palabras y la de haberlo visto allá en la tarima).

Ahora estamos caminando por ese pedazo de inicio de la autopista, ése del vendedor de flores quien permanece hasta las seis de la tarde con sus ramos de todos los colores colocados cuidadosamente en fila, desapareciendo siempre a la misma hora sin que nadie perciba la recogida.

Es de noche (¿las diez?), hay poco tráfico y nada de gente. Mi amigo, Caballero de Bizancio lleva su morral a la espalda, y lo lleva como si no llevara nada, aunque a ratos se dobla un poquito para coger impulso inicial. El cabello lo recogió con una cinta y los lentes están muy firmes sobre la nariz. Mientras habla, a veces, arruga el entrecejo y los ojos se le ven más pequeños, en un gesto inconsciente continuo. El cielo está despejado, por segundos nos detenemos a distinguir la Osa Mayor, la Osa Menor... y puede uno estar así detenido en un punto cualquiera de la calle, allí y sentir que nada se mueve alrededor ni tiene por qué moverse, y el mundo y la vida y las canciones valen lo que este segundo, descubriendo muy alto allá a la Osa Mayor o la Osa Menor.

Mi amigo barroco-renacentista está sentado en la cama sin su camisa y el cabello hasta la cintura, mi amigo tiene una mirada que se pierde en no se sabe qué aguas tranquilas y me mira y está tan dulce desde su cama de domingo después de largas horas de sueño en donde seguramente Escocia, los violines, las flautas, las flores de la infancia, el balcón, la primera novia, el primer trago amargo, los botones de ascensor, «Rompe Saragüey», «Yesterday», «El periódico de ayer» y el Mongo Santamaría tuvieron algo que ver.

Mi amigo Caballero de Bizancio se ha puesto de pie y camina por la casa sin camisa, blanco como la leche, apenas colocados los anteojos y el cabello largo enmarañado, mirando todo sutilmente, lentamente, como si quisiera llevarse adentro cada imagen, detén la cámara: toma 1: las muñecas de trapo; toma 2: alfombra azul, cojines hechos por la hermanita menor; toma 3: cocina de

dos hornillas y una tablita para cortar verduras; toma 4: dragón colgado del techo; toma 5: papagayo en forma de estrella.

Mi amigo tomará algo de desayuno mientras hablamos de recuerdos de presente y de futuro, extasiados en delicadas imágenes de calidez virtual. Hay mermelada de moras sobre la mesa, queso blanco, ensalada, huevos, café (podría ser cualquier cosa), escuchamos: «Mundo salvaje» de Cat Stevens y luego «Esperanza perdida» en la voz de Joao Guilberto. Mi amigo lleva un blue-jeans suave de uso y habla con gesto enérgico y con una definitiva seguridad de todo lo que dice.

Caballero de Bizancio, somos artífices de una nueva mirada al mundo.

—¿Siempre miras así?

—¿Cómo?

—Así

—¿Humm?

—No sé, tienes un aire triste, tus ojos son tristes.

—La gente siempre me dice eso, que tengo los ojos tristes.

—¿Sabes que a mí también? Mis ojos son como los tuyos.

«Hace cuatro años me propuse conocerte. Por lo menos saber cómo se movían tus ojos y cómo se llenaban o vaciaban tus gestos con las palabras. Hace cuatro años sucedió algo que siempre quise contarte. Después sucedieron tantas cosas... y en realidad ya no pude preocuparme mucho por buscarte. Y hoy, que te consigo, que te vengo a buscar, que estoy por fin sentado frente a tu puerta (la sensación es la de un perrito a quien dejaron afuera, desde el piso él la mira como la miran y no le importa porque sabe que lo único que se interpone entre la casa y la calle es esa puerta llena de olores y sonidos evocados), siento un poco que es bueno no haberte encontrado, porque así esta hermosa magia se hace más larga y más intensa. Además, ¿cómo iba a poderte contar lo que quiero a los pocos segundos de verte? Quizás te extrañe todo esto, pero estoy seguro de que cuando hablemos te va a parecer muy familiar. No hay nada raro. Todo es evidente.

No sé si esperarte...

No sé qué más decirte en este papel.

Así como ahora respiro delante de tu puerta, así la recordaré...

Nos veremos.»»

A mi amigo el Caballero de Bizancio le cuesta despedirse porque tres días son suficientes para llenar la vida y probar la existencia de la magia. Y con el moral en la espalda y el cabello a la cintura, deja que yo vea la humedad tibiecita en sus ojos mientras me besa dulcemente...



## **LE DIJE ES LA VIDA Y NO LA VI MÁS**

*Para el Catire Pozo*

Mientras la lluvia azotaba su espalda la mujer vio el foco del alumbrado público recordando de inmediato la atmósfera de aquel día...

Ella tenía quince años cuando al bajar aceleradamente las escaleras de la casa se encontró con él por primera vez. Algo desconcertó a ambos en aquella ocasión. Él se puso de pie al verla poniendo de manifiesto el sentirse intimidado. La mecedora continuó su balanceo habitual aún vacía, había una luz de atardecer en la sala y el calor de siempre.

Él estaba vestido con ropa ordinaria, destacaba una gorra de jugador de béisbol con su visera azul y aquella pelota apretada entre las manos, dos cosas que desde un primer momento resultaban extrañas en su fisonomía general, parecían objetos colocados sobre una fotografía de él sin orden alguno, sin noción de homogeneidad del contexto.

El padre los presentó (era la primera vez en su vida que su padre le «presentaba» a alguien, léase: que la trataba como a un adulto), su desconcierto pasó el límite del asombro y ahora no pudo recordar si estrechó la mano del joven o no, en cambio sí puede tener la medida exacta del rubor de su rostro en ese momento.

El rostro de él, alargado, tenía cierto aire suave cuando un mechón de cabello castaño (luego supo que no era el color natural) insistía en bajar sobre la frente. A ella le gustó su tono al hablar, pausado y suave.

Hay un lapso vacío y se ve a sí misma sirviendo café para la visita en la cocina e intentando que la madre no perciba su turbación expresada en el hecho mismo de no derramar el líquido de las tacitas de porcelana. Llevaba la bandeja para verlo de nuevo, la mirada de él le producía muy dentro un temblor parecido al entusiasmo y sentía la tentación de experimentarlo una y otra vez.

Comenzó entonces a manifestar una curiosidad latente por aquel personaje que visitaba a su padre y sostenía con él largas conversaciones, y aparte de aquellos diálogos misteriosos empezó a intuir la vinculación del joven con la organización de ciertas reuniones clandestinas. Un tejido de palabras y el entrelazar ciertos pensamientos la llevaron a comprender el sentido enigmático de las circunstancias. Entonces supo del disfraz de él, de su necesaria condición de ermitaño.

Nunca hubo entre ellos algo que pudiera calificarse como una conversación. Se trataba tan sólo de miradas furtivas y el rozar sus dedos al entregarle una taza de café. Es incluso probable, (hoy puede decírselo a sí misma abiertamente), que él jamás haya tenido conciencia de lo que dentro de ella ocurría. Eso ahora no tenía la menor importancia, pues ella miraba en los ojos de él un mar de infinita profundidad, acaso todo era un sueño, ese sueño valía lo que el universo de sus minutos de placidez contemplativa.

Allí estaba él con su pomposo título de dirigente de masas clandestino, diseñando con sus manos en el aire profundos asuntos de táctica y estrategia.

Una noche ella vivió un punto clave en su éxtasis.

Él vino a su casa en hora de la madrugada (ella dormía y despertó al percibir la alteración de los sonidos cotidianos de la casa). Él estaba en la cocina, la madre de ella le vendaba un brazo cuidadosamente. Cuando la vio sonrió sin inmutarse, ella procuró seguir todas las indicaciones que ahora su madre le daba con relación a la búsqueda de algunos medicamentos, y así disimuló su alteración, interiormente hubiera querido ser ella la zaherida y no él. Subió a su habitación cuando la madre lo ordenó. Es innecesario señalar que no pudo conciliar el sueño sabiendo que él

permanecía insomne en algún lugar de la casa. Sus pensamientos resultaban compulsivos, hubiera deseado saber más, la angustia de desconocer lo ocurrido junto al temer a la posibilidad de que ese brazo herido fuese causa de terrible dolor la mantuvieron en vela.

Una mañana y como era usual se detuvo a hojear el periódico del día antes de partir camino al liceo. Lo colocó sobre la mesa del comedor (aquel comedor con dimensiones de jaula pajarera). En la primera plana, una línea de fotografías tiradas a dos columnas detuvo de inmediato su mirada. El titular estaba escrito con el «tipo» más grande con que debía contar el periódico, era relativo a un grupo de arrestados la noche anterior supuestamente pertenecientes a una organización política que actuaba en clandestinidad. Su mirada apresurada recorrió las imágenes borrosas, con un sabor amargo en la garganta. Ahí estaba él. La última fotografía de la línea, la más cercana al borde de la página.

Sus ojos enormes y el mechón de cabello castaño sobre la frente.

Ahora la imposibilidad de acercársele crecía y se ligaba a la incertidumbre.

Intentaba poner atención a las frases sueltas dichas en aquellas extrañas reuniones que continuaban realizándose. Así se enteró de que sufría de asma y ello afectaba en demasía la misma condición de prisionero.

Supo de su delgadez y del nuevo tono rubio de su cabello, el que había aparecido bajo los rastros de su tinte castaño. Supo mucho más tarde de su salida al exilio.

Ella ya nunca más volvió a tener quince años y con el tiempo aprendió a sonreír con condescendencia recordando que alguna vez los había tenido.

Y un día en que llueve cuantiosamente, un día en que esa lluvia de Caracas parece haberse propuesto derretir hasta las fachadas de las casas, un día en que no hay color sino un todo borroso, ella camina tratando de impedir que el paraguas se la lleve por esos cielos de San Bernardino, y entonces se tropieza con el cartel en la misma esquina de la avenida Vollmer. Una consigna política

alcanzaba a leerse debajo del dibujo de su rostro. Ella se detiene y deja que el diluvio universal se le venga encima. Abre su bolso y busca el monedero, dentro está aquel papelito arrugado, mira nuevamente el cartel a tiempo para rescatar el paraguas con el papelito apretado, ahora lo desdobra, hay una vieja fotografía impresa en papel periódico, trae anotada una fecha al borde, que corresponde a trece años atrás.

Ella mira el rostro de la fotografía en su mano y el rostro del cartelón bajo la lluvia. Afuera de ella llueve y hay un viento que quiere llevarse todas las cosas...

## **NOCIÓN DE ESPUMA**

Alguna vez hubo una noción de espuma entre los dos.

Tenue, imprecisa, flotaba en el instante de mutua presencia y se convertía en un cierto rubor en las mejillas de ella, o acaso en cierta imposibilidad de palabra traducida en sonrisa para él.

Siempre se vieron en lugares concurridos, y la gente, los otros a su alrededor, pasaban a conformar el paisaje o una especie de decorado de fondo. Ellos, sin mutuo acuerdo (o con el tácito) se sabían en extraña conexión. La complicidad podía emerger de una raíz de esencia y para ello no eran necesarias ni palabras ni gestos demasiado explícitos.

Esos encuentros, esporádicos y azarosos, eran suficientes: un intercambio de lánguidas miradas, alguna frase captada en flotación y por encima del posible entendimiento de los otros, interiormente se desencadenaba en cada uno una febril latencia, una tibieza nueva y sugerente.

Ambos de naturaleza auténtica, de corazón vegetal y ardua estirpe, querían preservar la historia secreta de toda posibilidad de espuma. Para ello el solo gesto de herir a quienes les rodeaban era empresa tortuosa.

La savia de guerreros no ejercía dominio cuando de tomar decisiones que pudieran maltratar a los más cercanos se trataba.

Así, mientras el tiempo transcurría ellos dejaban crecer esa mirada por tanto sostenida en doble esencia misteriosa, conjugando secreto y cautiverio, profundidad y ala etérea.

Llegó el momento del viaje, de la distancia real en el espacio. Hubo algunas cartas. Alguna voz en el teléfono, lejana y circunstancial.

Ella recuerda con cercanía una hoja de papel rudimentario, cotidiano, y algunas palabras escritas («tú, en la construcción de mi universo»... «las cosas pensadas para ti») y ninguna firma.

él acaso tiene consigo frases que otros han dicho de ella (un nido de ondas que se entrecruzan y en el vacío quieren cambiar su visión de ella).

El tiempo de presente se diluye. Ella presiente la muerte de aquella mirada, la incineración del gesto cómplice.

Lo mira y el fondo de sus ojos ya no es océano impetuoso ni parece recordar una noción de espuma, se ha hecho opaco, impenetrable.

Ahora él forma parte de los otros, de aquellos que conforman la heterogeneidad del fondo. Y ella tiene miedo de la abismal soledad que la acoge... y de la de él.

Cuentos de película

(1985)



## **LAS PIERNAS DEL BLUE-JEANS**

*Qué triste es quedarse para siempre  
en cualquier sitio.*

TERESA DE LA PARRA

*Me acuerdo de haber sido  
laurel-rosa y pez mudo*

PITÁGORAS (S. IV A.C.)

*Enfurécete cuantas veces quieras,  
pero no te desmayes.*

JANE AUSTEN

Ahí las cuerdas con la ropa recién lavada, ahí mi blue-jeans esperando los rayos solares, aquí, en este patio con este adiós.

La abuela dijo: —Igualita que en su Primera Comunión, «igualita...» y nos asustamos: hacía tiempo que sólo levantaba la manguera y nos regaba a todos como si fuéramos flores, pero de golpe tiene lúcida mirada y sabe que yo soy Ana y mi hermana Beatriz, y que ella es la abuela... Pero no, después que dijo: —Igualita que en su Primera Comunión, se volvió al patio, para regar a los vecinos con la manguera.

Mamá me trata como si fuera a morirme: —En unos años más y ya este corte princesa no enseñará ninguna cintura de

avispa y me mira triste... Entonces me vengo al patio y ahí están mis blue-jeans en las cuerdas, como si no se dieran cuenta de nada, levantando las piernas a cada volar del viento, y azules como el mar azul, azul fuerte de tela dura para lavar.

El ruchadito del vestido me molesta, mamá está feliz con el encaje, pero a mí me molesta, ¡qué desperdicio! Vestido para una noche y de paso molesta.

La gata Natacha se me cuelga entre las piernas y arrastra su pelambre frotándose como si se diera cuenta de este adiós; y la Beatriz también cree que voy a morir porque ya me pidió mi casete de los Bee Gees porque como ya no lo vas a escuchar, dijo, y que: Porque ya no lo vas a escuchar... ¡como si yo fuera a quedarme sorda y no a casarme! Y quiere mi foto de Baryshnikov, y ella dice: Bueno, pero tú tienes a tu Roberto... Ahora no vas a mirar a nadie más, y ¡me aterro! Ahora cree que me voy a quedar ciega, sorda y ciega, ¡pero no le voy a dejar la foto de Baryshnikov, me la llevo y en algún sitio la pongo, ella dice: Roberto se va a ofender, y yo me quedo pensando, no sé, ese bailarín chiquitico del Baryshnikov, con sus ojos penetrantes no tiene nada que ver con mi Roberto, entonces le digo a la Beatriz: —No, Roberto no se molesta porque por mí, él puede llevarse su foto de Olivia Newton John y ponerla en algún sitio también. Y ¿qué tiene que ver Baryshnikov y Olivia Newton John con todo esto, con este adiós?, lo que pasa es que Beatriz no quiere decir lo que debería, pero no importa, mejor así.

Saco los papeles de la gaveta en nuestro cuarto y los reviso, con la mirada de ella filtrándoseme, con los días en esta habitación, con las ramas del cocotero en la ventana, con las láminas de geografía pegadas en la pared, con su colección de estampillas, como mi oso de peluche gastado y sucio, y la miro... miro a la Beatriz, y me da hambre y sed, y me salgo al patio para, otra vez, frente a las piernas de mi blue-jeans colgadas: ponerme a llorar.

Mamá dice que aguante la respiración mientras sube el cierre, me da un pañuelito y: —Mira qué coquetería, el mismo encaje que llevaba la falda del vestido, un pañuelito... será para llorar, no

sé, me dice y se voltea, yo sé que no quiere mirarme a la cara. Lo único que hay que llorar es lo que pica este vestido, mamá ¡eso es lo único! Y le bajo el cierre y me lo quito rápido.

La abuela llama desde su cuarto: ¡Mamá, mamá, ven a arroparme!, y yo entro y la veo metida en la cama, está tan arrugadita que parece una flor marchita de días, la arropo y redigo: Bueno, duérmete tranquilita, y ella: Dame la bendición, Dios te bendiga, mi amor, la abuela está de metra con la arteriosclerosis, pero ya nos acostumbramos todos: entre las regadas inesperadas con la manguera y ese andar por el jardín apuradita como si estuviera a punto de hacer una travesura siempre. El otro día se metió en la cocina cuando yo tenía la licuadora a toda velocidad (ligando melón y piña para la dieta del martes), cuando entró parecía una momia egipcia, seria, mecánica; yo sostenía la tapa de la licuadora y la miraba a ella esperando un parlamento histórico, lo peor fue que ocurrió, porque me dijo, muy solemne: Nos engañaron a todas, nos engañaron y nos van a seguir engañando. Solté la tapa de la licuadora y los pedazos de piña y melón volaron (no sé cuándo es que van a mandar a reparar estas cosas en la casa). La seguí a la abuela y le dije: nos engañaron ¿en qué?, ¿cuándo?, el nos, el fulano: nos, donde me incluye y pluraliza ¡me enferma!, pero le vi los ojos y ya supe que la abuela acababa de sintonizar otra emisora: iba directo al patio a buscar la manguera, tenía los ojos de muchachita traviesa en lugar de los de momia-filosófica de antes.

A veces siento que Roberto y yo miramos el mundo como desde un balcón: el mundo es una masa-mazamorra en donde se levantan cosas duras, estables, para no sentir el mal olor, lo que flota de fondo... mejor la silla de extensión con la lona a rayas y el farol de la calle Comercio: allí se gestó todo entre Roberto y yo, ése es nuestro espacio, allí supe de sus miedos y los míos, de la casa de putas y el terror retratado en los ojos y en las maneras del: —póngase la servilleta sobre las piernas, no fume entre comidas, y no le agarre la mano a la novia frente a las visitas, allí supe de todo lo que él no sabía y allí le expliqué lo de la regla y esa desazón, ese desvarío.

Mi mamá anda misteriosísima con una fulana conversación que deberemos tener, dice, ya me lo sospecho, ¡pobrecita! hay tantas cosas que ella se va a morir sin saber y que ya yo sé ¡pobrecita!, vengo, y aquí en este patio, mirando mis blue-jeans secándose, estoy mejor que en ninguna parte. El viento eleva las piernas y todo es azul.

Ayer perdí el autobús dos veces: me subía, veía a Roberto parado en la acera y ya me bajaba por la puerta de atrás para besarlo otra vez.

Le pusieron al patio cadenas de papel de seda y la tía prepara el *chantilly*: a la novia no la puede ver el novio antes de la ceremonia. Me encanta el peso del cuerpo de Roberto sobre el mío, el roce de su piel, esa presión, es muy raro pero uno no siente peso, siente piel, el encuentro, y todo es liviano, húmedo, y flota, conozco cada fragmento de su cuerpo y parece que aprendiera a quererlo precisamente a partir de entender que esta cicatriz es una caída del columpio a los siete años, y esta marca es de cuando se quemó con la plancha, y ese lunar es el que tiene su tío Raimundo en el mismo sitio.

Ya mamá tuvo la conversación que quería conmigo, me aterrericé, ¡no puedo creer que ella tenga una idea tan triste de la cuestión!, pero no dije nada, traté hasta de poner mirada de asombro, no sé si se me notó algo, pero ella se fue con una cara de preocupación para la cocina.

La abuela quiere que le lleven una taza de leche caliente a la cama, mamá la prepara colocando la pequeña paila sobre la hornilla, vertiendo la leche con riguroso cuidado, y parece que acariciara la cuchara cuando la usa para dar vueltas al líquido.

Yo la miro desde aquí, sentada en el pretil, puedo divisar la cocina y a ella dentro en sus movimientos lentos, hasta que llena la taza, la coloca sobre el plato y se va al cuarto de la abuela, se acerca a la cama, se sienta, y con el plato sobre sus piernas acaricia los cabellos de la abuela que en estos momentos es una niña y no abuela ni mamá. Entonces, yo regreso mis ojos para posarlos sobre este cielo abierto, inmenso, en donde las piernas de mi blue-jeans siguen flotando

con el viento de atardecer, y en medio de las nubes apretaditas creo encontrar los ojos de Roberto, reviviendo esta complicidad nueva, este salto secreto, que nos hace mirar el mundo desde la baranda de un balcón.

¿Por qué mamá habla como si fuera a morirme...?



## **NACIDA PARA PERDER**

*Sure, I got a past-the-gutter  
But I get a future too! I'm  
going to take what I can get  
until they get me!*

JAMES CAGNEY como Rocky  
en *Los ángeles con caras sucias*

Toma americana de él encendiendo el cigarrillo con el gabán gris puesto y ese gesto displicente de su brazo, mano en el bolsillo.

*Close-up*, para que el espectador descubra los ojos achinados y las cenizas del cigarrillo cayendo disueltas, el sombrero ladeado ligeramente sobre el ojo derecho y la cinta de satén negra alrededor.

Panorámica de un puerto cualquiera en una ciudad cualquiera a las once de la mañana. Playa fría (podría ser el Pacífico).

Él, el Humphrey Bogart, espera la aparición de la chica que le dará la clave para resolver el enigma, mientras tanto aspira a grandes bocanadas su cigarrillo y el humo flota convirtiéndolo en una nube grisácea o azul.

El Humphrey piensa en un importante principio regidor de la conducta de su Phillip Marlow:

—No enamorarse de la protagonista en las primeras de cambio, porque de hacerlo el caso no será resuelto.

En el fondo del horizonte: mar inmenso. Allá a lo lejos, cuando algunas gaviotas se posan sobre los pilares del muelle, colocándose rígidas con la mirada al vacío, como dispuestas a la

fotografía, Humphrey logra distinguir una figura diminuta que viene en su dirección.

Toma americana de la chica: ella tiene un vestido blanco con encajes al borde de la falda. Ella tiene unos ojos grandes que le comen la cara (aquí deberíamos hacer un *close-up* para señalar el detalle de sus ojos).

Con un *travelling* damos la caminata. Ella es muy tímida y camina con pasos muy cortos y una manifiesta inseguridad.

Subjetiva de la chica sobre Humphrey.

Plano medio de éste con el fondo del muelle.

*Close-up* de Humphrey quien devela una sonrisa debajo del ala del sombrero, puesto que acaba de descubrir algo que podríamos llamar: la insignificancia de la chica. (Perdónense los términos abstractos en la descripción de la imagen. La mano que escribe aún no ha aprendido a liberarse de ellos.)

La sonrisa de Humphrey parece decir: —¡Ah, no! Si ésta es la chica voy a resolver pronto el asunto y no existirá ninguna posibilidad de que mis sentimientos hacia ella y el trazado de mis estrategias se confundan y no podamos resolver el acertijo.

La chica en cambio, toma americana de ella, parece estar pensando algo tridimensionalmente distinto. (Aquí el escritor se siente en la obligación de hacer aclaratorias al director de la película y al lector: Lo de tridi... viene de tres, como es obvio:

a) La chica piensa que el tipo es de «armas tomar».

b) La chica sabe que tendrá que colaborar en la resolución del caso poniendo en juego sus conocimientos o destrezas, única razón por la cual el tipo la ha buscado.

c) La chica tiene el temor evidente, enfermizo, febril, de que después de esta misión quede prendida del tipo, siendo ignorada por éste.

Señalada la tridimensionalidad de su pensamiento continuamos en la descripción de las escenas.)

Panorámica general: deberá verse el muelle en todo su esplendor, el sol de las once ya se ha convertido en el sol de las dos

de la tarde. Un barco hace sonar su bocina gangosa, los pitos de las fábricas llaman a la entrada al trabajo, el cielo comienza a mancharse distinguiéndose ahora zonas rojizas.

La temperatura sigue bajando.

Toma americana de la chica, quien viene caminando al mismo paso por la vía del muelle en dirección a Humphrey Bogart.

Primer plano de la parte superior de su vestido, en el que descubrimos rasgaduras tenues, las que permiten entrar líneas de viento a su cuerpo. (Repentinamente la chica cruza los brazos para protegerse del frío, tiembla ligeramente. El viento desordena su cabello.) Primer plano del encaje al borde de la falda, éste deberá desprenderse y ser volado por una ráfaga.

Toma americana de Humphrey, quien estará recostado de uno de los pilotes del muelle, en donde en escenas anteriores se había posado una gaviota.

*Close-up:* Humphrey enciende un cigarrillo como si guardara un secreto, acercando mucho el encendedor a su rostro pero sin quitar los ojos de la chica que camina en su dirección.

Subjetiva de Humphrey sobre la chica. El vestido de ella ha seguido rasgándose, da señales de tener mucho frío apretándose los brazos sobre el pecho.

Primer plano de los ojos de la chica: los que serán muy tristes, aterradoramente tristes. Pareciera que la chica en lugar de venir a encontrarse con un tipo con el cual realizará la importante misión de develar el caso, se dirigiera al mismísimo patíbulo.

*Close-up* de Humphrey Bogart: siguen cayendo al piso las cenizas de su cigarrillo.

Primer plano de sus ojos: son ojos que no dicen nada. Superficies de cristal ahumado, oscuras, enigmáticas.

Panorámica general: el sol ha desaparecido y el anochecer se apodera del muelle. Apenas se distinguen las dos figuras humanas en el horizonte. La una, inmóvil (la de él). Ella continúa caminando, aterida, yerta...

Con un *dolly-in* señalamos que continúa en la vía hacia él.

(Aclaratoria del escritor: los sentimientos de la chica son absolutamente contradictorios, tiene enormes deseos de llegar, necesita estar cerca de ése quien en el transcurso de estas últimas horas y a través de un mirarse interminable cree conocer a cabalidad, pero al mismo tiempo tiene en su corazón un inmenso temor: sabe que este encuentro puede volverse desgarrador, calcinante, interminable, puesto que para él ella sólo será esa mancha pequeña, diminuta mancha blanca en el horizonte del muelle que viene a cumplir una misión como profesional colaboradora. De hecho, con el *travelling* y el *dolly* hemos demostrado que quien camina hacia él es ella. El Humphrey cumple con esperar, aspirando grandes bocanadas de su cigarrillo.)

Hecha la aclaratoria volvemos a una panorámica general interminable, puesto que es medianoche, ha oscurecido totalmente, sólo existen dos puntos en el horizonte del muelle. Nos acercamos y tomamos un plano americano de la chica y descubrimos que de su traje blanco sólo quedan algunas tiras, de sus ojos corren lágrimas silenciosas, sobre su piel se distinguen finas rasgaduras.

En cámara lenta filmamos su caminata interminable y finalmente congelamos su mano levantada, la cual parece tratar de romper definitivamente la distancia que la separa de él, sin conseguirlo puesto que el Humphrey sigue aspirando su cigarrillo con la mano metida en el bolsillo del gabán, y esa mirada con sus ojos que no dicen nada. Superficies de cristal ahumado, sin brillo, sin matices.

## **LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ**

*¿Qué importa eso?  
Tus palabras son válidas para tu realidad,  
mis palabras son válidas para la mía.  
Cuando las intercambiamos,  
carecen de valor.*

**LIV ULLMANN**  
en *Sonata otoñal*

*El hombre se hizo siempre de todo material:  
de villas señoriales o barrio marginal,  
toda época fue pieza de un rompecabezas  
para subir a la cuesta  
del gran reino animal*

**SILVIO RODRÍGUEZ**

Cielo de aire lluvioso, la montura de sus anteojos se hace antigua, es un modelo de los usuales en los años cuarenta, nunca cambió, sólo los usa para mirar la proyección en la oscuridad de la sala del cinematógrafo, posiblemente porque allí puede sentirse otra sin pudor.

Los bancos en la plaza de enfrente dejan ver su rutina de lluvia, lluvia y sol impetuosos e irreverentes. Hoy no hay aire de domingo y sin embargo es domingo.

Ella, con su boleto, recién cortado por el muchacho de la taquilla, se ha detenido en la puerta para mirar hacia afuera, espera la posibilidad de entrar a la sala y escoger su butaca, hay poco movimiento de público y esto retrasa el inicio de la función.

La hija la mira, contempla su aire de ausencia y por momentos intenta iniciar un diálogo, sin éxito. Se le ocurre entonces que puede ofrecerle algo del puesto de caramelos (el que atiende una mujer, sentada en un taburete, quien lee con vehemencia una revista de fotonovelas).

El gris de afuera en la calle se ha vuelto el gris de adentro, la muchacha ofrece a la madre gomitas azucaradas, chocolate savoy, un paquete de cotufas, y todo queda en sus manos sin respuesta, acaso una leve sonrisa dibujada en los labios de la otra (como si se tratara de dar las gracias a una extraña quien definitivamente desconoce sus afinidades en materia de dulces). Un silencio definitivo y ella sigue mirando los árboles de la plaza, los niños de la plaza, el cielo sobre la plaza...

Clark Gable se come una zanahoria cruda, la muerte haciendo sonar los dientes, y mira (con mirada de deseoso) la figura imponente de Scarlett O'Hara alias Vivien Leigh. Ella está decidida a rescatar su amor. Ella lo necesita. Ha vivido demasiadas torturas en esta guerra, y su «alma-pura-de-niña-sureña», descendiente de «familia-poderosa-cultivadora-de-algodón-y-negrera», ha sufrido las más extrañas transformaciones.

Los cristales de los anteojos de aquella montura de los años cuarenta parecen ahora totalmente empañados; ella levanta la mano hasta el rostro con absoluta serenidad y los retira tomándolos por un extremo, abre la cartera y saca un pañuelito con encaje al borde para limpiar los vidrios, sin embargo sus ojos se mantienen fijo en la pantalla del cine, mientras la muchacha a su lado no retira los suyos de ella; la mano de la joven intenta tocar la mano de la madre en gesto temeroso (quiere recordarle seguramente que Clark Gable también ama a Scarlett O'Hara, sólo que no puede expresarlo porque su orgullo no se lo permite, además Vivien Leigh alias Scarlett O'Hara no acaba de inspirarle confianza, tiene

la sospecha de que ella, en el fondo, lo desprecia profundamente, y éste es un nuevo truco para engañarlo ahora que él se ha vuelto un «hombre-próspero»), pero la madre retira su mano del descanso de la silla, pensando quizás que era eso lo que la hija deseaba en ese instante.

Ahora la cámara hace un *travelling* sobre docenas de cuerpos tirados, son los soldados heridos confundidos sus brazos y piernas, en el hospital de campaña en un pasillo de la estación, ahora aparece ella, entre tanta ruina, tanto rostro pidiendo agua, tanta queja, y mano levantada, tanto camillero cargando cadáver, ella camina señorial entre ellos, con su pamelita puesta y la cinta negra enmarcando el rostro, con su cabello rizado con su cuidado y brillante, aparece ella con sus mangas bordeadas de botones y su cintura bien entallada, y ahora las manos de los soldados se levantan suplicantes a su paso, y ella los mira sin verlos, ella los mira y repasa en sus cabezas aquellas fiestas de la gran casa de sus padres, antes de la guerra cuando todo era sol y risas de muchachas y viento levantando vestidos lindos y grandes comilonas elegantísimas, todo en armonía con aquellos buenos esclavos negros capaces de trabajar y trabajar queriendo mucho a sus amos, y Scarlett alias Vivien está asqueadísima con todo lo que ve ahora, tanta mugre de soldados mediomuertos tirados en el piso del pasillo de su queridísima estación, y se detiene frente a un soldado que ha quedado justo bajo el borde de su largo y elegante vestido, y lo mira desde arriba con seriedad, con mirada reflexiva, y aquel hombre tiene la cabeza envuelta en un pedazo de tela vieja, sucia, que seguramente está tratando de contener sus sesos a punto de desmembrarse; y en este instante la muchacha no puede seguir concentrada observando la escena en la pantalla porque ha escuchado el sollozo de su madre, quien nuevamente retira los anteojos para limpiarlos con su pañuelito de encajes, y esta vez ella no trata de tocarla, sólo la mira y piensa. Puede imaginar un pueblo, una casa y una sala con piso de cemento muy pulido, brillante de uso, helechos colgando por todas partes, flores de nomeolvides y de azahar (como dice la canción), sillas de paleta, olor a cilantro y

a canela, las mujeres sentadas formando un círculo, hay un radio grande sobre la mesita y de vez en cuando hay que golpearlo para que continúe escuchándose la voz del locutor, interrumpida por alguna melodía de Glenn Miller o Los Panchos, la risa de las mujeres es un ingrediente en la conversación, todas visten faldas amplias y sobre sus piernas descansan las cestas de los costureros, hilos, agujas, encajes sobresalen. La conversación es entonces un murmullo monocorde con el radio en fondo musical, una de ellas se pone de pie, es una muchacha, no es bonita pero posee cierta gracia en el movimiento. Dice:— ¡Listo!, ya está.

Pone su cesta sobre la silla, y levantando en las manos un vestido rosado vaporoso, lo coloca por encima sobre el que lleva puesto, sosteniéndolo con firmeza da una vuelta frente a las otras mujeres, quienes la miran con especial entusiasmo.

—¡Está precioso!

—¡Te quedó idéntico!

—¿Tú crees?

—Sí, es idéntico... idéntico al de Vivien Leigh alias Scarlett O'Hara, cuando ella llora, ella ve todo destruido y ella llora, y no hay más que incendios y debacle, ruina a su alrededor, y ella llora de recordar lo que perdió, pero no, no se deja morir, agarra aquella cortina del piso, la recoge, la abraza, la aprieta contra su pecho, mientras llora, y entonces, Vivien alias Scarlett le dice un sí a la vida, y ya no se desangra más en el desamparo, busca aguja, hilos y tijera y se sienta en el piso para hacerse el más maravilloso vestido que se haya puesto moza alguna durante la Guerra Federal Americana, el más hermoso vestido que se puede haber podido diseñar para conquistar a Clark Gable y decirle: —Aquí estoy yo, para lo que venga, mi amor, todo rosado, la falda con vuelito abajo y arriba el escote de primera línea, cinta de terciopelo en la cintura y la pava sobre la cabeza, toda bella y fresca (pero ahora no fresca por dentro, porque como ya sabe, el mundo ha cambiado, la vida la ha cambiado, y Vivien Leigh sabe del desangre y la sin razón, de la desilusión y la desesperanza).

Entonces la hija ya no puede quitar los ojos de encima a la madre, quien ya ni se molesta en volverse a colocar los lentes sobre el rostro y permite que las lágrimas manen, se desborden en laguna, en inundación permanente, las luces se encienden en la sala y todo es un sonido de sillas que vuelven a su posición, faldas que rozan piernas, papelitos de chocolate que ruedan, palabras en murmullo, alguna risa, un beso en el abrazo soñoliento de la salida.

Y las dos se ponen de pie, la hija temerosa intenta acercar esa mano al hombro de la madre, y ella delicada redice un —vamos, y mira el piso, como queriendo decir: —No importa, déjame.

Ambas caminan ahora atravesando esa plaza de cielo gris, con bancos envejecidos y pálidos en medio de los árboles, y ambas, madre e hija, llevan un corazón entre las manos, sin atreverse a dejarlo en el primer cesto de basura, y sin atreverse a guardárselo de nuevo dentro del pecho, mientras comienza a lloviznar tenuemente, serenamente, sobre todas las cosas...



## **SANGRE, SUDOR Y LÁGRIMAS**

*La calle es una jungla*

WILLIE COLÓN  
«Juanito Alimaña»

Todos los niños me conocen, crecen mirándome los sábados en la mañana. Ésta es la jungla de cartón, las cámaras y los reflectores miran en su dirección, ahora él deberá colgarse de la malanga de fibra de plástico y emitir el largo grito.

¿Quién se acordó de dar de comer a los elefantes?

En el patio del estudio hay olor a estiércol. Jean se niega a filmar la próxima escena.

—Ésta no es atmósfera para mí, ¡siento náuseas! ¡No puedo soportarlo!, ¿no podríamos filmar en un lugar alejado de estos corralones?

—Si la «estrella» puede permanecer aquí tú también puedes hacerlo, le dice el hombre con el habano en la boca y cara de Edwar Robinson.

—Es diferente, él es... (y se voltea a mirarlo con displicencia). Un gigantesco barril de carne que ustedes han rescatado de la piscina olímpica.

Él ha escuchado la frase, aturdido entre la algarabía y las luces del estudio. Intenta (queriendo parecer indiferente) observar a los ojos, en actitud seductora, a la Maureen O'Sullivan.

—En esa piscina de la que usted habla, gané cinco medallas de oro, tres en París y dos en Ámsterdam.

Una voz se escucha detrás de la pared de cartón-piedra (la que semeja un promontorio de rocas lustrosas):

—¡Oigan! El campeón olímpico, el «sano», quiere dictarnos una clase sobre buenos modales.

Él, con la mano, regresa el mechón oscuro que continuamente resbala sobre sus ojos, ahora la altivez del rostro y el ancho de sus pectorales contrastan notablemente con la suavidad de su tono al hablar.

—No pretendo dar lecciones a nadie... la señorita se refirió a mi pasado en la piscina.

Todo el estudio se convierte en una carcajada sonora flotando hasta en los rincones más insólitos, pareciera que los parlantes se hubieran apoderado de todas las vibraciones ampliando el volumen de las risas.

—¡Atención! ¡Filmación!

Agarra el bejuco y en un pase de danzante suavidad, él, el grande, se balancea vencedor, atravesando en insólito salto el espacio en el aire del estudio, sobre su cuerpo pasan imperceptibles ráfagas de aire y su mirada lo sitúa en un sueño.

—Todos los niños me conocen, crecen mirándome los sábados en la mañana.

Las mujeres con sus tocados blancos y calzando enormes zapatos de goma, se deslizan silenciosas por la superficie perfectamente pulida. Unas traen austeras libretas en las que apuntan jerglíficos, otras entran apresuradamente con una suerte de mangueras muy cortas y artefactos metálicos, y sin preámbulos se acercan a los que ocupan las camas rodantes, instalándoles el dispositivo en sus brazos para hacer luego anotaciones secretas.

El pasillo está por lo regular ocupado: ellas pasan y vienen visitantes, los ramos de flores viajan de un lado a otro indiferentes a su colocación final.

—Todos los niños me conocen, crecen mirándome los sábados en la mañana.

El resplandor de las luces se trasluce en sombras en los decorados circundantes, el director desde su silla forrada de azul

vocea con el embudo metálico, los técnicos corren de un lugar a otro cargando rollos descomunales de cables multicolores.

—En esta escena se corona tu encuentro con los zulúes, ellos deben sentirse asustados, ¡desconcertados!, ante tu imponencia... Vamos a filmarte ahora con Chita, ¡Chita! ¡Chita!, ¿se puede saber en dónde se ha metido el chimpancé ese?

Todos los niños me conocen, crecen mirándome los sábados en la mañana.

El turno de las enfermeras se cambia cada tres horas, es mixto, son necesarios hombres para las tareas que requieren de mayor fuerza física. Son hombres de grandes espaldas a los que les está prohibido fumar y distraerse, forman parte del decorado verde-frío, todo es inodoro aquí.

Una escena con fondo en paisaje-natural: las Cataratas del Niágara al fondo, necesitamos el sonido del agua burbujeante, el golpe continuo. Cuidadosamente debemos prescindir de esos turistas impertinentes, hay que sacarlos del encuadre, también podríamos resolverlo en la toma, con la selección del ojo fotográfico.

—Míralo cómo descende.

—¡Parece un Dios!

El descenso, la caída, es un suave deslizarse entre la nube volátil y detenerse en la misma superficie del agua, cristal evanescente.

—Todos los niños me conocen, crecen mirándome los sábados en la mañana.

Los pasillos del hospital general parecen un hormiguero inquieto, la actividad se ha intensificado en los últimos quince minutos, la apariencia para el visitante puede resultar extraña, como algarabía innecesaria, va descendiendo el movimiento colectivo y al cabo de unos minutos todo vuelve a su ritmo habitual: los enfermeros lo han rescatado y han tenido el acierto de notificarlo ileso. Hubo que recurrir a los parlantes del tercer piso para diseminar la noticia con celeridad.

El cuerpo estaba intacto y resultaba sorprendente la fortaleza del anciano. Las enfermeras llegaron a la conclusión de que había tomado dos sábanas más del armario (sumadas a las del servicio de su cama) para construir el grueso amarre que le sirviese de «bejuco» para la hazaña absurda.

El médico hizo el examen de rutina e indicó la conveniencia de algunas radiografías (las que confirmaron el síndrome crónico en el cerebro). Sin embargo, él parecía reposado y plácido, una de las enfermeras de turno finalmente lo condujo hasta la sala de recuperación, llevándolo de la mano con admirable paciencia. Repentinamente el anciano metió la mano en el bolsillo de su bata de satén y sacó de él lo que parecían unas medallas de estaño, las entregó a la enfermera y siguió repitiendo las únicas palabras que se le han escuchado desde hace tres meses:

—Todos los niños me conocen, crecen viéndome los sábados en la mañana... Todos los niños me conocen, crecen viéndome los sábados en la mañana... Todos los niños...

## **BAMBI, LOS HOMBRES NO LLORAN**

*...una muchacha repara en un macho abandonado,  
de antenas caídas. Se siente  
atraída por él, y ambos bailan lentamente  
al son de las trompas, mientras él  
le susurra al oído: «No me comas».  
Los dos se enamoran y hacen complicados  
planes para un vuelo nupcial,  
pero la hembra cambia de opinión  
y devora al macho,  
prefiriendo tomar un apartamento  
con una compañera.*

WOODY ALLEN

*Toda mi ropa tiene un corte muy clásico,  
una caída muy sensual. Esas mujeres en jeans  
están matando la raíz del romance.*

MISS PIGGY, de *Los Muppets*

El automóvil se desliza por la rampa, en medio de la algarabía discontinua de los niños. Margarita intenta fijar su atención en la búsqueda de un espacio vacío en donde estacionar. Finalmente logran ubicarse cerca de la pantalla, en la zona central del tercer semicírculo, el ruido del motor apagándose se produce a la par con un profundo suspiro de Margarita, Gisela la observa sonreída.

—Ahora niñitos, a portarse bien... pónganse cómodos y...

—Mamá y... ¿no podemos bajarnos del carro?

—No, desde aquí pueden ver bien.

—La cabeza de Guillermo me tapa.

—¡Mentira!, yo no estoy haciendo nada.

Guillermo, aludido, de inmediato da un empujón a Joaquín consiguiendo golpear su cabeza contra el asiento.

—Mamá ¡me pegó!

Interviene Gisela separando con una mano a los dos niños, muy suavemente.

—Guillermo no exageres, quédate tranquilo.

—Sí, basta ya, además están molestando a Anita.

La niña, escondida dentro de sí, acurrucada en la esquina del asiento, hasta ese instante parecía un pequeño bulto de tela del que sobresalían una cabeza con ojos enormes y una manita, absolutamente absorta en la succión de su dedo meñique, el cabello castaño cortado detrás de las orejas diminutas y una mirada de quien se resigna, de quien prefiere la distancia.

—Sí, me están molestando... un poquito.

—Anita, no hables con el dedo en la boca.

Margarita estira su brazo volteando la mitad del cuerpo en dirección al asiento trasero y trata de alcanzar la mano de la niña, quien se retrae más para evitar ese contacto con la madre. El movimiento de la mujer pone en evidencia un cuerpo delgado y ágil, enfundado en el blue-jeans cómodo de uso, y la franela ajustada a su cintura. Podría tener veintisiete o veintiocho años, sólo algunas líneas alrededor de sus ojos podían hacer pensar en más edad, tiene el cabello rizado artificialmente, a la usanza de moda, y con frecuencia sus movimientos sugieren una cierta elegancia de muchacha «criada» en otra edad.

Gisela es más pequeña, lleva el cabello rubio muy corto y sus ojos resultan un chispazo dentro de la palidez del rostro, su estructura ósea la hace angular, más bien gruesa, la gracia que tiene se centra en una manera de sonreír picaresca y una serenidad extraña

que delata en el habla, como si midiera la velocidad al emitir las sílabas alargándolas.

Su hijo Guillermo se le parece notablemente, con la diferencia de algunas pecas en las mejillas y la brusquedad de modos en contraste con la tranquilidad de la madre.

Joaquín, en cambio, resulta alargado para sus cinco años, sumamente delgado, recuerda a Margarita en la agilidad de sus gestos, los ojos pequeños y dibujados como dos líneas, la nariz respingona, se arruga con frecuencia para demostrar desagrado o fastidio pero cuando se iluminan en armonía esas facciones el conjunto resulta hermoso.

—Shuuuuu... ¡chito!, que va a comenzar la película...

Gisela consigue hacer funcionar el dispositivo aparatoso que sirve de parlante para el sonido de la proyección, lo sujeta al marco de su ventanilla, y comienza a escucharse la voz del narrador con música de fondo. La palabra: *Bambi*, despierta ovaciones generales dentro del automóvil y ambas madres deben intervenir para rescatar la calma.

Los niños, en picos minutos, se dejan absorber por el relato en la pantalla, y en un instante las mujeres están solas con sus miradas de complicidad acerca del grupo trasero...

—¿Tienes cigarrillos?

—Sí... Astor —Gisela abre automáticamente el pequeño bolso sobre su regazo, sacando la cajetilla para ofrecerla a Margarita, junto al encendedor, luego guardará todo de nuevo.

—¿No vas a fumar tú?

—No... Sería mucho humo —y voltea mirando a los niños, en un gesto para su amiga.

—Hummm... bueno, tú te lo pierdes.

Sonríen.

—¿Cómo están tus cosas?

—Ahí... mal.

—Se te nota...

—Supongo.

—¡Qué lindo!, todos vinieron a ver que Bambi nació.

—¡Qué conejo tan loco!

Margarita echa una bocanada de humo por la ventana, las dos mujeres quedan en silencio.

—¿Y tú?

Gisela se levanta un poco para sentarse sobre su pierna doblada.

—Mal también.

—¿Y qué te pasa?

—No sé... creo que... no siento nada.

—Mamá, ¿cómo se llama ese animalito?

—¿Cuál, mi amor?

—Ese que tiene la cola gorda, el negrito.

—Ese es un zorrillo.

—¡Ah, sí! Esos animales huelen mal.

—¡Ay! ¿Quién te dijo eso?

—Mi maestra, ¡bobo!

—No me digas bobo.

—¿Qué pasa, Guillermo?

—Que Joaquín está chocándole, Gisela. ¿Joaquín, por qué molestas así a Guillermo? ¿él no es tu amigo?

Anita, colocándose el dedo en la boca interviene para pedir silencio y los hace callar a todos.

—¡Shiiiiito!

—Qué linda es la mamá de Bambi.

—Gisela, y... ¿no será con él?

—No... eso es lo terrible, creo que... no siento nada con nadie. Margarita coloca el codo de su brazo izquierdo sobre el volante y continúa fumando, Gisela la mira por intervalos.

—A mí... a mí me está pasando lo mismo.

—¿En serio?

—Ujú...

—¿Ya no te gusta Rafael?

—No, no es eso...

La cara del muchacho con la bandeja en la mano las sorprende a ambas, pegado a la ventanilla de Margarita...

—Señora, que si quieren tomar algo o comer.  
—No señor, nada.  
—Yo quiero pepsicola, mamá  
—Yo también, ¡y una hamburguesa!  
—Yo también quiero.  
—¡No! Aquí nadie va a comer nada, ya ustedes cenaron.  
—Pero mamá, dile tú, yo tengo sed.  
—Si tienes sed, aquí trajimos un termo con agua, pero no vamos a comprarles nada porque ensuciarían todo el carro.  
—Además, ya ellos cenaron, Gisela.  
—¡Ay! Pero una pepsicolita nada más.  
—¡Noooo!  
—Ni que quisiéramos, porque no tenemos dinero.  
—De verdad, no me acordaba de eso.  
—Así que ¡silencio!, y a mirar a Bambi.  
—¡Mira, mira, Anita! Como hace el conejo con la pata.  
Los niños ríen y el muchacho en la ventanilla opta por irse, después de haber presenciado como mudo espectador el diálogo.  
Al restituirse la calma las mujeres reinician la conversación.  
—¿Cómo estás tan segura de que no es eso?  
—Porque Rafael... me gusta, me sigue gustando... lo miro y no sé, me gusta igual, todo, su piel... sus maneras... pero, no sé... no reacciono, a la hora de hacerlo no pasa nada.  
—Yo creo que, a mí me mató eso de... terminar y voltearse en la cama, y lo dejan a uno como si fuera cualquier cosa, una silla, una pared...  
—Eso influye... creo.  
—¡Ese conejo sí es cómico!  
—Se va a romper el hielo.  
—Qué bonito se ve patinando.  
—¡Ayyy!, se cayó.  
Margarita suspira, mira unos segundos por la ventana a un carro que ha encendido el motor y los faros delanteros, luego vuelve a mirar a Gisela.  
—Pero... ¡él es tan bueno!

—Eso no quita, no se trata de eso.

—Sí... te juro que ya estoy aterrorizada, no sé ni qué decirle.

—Ujú, conozco eso, que si tienes dolor de cabeza, que si tienes sueño, que si estás cansada...

—Eso tampoco es mentira, cuando llega la noche estoy tan agotada que ¡qué te cuento!

—Eso es verdad, pero antes uno también estaba cansada.

—Sí, es como un desgano, como un ¡qué me importa!

—No hay incendio, ganas de nada.

—¿Ese es el papá de Bambi?

—Qué hermoso es.

—¡Qué elegante!

—Mamá ¿y a los venados les salen esas cosas en la cabeza cuando se ponen viejos?

—Cuando se ponen viejos no, cuando se hacen adultos.

—Cuando se hacen venados grandes pues.

—Y ¿a las hembras no les sale?

—Creo que no.

—Qué bonito es, cuando Bambi sea grande seguro se pone igual a su papá.

—Pero entonces se le borran esas pecas lindas.

—Esas no son pecas, boba.

—Joaquín, ¡no le digas boba a tu hermanita!

Gisela abre el bolso y saca la cajetilla de cigarrillos.

—¿Quieres otro, Margarita?

—No... ¿vas a fumar?

—Sí... estas conversaciones me ponen nerviosa.

Margarita ríe, y su cabello cae hacía atrás en un gesto fresco, suelto. Tras una pausa breve:

—Rafael se está desesperando... se levanta en las noches, va a la cocina, hace café, se fuma un cigarro tras otro... y yo, me quedo despierta en la cama, o me levanto y voy hasta el cuarto de los niños, te cuento esto porque... tenía que hablarlo con alguien... estoy tan segura de que no es... falta de amor.

—Es igualito, Margarita, igualito... como si te hubieras desinflado, como si algo se te murió adentro, y es... triste.

—¿Has probado alguna cosa?

—¿Cómo qué?

—Marihuana...

—¿Resulta?

—A veces...

—No se me había ocurrido.

—¡Mira, mamá están corriendo todos!

—Porque vienen los cazadores ¿oyes los cuernos?

—¡Ah!

—¡Ay! van a matar a Bambi.

—No.

—Sí, ¡mira!

—¡Ay! ya lo van a agarrar ¡pobrecito!

—Yo no quiero ver eso.

Ana tiene el dedo meñique en la boca y aprieta los ojitos, hasta que estalla en compungidos sollozos.

—¡Pobrecitos, Bambi y su mamá!

Joaquín mira a su hermanita y conmovido trata de consolarla apenas tocándola con golpecitos.

—Boba ¿no ves que ésa es una película?

—Joaquín te he dicho que no le digas boba a tu hermana, aunque... de verdad te estás portando como una boba, Anita, ven acá, mi amor, y no llores más.

Margarita levanta en brazos a la niña y la trae consigo al asiento delantero, colocándosela sobre las piernas.

—No va a pasarle nada a Bambi, quédate tranquilita.

—Mira mamá ¡mataron a la mamá de Bambi!

Un silencio definitivo se apodera de todos en el interior del carro, ahora reina el pequeño aparato colocado en la ventanilla, y el sonido de la película lo ocupa todo, las dos mujeres han sido ganadas por las imágenes en la pantalla, la niña oprime su carita contra el pecho de la madre, cuando comienzan a oírse los sollozos

de Joaquín y Guillermo, con los rostros colocados en el respaldar del asiento delantero.

—Y a éstos ¿qué les pasa?

—Pero Joaquín ¿te vas a poner a llorar? ¡Me extraña!, ¿no le estabas diciendo a tu hermanita que no fuera boba, que ésa es sólo una película?

—Pero mataron a la mamá de Bambi.

—Esos cazadores malditos.

—¡Qué son esas palabrotas Guillermo...! ¿Y tú también llorando?

—¿Ustedes como que todavía no saben que los hombres no lloran?

—Y ahora, sin mamá ¿qué va a hacer Bambi?

—Seguro lo buscará su papá que es el jefe de la manada.

—Sí, ¡mira!

Margarita abraza a su hija, e inclinándose la besa entre los cabellos.

—Pero Ana ¡no te duermas! ¿No vinimos a ver a Bambi?

—¡Verdad, Ana!

Ana se dormita sobre las piernas de su mamá, apretada a su pecho.

—¿Y tú?

—¿Qué?

—No has encontrado alguna manera de...

—Sí

—Me da vergüenza contártelo.

—Dime.

—Estoy leyendo literatura porno...

La risa de Margarita estalla sonora.

—No te rías, no es chiste, además vas a despertar a Anita.

—Pero, y ¿sirve eso?

—Pues sí, es un problema de... imaginación, creo.

—Eso debe resultarle muy ofensivo a Raimundo.

—¡Sí él se entera me muero!

—¡Creció Bambi!

—Y ahora todos como que se enamoraron.

—¡Mira!, el zorrillo tiene novia.

—El zorrillo tiene una zorrilla.

—¡Ay! Bambi tiene novia.

—El zorrillo tiene una zorrilla.

—¡Ay! Bambi tiene novia también.

—¿Cómo sabes que es hembra?

—Por las pestañotas.

Las dos mujeres estallan en una sola carcajada.

—¿Cómo es eso de que por las pestañotas, Guillermo?

—Sí, las mujeres tienen unas pestañotas... y si no ¿por qué?

—Es verdad, mira qué pestañotas tiene la novia de Bambi.

—Y ahora parece que todos se casaron.

—Y todos están contentos.

—¡Ayyyyyyyy! se terminó.

—¡Qué bonita!, ¿verdad, mami?

—Sí, muy bonita, mi amor.

Comienzan a encenderse las luces de los focos de los automóviles y el movimiento cambia la sonoridad del ambiente, comienza a organizarse la fila de cascarones uno detrás del otro, lentamente buscando la bajada de la rampa.

—Gisela, toma a esta niña, que así no puedo manejar.

Con sumo cuidado, Gisela toma a Anita entre sus brazos y procura colocarla en la misma posición en que antes estuvo sobre las piernas de la madre, apretada contra su pecho.

—Mamá ¿ahora sí vamos a tomar pepsicola?

—Pero en casa, no en la calle.

—¡Ah, no!

—¡Ah, sí! Y te me quedas tranquilo, no me vayas a poner nerviosa cuando estoy manejando.

Pasan los árboles, los carteles, los avisos de neón, viene el semáforo y la estación de gasolina.

—¡Ay, se está despertando ésta!... vamos, niñita, duérmete otra vez, así, así...

—¿Tienes marihuana en la casa?

—Ujú... ¿quieres un poquito?

—Sí...

—Mañana voy a pasar por tu casa para que me prestes alguno de esos libros...

—Ujú...

—Mira, Joaquín y Guillermo también se durmieron.

—¡Qué tiernos se ven así!

—¡Qué cosa que todavía no se den cuenta de nada!

—¡Sí... ¡qué cosa!...

La luna no es pan-de-horno

(1988)



## **LA LUNA NO ES PAN-DE-HORNO**

Usted, Señora mía, me dejó como regalo el desgarre, y siempre tuvo la victoria final. Usted, Señora, no tenía derecho a dejarnos la desesperanza como legado eterno, con este ahogarse en su ausencia y con ella, con esta sensación eterna de lo inconcluso. Entre usted y yo había demasiado que decir todavía... y sin embargo, ahí estaba, vestida de blanco, con ese vestido blanco de florecitas menudísimas, y su perfil siempre digno, sereno, y el cabello negro-azabache, acostada en un ataúd, que no tenía nada que ver con usted, como tampoco tienen nada que ver con usted esa sala de funeraria con cortinas de terciopelo oscuro, y las sillas pegadas a la pared, todas circunspectas, los trajes negros, el café, aquellos rostros casi todos conocidos por historias distintas, y las coronas de flores secas, con anotaciones hechas en escarcha sobre la cinta. No, Señora mía, ese no era su mundo, se trataba con más acierto de una representación teatral donde a usted me la habían metido en el centro, de actriz principal, de punto de partida para la historia. Usted pertenece a otras latitudes, a una luz de cielo suavcito, a un sol quemante, al mercado viejo de Maracaibo, a los que traen el plátano de Bobures en la madrugada, al periquito que está sobre la nevera y sufre de los nervios, las canciones de Agustín Lara, Toña La Negra, Leo Marini, Los Panchos y Guty Cárdenas, Clark Gable, las florecitas de bellalasonce, los encurtidos en su frasco mostrando todos los colores, el vino Sagrada Familia, los cromos de niños comprados en el mercado de Las Pulgas, los cojines de retazos, los cuentos de Sabana de Uchire y el río Manzanares, la historia del caballo Marco Polo, la infancia alimentada de recortes de pan, los desmayos en el colegio, sus faldas anchas de muchacha de veinte años, su cabellera cascada que cae sobre los hombros,

su mirada lejana, serena, perdida, la sorpresa frente a esa Caracas desconocida, los primeros dibujos, los esbirros, el *Morrocoy Azul*, la cárcel de papá, el apartamento de El Silencio, los siete hijos, un parto tras otro, el retrato grande de la abuela, los recuerdos de Barcelona, Uchire, Clarines, Puerto La Cruz, el terremoto de Cumaná, la imagen de la virgen de Lourdes con su manto azul, los dibujos de muñequitos, las historias de cuando se bañaba en el aljibe del patio, la enredadera de nomeolvides, con sus flores amarillas, las dos trinitarias, su risa. Una risa rara, de pocas veces, pero hermosa risa, como un estallido, con los ojotes arrugaditos en los extremos, y los dientes blancos, con toda la apertura de los labios y esa sonoridad, toda muy suya.

Usted, Señora, se llevó a la tumba el último despojo de la esperanza, la posibilidad de creer que puede tragarse la amargura y volcarse en un río de aguas turbias, para renacer alegres y gozosos como una vida que empieza. Nos dejó a cambio una habitación, llena de muñecas de porcelana, muñecas de rostros antiguos y ojos vidriosos, que parecen buscarla con la mirada y lamentan su ausencia. Nos dejó una hermosa jaula vacía. Los cromos. La mesa de dibujo, los pinceles, los tubos de las acuarelas italianas, los dibujos inconclusos. Los libros del aduanero Rousseau y los primitivos. Nos dejó sus juguetes de cuerda, las fotografías, sus trenzas, su mirada de niña de los años cuarenta (porque usted, Señora, nunca creció; siempre fue esa niña que fue por los años cuarenta).

No sabe cómo la busco, madre, no sabe. No tiene idea. Usted está en todas partes, como nos dijeron que estaba el ojo de Dios, cuando estudiábamos catecismo en la escuela, entiéndame bien, no se trata de hacer un poema, ni de caer en lugares comunes, entiéndame bien, Señora, que lo que le digo reviste toda la seriedad que el caso requiere. Usted está en todas partes, con decirle que me ha tenido varios días preguntando por ahí quién podrá conseguirme una matica de malabar, y tanto le di al asunto, que la señora del mercado libre, después de venderme un ramito de esas flores blancas y aromáticas, un ramito redondo, que parecía bouquet de novia, se decidió a venderme una matica, que hoy por

fin tengo en casa, y que es como tenerla a usted de alguna manera, aunque en la casa grande de El Milagro nunca haya habido una mata de malabar.

Hace algunos días, decidí ir a cortarme un poco el pelo, yo creo que más por la distracción propia de mi observación al mundo de la peluquería, que es una especie de centro de catarsis para la generalidad de las mujeres, porque allí pueden hablar mal de los maridos, o porque encuentran eco para los comentarios más simples y más íntimos. Entré al local, con la natural timidez y el desconcierto de no hallar por dónde comenzar a explicar lo que quería, me senté mientras esperaba mi turno, y como quien se instala frente al televisor, había señoras bajo el secador, y otras frente a ellas con la mesita de pedicurista, arreglando sus uñas y oyendo la historia de turno, sobre la amante nueva del marido, el aumento del precio del café, la nueva escuela para perros, las últimas vacaciones de Miami... estaba absolutamente ensimismada en las diversas conversaciones, observando los gestos, inventando mentalmente la historia de cada cliente, de cada peluquera, cuando se abrió la puerta del local y vi la entrada de una señora no mayor de treinta años, vestida con sencillez y circunspección, seria, de perfil y mirada serenos, pero con rictus de total decisión y firmeza remarcado en la línea de sus labios, tenía el cabello muy negro recogido en lo alto de su cabeza, y con ella venía una niña, de unos ocho años, muy robusta, con el cabello largo, y el uniforme de la escuela, blanco con respuntes rojos, sus medias tobilleras, y los zapatos de tira cruzada, se le notaba nerviosa y excesivamente tímida, no miraba de frente, parecía esquivar todas las miradas que su entrada provocara. La madre se dirigió directamente a la que parecía la encargada de la peluquería, y la niña nos miraba, casi agarrada de su falda (y digo casi porque su gesto hacía pensar que lo deseaba pero era como si una película invisible le impidiera palpar esa superficie, esa película estaba definida en ciertas miradas de la madre). A la niña la sentaron frente al espejo. Apenas sus deditos tocaban el brazo del sillón, se miraba al espejo sin querer mirarse. La peluquera cogió tijeras, navaja y peine, y comenzó su

tarea. La madre estaba de pie junto a ella, conservando la seriedad que parecía habitual. El cabello cortado comenzó a caer al piso, y la imagen del rostro de la niña a transformarse frente al espejo, no se movía, parecía una estatura, creo que temía por las tijeras, a la vez era latente su timidez, no quería mirarse, y de pronto su cabeza se movía mimosa cuando el movimiento de las tijeras parecía producirle algún cosquilleo detrás de las orejas, entonces sonreía a medias, y su rostro todo se ruborizaba, la madre la miraba e impedía que ella levantara las manos previendo algún movimiento brusco inconsciente para evitar ese cosquilleo, largo rato estuvieron cayendo al piso los mechones de cabello castaño, ya yo no pude cambiar el centro de mi atención desde que las vi llegar: porque, Señora, esa niña era yo, y por supuesto, esa mamá tenía que ser usted. Me levanté, olvidando la razón por la que me encontraba en ese lugar, y salí aceleradamente a la calle, necesitaba respirar el sol, volver a atajar la realidad del presente.

Luego ocurrió en un consultorio médico, esperaba mi turno ojeando algunas de esas revistas viejas y desteñidas que adornan los consultorios (y que usted a veces se llevaba de regreso a casa por haber descubierto un artículo que podría interesarnos, como aquel que me consiguió sobre la vida de Selma Lagerlöf, la poetisa sueca), estaba pues en la espera, cuando en la sala contigua, la de espera en pediatría, descubrí una señora, con las mismas señas, el mismo gesto de resignación, la misma tristeza, y esa belleza extraña casi serena, acompañada de dos niñas, muy parecidas, vestidas con trajes iguales, casi del mismo tamaño, con el cabello largo, las piernas colgando del asiento porque no alcanzan el piso, sentadas una a cada lado de la madre, las tres calladas, como suspendidas en un hilo, y una luz blanca en el fondo, entra por el balcón. Recordé el consultorio del doctor Mendoza, las esperas largas, el tratamiento de la dieta de adelgazamiento, la balanza de peso, la toma de las medidas, la paletica de madera dentro de la boca, la calva del doctor auscultando, sus preguntas. Me acordé del sarampión y una larga noche de fiebre en que, entre neblinas, veía el rostro de usted con el termómetro en la mano, recordé la

lechina, en la que todos caíamos a la vez y usted tenía que pasar de una cama a la otra, con el frasco de loción fría mentolada y el polvo boricado. Como comprenderá, aquella señora sentada, tan serena, me hizo olvidar la razón de mi espera en el consultorio y abandoné el edificio de la clínica, sin ninguna seguridad de adónde quería dirigirme.

A veces pienso llegar al cementerio, y me hago la imagen, sentada un rato ante ésa que debe ser la tumba de usted, o que dicen es la tumba de usted (porque entendámonos de una vez: usted para mí no está ahí dentro, está más bien en todas partes como ya le digo), y sentarme, pues, ante esa tumba que debe o debería estar cubierta de malabares, y digo sentarme porque es ésa la posición del reposo más digno y reflexivo, la soledad junto a usted, Señora, que siempre fue la soledad. La veo en esas largas noches de insomnio, bajando a oscuras las escaleras de la vieja casa de El Milagro, la veo sentarse pausadamente, sacar el cigarrillo de la cajetilla, encenderlo, colocar el fósforo en el cenicero, y con un brazo cruzando el frente de su cintura, y el otro apoyado en él, provocar las humaredas silenciosas, y esos ojos suyos siempre ausentes, siempre flotando en espacios desconocidos e insondables para los que la rodeábamos. Quería decirle, Señora, que ahora puedo saber con certeza lo que usted sentía y pensaba en esos momentos largos; ahora, como le digo, lo sé, porque de pronto me tocó ser usted, y mi inconsciente me llevó a encender igualmente ese cigarrillo y sentirme tan ausente. Le cuento que las niñas están bien, las menores un poco confundidas por su ausencia, pero ya viven lo cotidiano, ya regresaron a la escuela, ya comen otra vez tres veces al día, ya hay que reñirlas para que se bañen y sentarse con ellas para que hagan la tarea de la escuela. Los primeros días de la ausencia de usted, cuando regresamos a casa, pasado el entierro, los reencuentros familiares, y con todo ese peso muy dentro, haciendo «de tripas corazón», como diría usted, comenzamos la vida cotidiana. En casa no había quien quedara para preparar la comida, arreglar un poco las habitaciones y, en fin, estar para recibir a los ausentes a las doce del mediodía; entonces me quedé, se

reiría usted, ya lo sé, diría: «¿Ella?, no puede ser, ¿y cómo lo hizo?». Pues sí, yo, aquí, así como soy, así como usted me ve, con toda mi torpeza, sí, mi torpeza, ésa que siempre me criticó, mi distracción, mi descuido para recordar las cosas más elementales, en fin... me tocó; bueno, los demás a la Universidad o al colegio, la casa se quedaba silenciosa. Comenzaba por el cuarto de atrás, doblando sábanas y cobijas; después, una pasada rápida de escoba, de pronto un detenerse unos minutos en un rincón a limpiarse las lágrimas de la cara con el dorso de la mano, por una fotografía encontrada, un papelito o simplemente una imagen mental, nostálgica; además, era mi momento, porque delante de papá y los demás no se debe llorar, usted comprende, ¿verdad?, estoy segura de que me daría la razón en este asunto. Y bien, no intenté pasar coleteo seguido porque el tiempo se me recortaba y después el almuerzo terminaba tarde y la gente tenía que salir a las dos y media de nuevo y se iban a quedar a media todos. Pasar a la cocina para inventar algo rápido, de manera que al llegar las niñas y los demás ya tuviera la mesa a medio montar; la fregada de los platos le tocaba a otro, y en la tarde continuaba la batalla campal a la hora de mandarlas al baño; no se imagina lo que costó convencerlas de que hay que bañarse todos los días; por fin descubrí una insólita treta: el champú de fresa, les gustó tanto el olor que era como si lo comieran, después el baño era la aventura de lavarse la cabeza con champú de fresa, y todos quedábamos contentos. Inventé o reoficialicé la hora de la merienda, otra treta para pasar al momento de hacer las tareas; lo hice como la «once» de los chilenos, poniendo mesa y todo, adornando el pan con mermelada, sirviendo Toddy o té frío, o lo que encontrara por ahí, el asunto resultaba, y al final, sentarse con la Diana, para, muy pausadamente, acompañarla a hacer su tarea, leer los enunciados de la maestra, explicarle, mandarla a sacarle más punta a ese lápiz «que parece un toconcito», «no borres tanto que se ensucia el cuaderno», «siéntate bien, no te acuestes sobre el papel», «ahora léelo tú misma», «ajá, ¿entendiste?», «¿qué es lo que te preguntan?», «¡pero si tú sabes la respuesta!», «anda, trata de recordar, eso es, ¡ves que sí la sabías!», de golpe descubrir

que mi pomposo título de Licenciada en Letras Hispánicas no me ayuda a diferenciar las palabras esdrújulas de las graves o agudas, que he olvidado cómo se hace una división con decimales («epa, ¡papá!, ¿tú te acuerdas de cómo se hace esto?»), qué son los marsupiales, y muchas otras cosas que Diana pregunta y que me hacen, disimuladamente, recurrir a la biblioteca. Entonces, cuando llegaba la noche, yo la estaba esperando, esperaba esa hora precisa en que todos dormían, porque necesitaba volver a vivir la noción del silencio, olvidar el bullicio de las horas del día, el televisor, las discusiones, el acelerar, las órdenes horarias, y me sentaba en medio del blanco silencio, en la mesa del comedor, con una cajetilla de cigarrillos y la caja de fósforos, y me fumaba uno y después otro, sin pensar en nada en especial, sólo en la tranquilidad de ese silencio. Fue una noche de ésas cuando descubrí que usted estaba allí, estaba dentro de mí, era yo misma, ¿comprende? Puedo entonces determinar con certeza el origen de esas largas noches de insomnio suyas, puedo palparlas, conocer su forma y su textura.

Ahora me pregunto cómo pudo combinar ambas cosas, cómo construyó ese mundo de dibujos menudos, de delicado encaje, de filigrana, y a la vez... todo esto. Usted, Señora, ha sido injusta al dejarnos el legado de su desdoblamiento, esa doble mirada al mundo que nunca palpamos antes. He leído sus apuntes de paseos, sus observaciones de letra cuidadosa sobre la gente en la calle, la ciudad, el sol, las cosas, los pájaros; he leído los borradores de sus caras, sus anotaciones para nuevos dibujos... Todos son detalles que construyen una mujer que no fue la que conocía, y me recuerdan la noche en que nos encontramos, casualmente, a una hora insólita (diez de la noche) en el área del mercado. Yo regresaba de la Universidad, mis clases terminaban muy tarde y debía venir al centro de la ciudad para tomar cualquier transporte que me llevara a casa; siempre teníamos problemas por mis horas de llegada, a usted le parecía insólito que la Universidad terminara a esa hora, para mí era un asunto de mirada, de punto de vista, de escalas de importancia. Esa noche me acordaba de parar en la esquina a esperar el paso de algún carrito por puesto, la zona

despertaba mi curiosidad, una noche vi una redada policial para detener a las prostitutas, y siempre pasaban cosas extrañas entre esas cuevuchas semiiluminadas; de pronto, esa noche la distingo nada menos que a usted; allí, muy cerca de mí, comprando cigarrillos en un puesto, mi mamá, con su cabello negro recogido, su camisa de florecitas, ancha y suelta, su perfil sereno. El asunto era poco menos que insólito; me acerqué, nos saludamos como dos amigas que se encuentran, tan sorprendidas estábamos una frente a la otra; el resto del trayecto a casa lo hicimos juntas, usted no me contestó nada muy preciso sobre la razón por la que se encontraba por allí, yo tampoco recuerdo haber preguntado mucho, pero sí me llamó notablemente la atención el conocimiento que la gente parecía tener de usted, desde los vendedores de plátanos hasta la señora del puesto de periódicos y cigarrillos. Regresamos a casa silenciosas, cómplices de alguna manera.

Quisiera ir de verdad, y sentarme un rato en el cementerio y conversar con usted estas cosas, y preguntarle otras que nunca me atreví a preguntarle, como, por ejemplo, qué fue lo que sintió exactamente aquel día en que papá regresó de la cárcel, y usted estaba tendiendo mis pañales en el balcón de la D16 de El Silencio, y lo vio desde allá arriba, quedándose con un pañal suspendido entre las manos por la emoción, y mirándolo bajarse del carro, y pagarle al chofer, así, con un paquetico de ropa entre las manos, con la camisa medio abotonada, sin chaqueta, flaco, barbudo, desgarrado, humillado tantas y tantas veces; yo quisiera saber lo que usted sintió mirándolo, paradita en el balcón, con el pañal muy húmedo entre las manos. Quisiera saber por qué rompió su diario de los veinte años, aquel librito azul cerrado con llave, que yo le pedí tanto, cada vez que bajaba todas las cosas de su closet, para revisarlas y limpiarlas de polvo y recordar. ¿Por qué lo rompió?, yo sólo quería corroborar si lo que usted pensaba a los quince o veinte años era lo mismo que yo pensaba, nada más que eso. Quisiera saber tantas cosas, Señora mía, que usted se quedó sin decirme.

A veces suelo escaparme de mi papel de profesora universitaria, y me voy por ahí, a caminar, y busco una plaza, una que tenga

muchos árboles y donde pueda encontrar una banca tranquila y solitaria donde sentarme y pensar en usted. Entonces revivo nuestra visita a la tumba de la abuela, y todas las imágenes de mis ocho años, cuando la abuela murió y usted perdió un bebé ese mismo día, y las dos tumbas estaban muy cerca una de la otra. Ir a visitar la de la abuela significaba limpiarla un poco, vaciar los floreros de mármol y los lados de la placa de piedra que reza nombre y fecha, colocar agua fresca y flores nuevas, ir a la del nené, cubierta de piedrecitas blancas, significaba sentarse en un murito, debajo de un árbol grande, y pasar largos ratos las dos, sin hablar, usted con la cabeza inclinada sostenida por el codo, yo recogiendo piedritas blancas y ordenándolas por tamaño sobre la superficie del murito. ¿En qué pensaba, Señora? Dígame, ¿en qué?

Sus cosas las estamos embalando poco a poco, papá no quiere tocar nada (parece un cristal a punto de estallarse), y entonces, cuando hablamos de limpiar el polvo, envolver en tela las muñecas, guardar su ropa en un baúl... él coge un libro de poemas y se pone a leerlos en voz alta, o a mirar por la ventana los barcos que atraviesan el lago como si los descubriera por primera vez, o habla de que hay que llevar los gatos al veterinario, o se busca los tomos de la revista *Élite* y se sienta a hojearlos lentamente... Entonces nos miramos y sabemos que él no podrá ayudarnos por ahora; hacemos nuevamente de «tripas corazón», y tratamos de tocar todo por encima, de no mirar, de no pensar, de despersonalizar la tarea necesaria. Desde su ventana se sigue viendo el lago, Señora, y las matas del patio tienen quien las riegue, el periquito sigue siendo un histérico, y de vez en cuando hay que poner goticas para los nervios en el agua que toma.

Yo tengo un recurso final: escapar a la cocina y ponerme a limpiar los closets, la despensa (usted hacía eso acaso una vez al mes, ¿recuerda?); entonces lavo cuidadosamente cada plato, taza, vaso, bandeja, cubierto, cucharón, cafetera, dulcera, jarrón; me afano a los detalles más pequeños, pongo insecticida, sacudo los estantes, ordeno y reordeno, y estoy tranquila hasta que aparecen cosas como las dos máquinas de moler maíz, pesadas, de hierro,

con su forma extraña, recludas en cajas desde que aparecieron esos productos en polvo que sustituyen al maíz que había que moler. Las cojo y las examino detalladamente; la más grande era la de la abuela: la recuerdo tanto como su gran cocina, o su piedra para golpear la carne al sazónarla, y la abuela y usted en sucesión están en estas máquinas de moler maíz, están en las dos exprimidoras de naranja, están en el colador anaranjado, en los plásticos para servir postre, objetos heredados, objetos cotidianos que dibujan la casa, la sensación tibia de la casa. Vivo la imagen de la abuela, bordando, sentada al lado de la radio, mientras yo jugaba debajo de la mesa, metida en una jungla imaginaria. La veo a usted, sentadita en la mesa de dibujo, construyendo su mundo de personajes diminutos, haciendo total abstracción de esta realidad que rechazaba. Y me pregunto si dentro de unos años habrá una cuarta de nosotras que nuevamente lave, con suavidad y nostalgia, cada objeto, y a éstos que ahora yo veo estén sumados los míos, y ella tenga también esta sensación de vidas inconclusas, de tristezas ancestrales...

Señora, si al final somos la misma, por qué tanto subterfugio, tanta distancia, tanto silencio, tanto dejar de decir, Señora mía, quiero decirle que, en su velatoria (y cómo odio usar estas palabras), la gente que venía de su rama familiar me identificaba al verme (vino gente de muy lejos, gente que quizás usted no vio en muchísimos años); al verme pensaban: «Esta tiene que ser su hija y es innegable la mirada, el tono bajo, la sensación de estar flotando en otras galaxias»; usted y yo nos parecemos hasta en eso, Señora; son cosas del destino, de la historia. Y nunca nos detuvimos a medir ni siquiera nuestras posibilidades de rebelión, porque debe usted saber que lo fue a su manera y yo a la mía y que es casi ley del contexto esto de la dialéctica; un acuerdo total entre las dos hubiera sido historia falsa, puro artificio, pero, en el fondo, usted debió saber siempre que yo era su prolongación, la continuación de la anécdota. Qué difícil se nos hizo todo, madre, qué difícil, hablarse, entenderse, qué de claves tuvimos que inventarnos, cómo no es dulce ni bondadoso el amor cuando se trata de seres nacidos para las más tortuosas pasiones, cómo somos duras

cuando amamos y suaves frente a los que nos son indiferentes. Cómo dejamos que nos ahogue ese laberinto antidialéctico cuando emociones y orgullo están en juego, en franca batalla, en aguerrido y abierto combate, cómo lágrimas ocultas, palabras no dichas, gestos resguardados, pueden acorralar el mar.

Mi huida. Ese escape del mundo cálido. La ventura de aprender a vivir. Y aquella frase suya retumbando fuerte: «La luna no es de pan-de-horno»; claro que no es, mamá, ahora sé lo mucho que no es; es de piedra y fuego, y dura, con un palo, con todo, hay que estar de pie, y con «el ánimo bien templada», porque como dice el poeta: «el ánimo bien templada salva la doliente criatura...».

Ya la veo a usted, Señora, al abrir la puerta de la que fue mi casa nueva, en lo más alto de un viejísimo edificio en las márgenes de la ciudad: la veo a usted, con el rostro contraído, con su seriedad que crea rictus, y mi sorpresa toma el carácter del asombro profundo frente a su persona, y dos preguntas se me clavan «entre pecho y espalda», como quien vive una duda sin ninguna posibilidad de certeza. ¿Qué hace mi madre aquí?, ¿cómo pudo subir cinco pisos de escalera? Trataba de oír una respiración acelerada, pero usted estaba serena; eso me hizo pensar en cuánto tendría allí, detenida frente a mi puerta, recuperando su ritmo respiratorio y cavilando para seleccionar las palabras precisas con las cuales decirme: «Vuelve a casa, vuelve con nosotros», sin que yo fuera a descubrir ni su dolor ni su angustia, que eran dos cosas que necesitaba ocultarme, por orgullo, por carácter, o quién sabe por qué. Usted pasó adentro, mamá, con paso lento, y se sentó en la mecedora, una mecedora de fibra de cardón, con asiento de cocuiza. Fueron muy largos esos minutos en que la vi observar minuciosamente esa que era mi casa. Yo esperaba con ansiedad sus palabras y no sabía mirarla ni qué decirle, y... le ofrecí café, y fui desdeñada.

Cuando ya una calma sin palabras ocupaba todo aquel espacio, con la luz blanca y grande de la ventana al fondo... usted me miró. Su rostro tenía una expresión indefinible; no había dolor ni tristeza, había algo como decisión, pero no era exactamente eso tampoco; yo pude ver sus ojos, eran los mismos de la fotografía, esa

grande, que está en mi habitación. Entonces oí su voz, creo que fue la primera vez que habló, me dijo: «Recoge tus cosas porque vine a buscarte». Ah, Señora mía, qué difícil era decirnos simplemente que nos queríamos, qué difícil. Usted nunca pudo, en ese entonces, hablarme como lo que yo era, una muchacha de veinte años, que descubría al mundo como un gran circo, con equilibristas, payasos y también empresarios. Pero yo tampoco era capaz de dilucidar todo el amor que podía haberla llevado a usted a subir los cinco pisos de aquella escalera, húmeda y oscura.

En estos días, limpiando la habitación, encontré por casualidad la tarjeta que usted me envió de Houston... La habían ocultado para que yo no la viese, llegó después de su muerte, como todas las que envió a cada uno de sus hijos. Querida madre, me hablaba usted de los niños, los parques y los pájaros, estaba feliz y quería verme... ¿Qué imagina que puede sentir al leerla? En cosa de horas, usted se traslada a la sala de cirugía, vestida con la ilusión de un próximo retorno. En unas horas se nos notifica que ha muerto. En unas horas se nos participa que seremos seres inconclusos *per secula seculorum*. En unas horas nos desgarran el sueño. En unas horas nos la entregan a usted, metida en una caja gris. En unas horas nos hacen reconocer que ya no hablará más del aljibe de la casa de Clarines, ni de los caballitos sanjuaneros, ni de las muñecas de trapo, ni de la nomeolvides, ni cantará «Perfume de gardenias», ni servirá la cena de año nuevo, ni cuidará los gatos, ni se reirá, ni construirá esos encajes dibujados de muñequitos, oficio de alquimista, de artesano chino. En unas horas, en un puñadito chiquito de horas, quieren enseñarnos, de una vez por todas, que «La luna no es pan-de-horno» ¿Se imagina, Señora mía? Es el desgarrar total, es que lo agarren a uno y le den palo y palo, es como si lo rasgaran con una hojilla desde el centro mismo de la cabeza, es como si de pronto la ciudad se vaciara y no te quedara ni un alma conocida. Es el vacío. El silencio infinito y blanco. Es como quedarse mudo y tragarse el grito. Por eso, usted comprenderá, pedí que cerraran el ataúd; por eso, no pude seguir viéndola así, con el vestido blanco y su rictus de seriedad, porque uno tiene sus

límites, Señora mía, y sabe cuándo está a punto de desgranarse en filamentos de vidrio incinerable, porque uno se empeña en eso de que «el ánimo bien templada salva la doliente criatura». Yo quiero que usted se ponga en mi lugar por un segundo... ¿Lo comprende ahora? Tiene ahora que comprender, Señora, por qué le digo que nos dejó como legado la desesperanza, porque no ha habido nada como ahogarse en esta ausencia, en esta sensación de lo inconcluso.



## **LAS PLUMAS DE LAS GALLINAS NEGRAS**

Las plumas de las gallinas hacían una nube con las cenizas de los papeles recién quemados. El vientecito las levantaba, a pesar de todo el intento de papá de que no quedara ninguna muestra entre los matorrales, y de su deseo angustioso de introducir por la tubería plumas, cenizas, ramas, incertidumbre, con el miedo terrible de que llegaran los guardias y nos encontraran en tan sospechoso menester.

Ahora puede explicarse uno por qué se empeñaba en vivir de distribuir comida por esos campos, y a mamá, que entre silencios le decía siempre: «¿Por qué no cambias de trabajo, Fernando?» Con ese tono suyo de plena resignación, como si adivinara la respuesta y preguntara ya sólo por no perder la costumbre. Todos estábamos habituados a los acontecimientos, no había cotidianidad plana, sólo acontecimientos. Yo entendía que la gente estaba en el monte —hablaban de los de allá arriba, de las montañas de Lara—, lo sabía por los periódicos, cuando apenas aprendía a deletrear con cierta rapidez; lo sabía, porque eran frases sueltas, repetidas en las conversaciones de los portones, en esas veladas de los vecinos, en la bodega y la escuela, en todas partes. Porque ahora se habla de guerrillas como algo que pasó, hablan los estudiantes y los intelectuales en el cafetín, y hay también gente que cuenta su propia vida y tiene anécdotas y noche triste para la eternidad; pero yo te hablo de otros, de la periferia, que no fue periferia, de quienes vivíamos por esas zonas y estábamos más cerca y más lejos del asunto.

Papá sospechaba que eran capaces de revisar hasta los colchones por dentro, y las raíces de las matas del patio, o las cuevas de las palomas en el palomar de madera.

Entonces mató tres gallinas negras. Tenían que ser negras para confundir cenizas y plumas y hacer desaparecer todo junto por las cañerías. Era un trabajito meticulado, y mamá, que sufría con su cara de resignación, de alguna manera se sentía implicada directamente en el hecho, aunque sólo fuera por solidaridad afectiva, por su gran amor a papá y su gran miedo a la soledad, y esa sensación que tienen las mujeres cuando abandonan la casa familiar definitivamente con un nombre, marido, esposo, única nueva compañía para siempre, y ése «para siempre» se graba entre pecho y pensamiento; entonces la resignación y el amor son una sola cosa, y se está dispuesta a las más tristes desgracias por no quedar sola, y vienen los hijos, y nace el espacio del afecto dentro del espacio de la casa, y esa casa se convierte en conjunción de alegrías pasivas y lánguidas tristezas, de angustias que se mecerán en soledad, porque hay siempre soledad en el fondo de los recuerdos, y tiene uno que llenarse el mundo como de estampitas de santos o recortes de propaganda de prensa, como éstas de las revistas donde salen niños bien alimentados y alegres y las mujeres embarazadas los recortan para mirarlos todo el día porque dicen que eso y que ayuda a tener hijos igualmente hermosos; es así, como si te pusieras tabiques de recortes alrededor para no ser testigo de tu propia soledad y desamparo, y hay que aferrarse a la persona amada, que uno no sabe realmente si ama o si se trata solamente de esa necesidad de compañía por el tiempo, y no queda más que la prolongación muda, sin opciones.

Ella estaba ahí, pues, desplumando gallina por gallina, consciente de la trascendencia del acto, mientras él quemaba los papeles hasta ver las cenizas negras; y nosotros, ocho ojos inquisidores delante, divertidos con tan extraña ceremonia, a sabiendas de que, detrás de todo, algo importante se manejaba, algo que no teníamos al alcance o la información o la experiencia para determinar o imaginar; lo cierto es que estaban allí, en medio del patio, alrededor del desagüe de las cañerías, agachaditos todos, y los ocho ojos curiosos haciendo mil preguntas, contestadas con monosílabos nerviosos, y las plumas y las cenizas revueltas.

Fue cuando vino el liceo que comencé a darme real cuenta, como por azar, o por emoción diaria digamos, todo junto, porque al entrar al liceo tu desconcierto tiene que unirse necesariamente al ritmo de acción, y descubres los líderes sobre entarimados improvisados, y se habla del país y de la vida, y estás, casi sin saber cómo, pintando un pancarta en el suelo, extendida la tela blanca, esquivando tus propias rodillas, alargando el brazo con la brocha, pensando en mil cosas mientras rellenas la letra. Te implicas. Militas. Tomas con la seriedad del caso tu papel dentro de la célula, las tareas que te son asignadas. Se está en la clandestinidad; es una extraña clandestinidad, porque te sientes como si todos a tu alrededor fueran de la misma secta, y eres un miembro, y el todo se divide entre los que somos y los otros. Los otros crecen como sombra agresiva y fría.

Las pequeñas tareas y las grandes. La manifestación, el mitin, las carreras, el compañero preso y el otro asesinado. Los efectos.

La necesidad de comprometer a los demás. Las emociones concentradas en instantes. Y la vida, ese río de la vida, porque Jorge Manrique se equivoca, ese río no es el mismo para todos, no es el mismo del héroe casi niño que cae con la bandera en la carrera, rodeado de compañeros, cuando aquellos monstruos con máscaras antigases y escudos plásticos nos asaltan en manadas, es otra cosa, te digo, agarrar con el peso de la desgracia al amigo, compañero de aula, cómplice de exámenes, chistes de pupitre, ese compañero con papá, novia, angustia de primera iniciación, que tiene diecisiete años, que se mira al espejo y se peina revisando los pliegues de la camisa blanca y el pantalón kaki, y prepara los últimos datos para el examen de matemáticas, o coloca el afiche del *Che* en el localcito del «Centro de Estudiantes», ése de la ternura primaria; agarrarlo como puedas en la refriega, y arrastrarlo como puedas, hombres caídos por el callejón hasta el abasto del portugués que se apresura a cerrar sus puertas, y la sangre te llena con humedad tibia, y se te revuelven los sentimientos, porque ¡qué patria ni qué nada! Lo que en el fondo desgarras es ese vacío que

ocupaba él, y la rabia, esta rabia revuelta con el destrozo de ti, de tu afecto, ese fulanito de tal, él, con nombre y apellido, y no me vengan con historia y caballos muertos. Lo que pasa es que en la escuela te llenaron de símbolos y principios y Patria, y tienes que justificar el gran amor que te lacera y hacerlo público, todo eso concentrado en el cuerpo que arrastras ya sin fuerzas, y la sangre húmeda que te empapa, y por dentro... Por dentro hay un cosquilleo que te rompe, que nace de estómago y pecho, y quisieras orinar o cualquier cosa, sintiéndolo ahí, muertecito; y con calma de templo lo contemplas y sabes que asumirás el reto, se harán grandes pancartas: ALFREDO, CAMARADA, TU MUERTE SERÁ VENGADA, y las paredes llenas de pintas de media noche, volantes por toda la ciudad, y el entierro con la madre adelante, nosotros los amigos, y esa novia con piel de durazno, piel de quince años triste, y el desconcierto. ¡Y ese vacío! ¿Quién lo llena?

Por mucho que gritemos: «¡Viva la Patria!» y «¡Venganza, camarada!». Entonces te metes más y más en el asunto, te sientes señalado muy cerca, revives al amigo en la contienda. Y no abandonas.

Papá me observaba en esa época, y me pedía el reposo, la distancia. Tenía miedo por mí. Él, que se las jugó todas en otros tiempos, metido entre los montes. Él, que desaparecía por las noches para regresar entrada la madrugada, con fajos de papelitos extraños escondiéndolos en los ladrillos huecos de la pared, tapados con barro y paja fresca. Él, siempre misterioso y callado, con su tabaco menudo, preparado en casa, mirando desde el portón. Con los ojos perdidos, cuando aquellos ocho ojos de niños buscaban respuestas tácitas. Él, que desplumó tres gallinas y revisó cada rincón con precaución extra. ¡Cómo podía mi implicación bajo la refriega!

Y no hablemos de solidaridades de sangre. Son cosas del afecto...

Lo cierto es que las plumas volaban con cenizas, y el agua no podía con aquel vientecito montañés. Llegó la noche, y la calma no era calma, sino como un receso, como quien pide un espacio de

tiempo para la reflexión y sabe que lo tienen en la mira del rifle, y el dedo húmedo puede resbalar en cualquier momento, bajando el gatillo hasta por descuido.

Se oían los grillos, y nosotros jugábamos con los sapos en los claros de agua del patio. Papá, en la mecedora, fumaba su tabaco delgadito, y el aroma tenía esa noche algo que se metía muy dentro de uno para clavarse entre el corazón y la espalda.

Y llegaron. Él sabía que vendrían, y a qué hora. Lo calculó todo con una intuición que todavía admiro. Eran los que pensábamos. Monstruos animados, brutales. Lo revisaron todo, hasta el rincón más íntimo y cálido. Abrieron los colchones y cortaron árboles y arbustos; inventaban los escondrijos más extraños, y sospechaban hasta de nosotros, los niños. Interrogaban a gritos y sin parar el requisamiento. Yo me situé detrás de papá, tenía miedo, pero a la vez pensaba (cosas de niños) que mi mirada lo cubría, lo cuidaba.

Fue entonces cuando observé el detalle, y temblé. Lo que ocurría frente a mis ojos pasaba de ser un extraño juego a algo terriblemente peligroso. Lo viví con intensidad inusitada.

Mi padre sacaba muy lentamente, y sin que el resto de su cuerpo estuviera al tanto de las acciones que desarrollaba su mano derecha, un papelito gris del bolsillo del pantalón. Lo hizo sin que su rostro reflejara el gesto. Con la mayor cautela.

Sólo yo me di cuenta, lo miraba, era cómplice, el único cómplice en su soledad de fugitivo. La mano lo abarcó todo y empezó muy lentamente a arrugarlo; la humedad del miedo dio ventajas, el papel mojado era mudo, sin crujidos. Fue todo muy rápido pero duró siglos para mis ojos de niño; mi angustia estaba concentrada en esa mano, en sus dedos.

Siendo observado tan meticulosamente por los monstruos, no era fácil salvar las distancias entre el bolsillo y su boca.

Cuando el papel se redujo una bolita mínima, su mano comenzó a jugar con las palabras, gesticulaba alegando inocencia, desconocimiento; lo importante era decir cualquier cosa; y en

desconocimiento; lo importante era decir cualquier cosa; y en una pausa indescriptible, el papel penetró en su boca.

Yo, mirándolo, sentí en mi propio paladar la sensación que él debía vivir en ese instante, con la garganta seca y la textura del papel maltratándole en ese intento vano de tragarlo. Sentí que temblaba, que no era fácil. Fue entonces cuando se dirigió a mamá; ella, de pie, con los brazos cruzados, de pie, en medio de la cocina, observaba el desastre sin inmutarse, no quedaría ni una silla sana, ni una planta para tomar sus frutos. Papá, en una frase que casi fue natural, se atrevió a pedirle un vaso de agua.

Y, cosa extraña, el acto de tomar agua no resultó sospechoso a aquella pandilla de desalmados que todo lo acabaron como una tormenta.

No consiguieron nada, y el pecho fue aligerándose cuando los vi encender cigarrillos y situarse como observadores de ruinas.

Pero se lo llevaron.

Siempre se lo llevaron.

Sólo me queda ahora esa visión de una nube de plumas negras de gallinas y las cenizas levantadas por el vientecito montañés.

## ***ESTA HABITACIÓN ES AHORA UN BOSQUE***

Nace un grito. La noche descuartizada en pedazos recibe el grito. Tú sueñas perro negro, ladridos, sangre, sangre que avasalla. Tu grito desgarrar la oscuridad y habla de perros famélicos que te persiguen; desesperado los agarras por la yugular y los estrangulas, aprietas, revienta, vómito de sangre.

Un árbol, para mí un árbol, frondoso, húmedo, oscuro, cielo oscuro por árbol que acoge, acoge bueno, cobija, sueño árbol que cobija. Tú gritas y eres el otro. Piedra, noche, noche, piedra, ¿quién es este desconocido a mi lado? Tiene ojos de miedo, y el árbol sigue creciendo, fronda, frondosa sombra, verde-oliva, agua crece, húmedo rocío.

El árbol que nace de entre mis muslos se convierte en hiedra, se esparce por el piso, fundido al vello, bello, pelusa sobre piel. Pero ahí está él, el ojo hundido en el círculo oscuro, ojos capaces de llanto, y señalas los perros famélicos que te persiguen convirtiéndote en el niño, niño grito rompiendo noche, buscando cobija seno, regazo materno, cueva, ternura de amante, internándose en el hueco-cueva para huir de los perros famélicos, fálicos, fatuos, fauces, fariseos, lustrosos, negros nigromantes, monstruos presentes para recordarte tu lugar en el círculo inaplazable. Tus dedos acarician hasta que mi piel no es más piel, olvida esta lucidez y no veo nada... No supe cuándo se cerró, sólo lo suave pasando por esta piel, y pájaro, pez, desaparezco en esa intensidad de tu ternura, nube fundida en aire, como iguales pedazos, prolongación, vuelvo al árbol húmedo que sale de entre nuestros muslos repartido en ramales que se pierden, cielo acogedor, para protegerte del frío, del hambre, de los perros famélicos que te persiguen, acusantes fantasmas nocturnales.

Pero... ¡mira! de repente no es a ti a quien buscan, ahora le ha tocado a las ratas grises que acosan mis sueños ¡allí vienen! quieren morder los dedos de mis manos, morder los dedos de mis pies ¡mira! Es el fantasma de mi madre muerta atravesando puertas deshechas y profetizando futuras desgracias. Tengo miedo ¡tengo mucho miedo!, de nuevo soy pez diminuto que busca escabullirse, lloro, como tu ojo oscuro, lloro... ¡Fuera, indómita ponzoña!, ¡váyanse!...Pero no, aquí estás tu, aquí están tus brazos que me acogen, aquí estás tu para dormir a la niña, para ahuyentar las ratas, para acabarlas con tu humedad dentro de mí, con tu ternura que moja, con tu espada que toca.

La noche piedra trae los escarabajos alrededor de la cama, tienen la aguja de su veneno apuntándonos, agresivo miras, sentado, la ceniza esparcida a nuestro alrededor; todo ahoga, falta ventana, tus perros famélicos y las ratas inquisidoras quieren volver, un ojo oscuro llora y otro despierta de gozo. No quiero encierro, no quiero gris, no quiero ladrido de perros famélicos ni acoso. Quiero labios húmedos, acabar con el grito desgarrador, partiendo, me asusta tu susto, filo de navaja, niño acosado. Para ti: un árbol, un árbol verde, humedad acogedora, noche, mi mano percibe los pétalos, tu prolongación, el contorno de tu sexo dentro del mío, disuelto dentro, y las ramas de este nuestro árbol crecen para esparcirse por el piso, y eres mi príncipe, para claridad nocturnal. La copa del árbol se remonta al cielo sin detenerse, y esta habitación es ahora un bosque, y tú eres mi padre y yo soy tu madre, y tú eres mi hijo y yo soy tu hija, tú tienes una piel de carnero para resguardarnos del frío, de la intemperie, y yo te ofrezco leche de mis pechos para apaciguar el hambre y la sed; hay que atravesar el bosque nocturno poblado de sonidos tenebrosos, defiéndete, defiéndeme, yo azotaré los perros, ¡con un látigo los azoto! Los árboles dejan filtrar apenas líneas luminosas, un resplandor incandescente. Desde cualquier recodo pueden venir, y si viene la jauría, yo te acoyo, te cubro, vuelvo infinita red mis brazos, y mi corazón crecerá como una fibrosa bolsa cobertor, y ¡no pasarán! ¡No vendrán! y tu echarás a las ratas, las ahuyentarás ¡Fuera, ratas

acusadoras! ¡Escarabajos ponzoñosos! ¡Perros famélicos! ¡Aquí somos dos, dos, resguardados uno dentro del otro! Viendo correr la sangre entre tus recuerdos y los míos. Y el árbol estira venturoso sus ramas húmedas, y no pasarán, no vendrán, expandida piel fundida en piel, esas ratas que suelen, inquisidoras, colocarse entre los matorrales, atravesar las cañerías oscuras, ya no vendrán, porque tú me guardas, príncipe, y no permites que se acerquen, y yo no permitiré que ni un colmillo de las fauces de esos perros famélicos te roce...

Tú ocupas mi cueva, este regazo es para ti, toma mi leche, guarnece mi infancia, dentro de mí eres helecho infinito de hojas diminutas. Somos los amantes debajo de una piel de cordero en medio del desierto. El viento de las estepas amenaza con encegucernos pero no lo dejaremos, el frío implacable de los *icebergs* quiere congelarnos, pero no lo dejaremos; el hambre de los siglos será saciada con este pedazo de pan cocido entre los leños de nuestros cuerpos...

Amanece, por la ventana el resplandor del amanecer, aquí tu peso dulce en el silencio sereno, sobre el mío, y estamos exhaustos y hermosos.



## **REGAZO PARA UN AIRE DE NOSTALGIA**

*Por el dolor pasean como niños bajo la  
lluvia ajena/  
una mujer habla en voz baja  
con sus pedacitos como acunándoles  
no ser/ o nunca.*

JUAN GELMAN

Extraño haberlo encontrado en ese diálogo azaroso del autobús (usted diría «ómnibus»), la confusión de las monedas y algo que yo creí leer en sus ojos, entre sus ojos y el gesto indeciso de sus manos, ahora no lo sé bien. Hubo un miserable y un halo protector de parte y parte, porque, a pesar de su estatura enorme y el bigote grisáceo, usted fue en ese momento un niño rebelándose en gesto indefenso; sentado a mi lado, dos o tres frases y el silencio cómplice. Ya en la «parada», aquella bolsa con las verduras fue patrimonio de ambos, y sólo podía seguirse la jornada como si siempre hubiera sido así, frente al azul de las montañas y la penumbra fresca de inicio nocturno.

¡Ay, de la fuerza! ¡Ay de la volcánica esencia de estos encuentros casuales! De éste. De alguno...

Digamos entonces que éste es un corazón abierto, destajado sobre la mesa ...y en él está usted. Entendámonos: en el fondo yo preferiría no saber los pormenores de la historia, sólo el revestimiento, ese trozo de verdad colectiva. Cosas de la vida: usted, la calesita, pedazo de palabra que lo define, un aire, un

aroma, usted es una cálida acentuación al final de la palabra y esa serenidad a toda prueba.

Sí, a mí dígame fuente o columpio o tobogán o plaza o acacia o mango o cují, acaso níspero o flores de jazmín o el yantén que para todo sirve... Lo de usted, lo sé, es otra cosa: un inmenso océano de nuevos significantes, y usted allí, en el centro de todo, como un pedazo de leño herido.

Sé por lo tanto que sólo tengo conmigo esos ojos de usted. Palabras. Las Cinco Esquinas y el Paseo de Julio, la calle Serrano y La Recoleta, Alfonsina Storni y Alfredo Lepera, la bombilla y el mate... Nosotros decimos de otras cosas. Por ejemplo: la silla que se recuesta a la pared, en el corredor, y uno se queda mirando a lo alto, solito, ese cielo de sierra, montaña azul de soledad; uno se queda privado de esperanza, así tranquilo, en penumbras, hasta que se acerca el peso de la tarde convertido en noche, y hay esta carga como negrura, como vientecito que te cala, y pasan los hombres con las ruanas: «Buenas tardes, taita», y no hay abrojo ni espino, sólo una sonrisa triste de atardeceres que se van. Ahora sé de usted: esa manera de tomar la caja de fósforos y encenderlos al revés, hacia fuera, y ese nervioso llevar la llama hacia el lugar convenido, y esos ojos suyos de amarillo suave, como que no hay oleada en ellos, sólo trasfondo, un pozo al que quisiera tocar y se me escapa, allá se enciende la nostalgia y un silencio de grises, una guitarra y La Charrita... Flores de muerte. ¿Cuáles serán sus flores de muerte? Para nosotros las blancas y duras, y también el aroma. Es importante el aroma, un malabar es amarillo al final, de ese amarillo de sus ojos, los suyos, los de usted; pero no siempre, cuando sonrío, ese amarillo no es de fondo de malabar sino de sol, como si se levantara el sol, pero usted sonrío solo, escondido, con antifaz, sin que lo miren, casi diría que tiene miedo de que lo miren sonreír, que le da como culpa la sonrisa, creo que eso no es razonable, y mire que me atrevo a decírselo a usted, tan razonable siempre.

Cuánta hechura de días, cuánta desmembranza para llegar finalmente aquí y acostumbrarse a decir cilantro o siemprevivas,

no «pibe» ni «caoba» frente a ti. Y el pasado quiere volverse reina y no mira, y si mira, la voz se le va en quiebra.

No, señor, lo del cementerio no se queda así, no son palabras en nube de palabras, dicen que cuatrocientos, luego han hablado de mil quinientos, dicen que anónimas. «Desaparecidos» es una noción sin verdaderas referencias, se pierde derramada y pálida... Las mujeres de la Plaza de Mayo y acaso ese grito del cadáver de Eva rodando por el mundo, una acentuación, un matiz musical, esta nostalgia mía de lo desconocido, esa ausencia suya que yo intuyo.

Pero usted está aquí, en sus ojos pálidos hay un aire de presencia indisoluble en esta tarde del ochenta y dos, mientras los palestinos se juegan la vida en cada minuto, y el petróleo se va a pique y hablamos en gerundio entretejiendo un encaje que no queremos que nos toque: habiendo caminado escuchando un tango de Gardel, intuyendo la realidad escondida entre líneas, cuando su camisa me remite a un color, a un verde grisáceo de campo seco, al tono del monte en el verano más fuerte, aún sabiendo que a usted lo llevará a otra historia (acaso a una vereda desconocida, una pared en algún lugar), otros nombres, otros aromas... Ahora flota una luz en el desierto a raíz de ese titular de prensa... Puede y no quiere usted recordar al pequeño y pobre cementerio de Grand-Bourg, o imaginar las efigies oscuras y descarnadas flotando en un limbo inconmensurable, y aquel rótulo: «nn», como única insignia.

Usted se ve en sueños revisando las ochenta y ocho fosas, los cuatrocientos féretros, cuerpos descompuestos en cajas de cartón prensado... y entre éstos que fueron rostros se hace inevitable sospechar la presencia de Marcelo y Claudia, y del chico de ambos nacido en campo de concentración.

Inevitable verlo a usted levantarse, en medio de la oscuridad, a encender un cigarrillo, única luz en la soledad de la madrugada, mirarlo digo, queriéndome fundir en usted, sabiendo de ese pozo amargo del pasado que ahora lo ocupa. Acaso en esos momentos

viaja en los ojos de un Marcelo (niño-montado-en-tiovivo-a-los-ocho años), o estará en una larga noche de amor con la que fuera su madre. Aquí no sabemos de mate curado ni de arrabales azules.

Usted y ella sentados uno frente al otro, resumiendo camino deshabitado, Palermo, Puente Alsina y Cepeda, guitarra y chacarera. Los teléfonos interceptados tienen al fondo un eco mohoso, cambiarte de una casa a otra una y otra vez... Aquí se prepara un café bien cargado y tenemos pan bueno para acompañar.

A la medianoche las palabras de usted flotan entretejiendo enredaderas de jazmines. Afuera la placita de Chachopo está cubierta de enredaderas y siemprevivas y podemos mirarlas a través de los barrotes de la ventana.

Dicen que los cadáveres apilados en los féretros portan carteles: muerto en enfrentamiento militar.

Uno lo piensa y no dice nada, porque no hay palabras para decir, sólo un hueco abismal y profundo creciendo, sólo eso, cuando usted se sumerge en ese lugar enterrado de su historia.

El cementerio de Grand-Bourg a veinticinco kilómetros de Buenos Aires, a lo mejor última estancia de Marcelo, tu hijo. En tu pesadilla angustiada revisas las fosas, los féretros enumerados, buscando, buscando, no hay lugar para el reposo.

En las fotografías de prensa las mujeres llevan pañuelos en la cabeza y el puño amenazador en alto, las locas de la Plaza de Mayo, imagino a tu hijo, que creció de niño a desaparecido, y no tengo un rostro ni rastro en mi memoria.

En la ventana las últimas luces de Chachopo han sido apagadas. Sobre la mesa yacen tres cajetillas de cigarrillo vacías, las cenizas diseminadas. Afuera se escucha el canto de grillos lejanos.

La noche da paso al amanecer entre las chicharras y los grillos, la montaña quiere hablarnos de reposo y duermevela, hay olor a sierra y a neblina.

Él dice entre sueños unas frases: —Prohibido exhumar cadáveres no identificados... que nos digan dónde están...

Su cigarrillo solitario cuelga al borde de la orilla de la mesa.

Te tomo entre mis brazos y te cobijo: —Ven, llora un poco,  
te hará bien.

El amanecer en Chachopo es una raya roja en el cielo de la  
montaña.



Tuna de mar

(1991)



## **TUNA DE MAR**

Se le llamó Golfo de Venecia por la semejanza, para los nativos era Golfo de Coquivacoa, y desde el 24 de agosto del mismo 1948 fue mentado Lago y Puerto de San Bartolomé.

Nombres al aire... ¡para parir nombres fueron nacidos!... sin conocimiento del fuego y el verdor, de la mar hirviente, de la condena por noche de tormenta. No hay cabeza humana que lo explique y como polvo de oro: ¡Relámpago del Catatumbo, ampáranos!... ¡Bajones del corazón que no se cuentan!

Todo empezó un día de sayones blancos y cabezas cubiertas, látigos en mano y algunas varas largas con afilada punta al extremo. Una manada de lamentaciones al cielo. Cada quien se azota, las espaldas dejan al descubierto las líneas rojas de humedad sanguínea. Un golpe al cielo y otro a la tierra. Los paisanos cierran las ventanas temerosos de contemplar el espectáculo. La noche oscura es un nido de gritos. Golpes secos sobre piel que arde y sonido de aldaba que presurosa clausura la mirada escrutadora. Es enero de 1770, la Virgen Chinita ya nos amparaba (aunque parecía no hacerlo por aquellos días). La sequía mataba los animales y las matas, y todo lo que se arrastrara, caminara o comiera.

El Vicario decidió obedecer las órdenes del Altísimo, y convocó a la ciudad para exigirle voto de castidad para aplacar la cólera divina. Así lo dijo desde el púlpito: aplacar la cólera divina...

Habíamos tenido meses sin que una gota nos viniera del cielo. Secos los aljibes, un vapor de fiebre inundaba el aire. En los templos se rezaba día y noche. No había reposo. ¡Bendita Virgen de la Chiquinquirá! ¿Te has vuelto sorda? ¿Qué hicimos tus fieles?

—La flagelación... —dijo el Vicario. El Altísimo pide procesión de flagelantes... ¡Hay que mortificar la carne!

El decreto era extenso y lo escuchamos en la Catedral, sintiendo que cada palabra era como un buey que quería reventarnos dentro del pecho, una catapulta altisonante. El Vicario hablaba y golpeaba el púlpito: —Hemos pecado. El Altísimo Señor ya no lo soporta, tendrán hombres y mujeres que presentarse, provistos de gruesas disciplinas, para que se flagelen públicamente las espaldas, además de llevar cruces y maderos pesados, cuya conducción sirva, igualmente, de mortificación al cuerpo...

Maracaibo hervía. Debían ser cuatro noches de flagelantes en procesión, hombres y mujeres. El Gobernador de Provincias, Alonso del Río, estaba escandalizado. Mandó llamar al Vicario.

El Vicario lo miraba como desde una montaña. —Obedezco órdenes dictadas por un poder mayor que el suyo, señor Gobernador, si lo desea hágame encarcelar, pero no me retracto.

El Gobernador, hombre cauto y sencillo, temía que todo llegara al conocimiento del Rey de España, y ya sabía de la soberana mano justiciera de Carlos III... y le temía. Esperó y volvió a imploorar la voz del Vicario.

—Al menos las mujeres, que no den ese espectáculo, ellas no.

A nombre de la mismísima Virgencita de la Chiquinquirá, la Virgen Chinita, se lo pidió. Y el Vicario, desde las alturas, contestó un *no* solemne de movimiento de la cabeza. El Vicario estaba sordo o sólo oía la voz del Altísimo.

Las procesiones comenzaron.

El primer día eran hombres solos. Las visiones aterradoras de esas horas son sólo semejantes a lo que debe ocurrir en las mismísimas pailas del infierno, gritos encajados y los golpes sobre la carne, hierro a sangre. Pero nada. La lluvia no vino en nuestro amparo. Los pecados eran demasiados, y aquellos que dedicaban el cuerpo para razón del sustento eran mirados poco más o menos que comoapestados, infectos.

El Vicario y los curas de toda la ciudad continuaban con la tarea, el segundo día, o mejor, la segunda noche, puesto que el orden de la oscuridad era parte del rito, la presencia de las mujeres

hizo crecer la masa de sayas blancas y pies descalzos destrozados, que marchaban su pena por esas calles sin Dios.

En medio de aquel espectáculo, francamente infernal, pude ver cómo, en aras de la penitencia, una columna humana parecía ser más merecedora del dolor que el resto. Eran ellas mujeres quienes, más que unidas al grupo por propio acto de contrición, parecían arrastradas por los otros. Habían sido totalmente despojadas de su vestimenta, sin cubrirseles a cambio con género alguno. En sus cuerpos se hacía difícil distinguir un fragmento de piel que no estuviera embadurnado de esa sustancia pegostosa formada por el amasijo de su sangre y la tierra del camino. Con los látigos y las varillas afiladas, y al ritmo de las lamentaciones, que alcanzaban la polifonía de un canto, aquellas mujeres resultaban un espectáculo verdaderamente digno de lástima.

Entonces ocurrió.

Descubrí entre ellas a Ana María, llamada la Tuna, por cuyo perfume y de cuyas espinas pasaré pronto a relatarte, y que es el motivo real por el cual me he remitido a darte cuenta en este enero de 1770, que nos ocupa.

Era pequeña esta mujer, con ojos asombrosamente crecidos (tanto que constituían el motivo central de atención en ella), sus manos eran diminutas, más tarde me asombraría descubrir lo que aquéllas eran capaces de hacer. En medio de los empujones, los insultos de palabra, y sobre todo el flagelo de que era víctima, la figura de la Tuna parecía hacerse más frágil, tanto así que ello motivó nada menos que a Juan David Nau, llamado hijo del Olonés, a apiadarse de ella, y en consecuencia, a entrar en trato conmigo, Cristóbal Martín, sobreviviente al que hoy te remites para enterarte de paso y bienaventuranza.

Estaba Juan David como uno de los pocos que se atrevían a ser testigos presenciales de aquella deprimente procesión para calmar la ira del Altísimo, cuando no se sabe qué fibra del caído corazón le tocó la mirada lastimera de aquella desventurada, que sin pensarlo el mentado se introdujo entre las gentes, y ¡Oh, blasfemia!, a empellones rescató a la Tuna de quienes la latigaban

y vejaban. Sacándola fuera de procesión con la rapidez que utiliza una rata de puerto para conseguir alimento, llevósela lo más lejos posible en sincronizada carrera, atrapándola en lo que debió ser el cielo de sus brazos, para aquella mujer.

La ira de Carlos III había nacido del matrimonio de Felipe V en segundas nupcias con la ambiciosa Isabel de Farenio, quien aún sin conocer las grandes dotes futuras de su hijo gobernante, desde siempre aspiraba a una corona para él. Y por ello se dirigió a los ducados de Parma y Toscana, cuyo príncipe reinante no tenía sucesión por órdenes del destino. Entonces, Carlos, antes de los veinte años pasó a ser nombrado soberano de Nápoles, coronado en Palermo, donde largamente reinó, y luego le tocó venirse a España, a ocupar la corona durante veintinueve años. Su poder era absoluto y se había ganado abierta o soterradamente en ocasiones, las voluntades de todos.

Cuando vinieron a avisarle lo ocurrido en Maracaibo, una de sus provincias más queridas, había salido en una jornada de cacería de venados de cornamenta alta (los que estaban escasos y eran su pasión); por otra parte, doña Isabel de Farenio estaba francamente insoportable, exigiendo a los pinches de cocina que consiguiesen vino blanco de Flandes para la preparación del lenguado a la normanda. España ya había renunciado a su dominio sobre Flandes en 1714, con la paz de Utrecht, pero eso doña Isabel no podía entenderlo. Y para colmo, en la mañana, el Rey había tenido una reunión con la Junta de Comerciantes Catalanes quienes le pedían el monopolio del comercio con América, y don Carlos los disuadió de tal actitud sabiendo, sin embargo, que tarde o temprano lo convencerían de tal decisión. De manera que al saber lo del escándalo de los flagelantes en Maracaibo su cabeza intentaba corresponder a asuntos muy diversos y no menos importantes. Se le ocurrieron tres cosas: la una, que sí le daría lo pedido a los catalanes pero para 1778; la segunda, que expulsaría a los jesuitas de España, quienes ya estaban propasándose en sus decisiones de poder eclesiástico sobre los fieles, ignorando el poder de la monarquía, y esta idea, por consecuencia directa, lo llevó a

enviar de inmediato una ordenanza a la Provincia de Maracaibo y a ese Alonso del Río que se había dejado faltar la autoridad. Mandó buscar a su escribiente y le dictó sin más pérdida de tiempo un mensaje para su Secretario de ultramar: «Diga usted al Gobernador de Maracaibo que sea ésta la primera y última vez que salgan las mujeres en penitencia escandalosa, que no haya procesión de ninguna especie sin la licencia concedida por el Obispo, y que cuanto dispongan el Vicario y curas de Maracaibo tiene que ser sometido al dictamen de su Gobernador.»

Carlos III hizo una pausa en el dictado, caminaba agitado y sudaba dentro de su atuendo de cazador.

«En cuanto a los sacerdotes autores de tamaño escándalo, mando que sean sometidos a juicio por haber desobedecido las sinodales de obispado de Caracas, pauta que debía servir en caso semejante... He dicho».

El tercer asunto que se le ocurrió fue relativo a la necesidad de fomentar el parentesco y la amistad con la rama de los Austria, en busca de mantener una remesa de vino blanco de Flandes en las bodegas de la cocina real y evitar discusiones ordinarias con su madre por el lenguado a la normanda, discusiones que tarde o temprano iban en perjuicio de su propia salud.

Volvamos, pues, a esa noche de enero de 1770, en Maracaibo, días antes de la furia del soberano, cuando Juan David Nau, hijo del Olonés, huye hacia los suburbios del puerto, llevándose con él casi desnuda a la Tuna, Ana María, quien, y paso a relatarte origen y ascendencia, trabajaba en el burdel de Diómedes, llamado «La Reina del Caribe», desde que poseía recuerdo. Diómedes, el viejo, hacía de padre, abuelo y amante, rara vez contestaba preguntas a sus protegidas (las que, por lo demás, rara vez se las formulaban).

El Olonés hijo, y la Tuna, sin comunicárselo oralmente, llegaron a la conclusión indiscutible de que debían resolver dos circunstancias: esconderse de las autoridades eclesiásticas y buscar alimento.

En la Calle Ancha, cerca del mercado, y la Calle El Milagro, podrían apertrecharse de un jurel, una corvina o una lisa cocida

en hojas de bijao. Tuna le contó a Olonés acerca de Eduilena, la cantora, una vieja bruja que ejercía el arte de fumar el tabaco con la candela hacia dentro, leer la borra del café y preparar el mejor pescado de todas las costas antillanas conocidas. Y allá se aparecieron como dos benditos.

Eduilena, alcahueta y lujuriosa siempre, buscó un rincón para la pareja, les alimentó (cerciorándose de que los pesos que le daba el macho eran verdaderos mordiéndolos por un costado, aunque sudados y mal olientes) y entre el brillo tibio de las hojas de bijao, y la humedad de la cerveza en los labios, que la Tuna se limpiaba de vez en cuando con el dorso de la mano, entre risas y parloteo, la historia de Olonés hijo y la del padre se hicieron presentes esa noche. Susurraba el marino su cuento a intervalos, en una jornada de cuerpo a cuerpo que resultó principesca, y que sorprendió sobremanera a la muchacha quien pensaba que ya había visto y sentido todo el haber en cuanto a humedades dentro y fuera, y en cuanto a maneras de ser palpada o de palpar con mano, palma y dorso, o lengua, punta y reverso, y con todo aquello pues, que los cuerpos de hombres y mujeres pueden y deben hacer desde que la historia es tal y es por tal.

Pero hablemos de lo que contaste Juan David, que de lo otro no hay manera de saber, real, si no es por motu proprio.

Dijo el Olonés ser hijo del otro filibustero, de distinguida estirpe, temido a todo lo largo y ancho de la costa del Caribe, y quien tuvo como cuartel general por siempre la isla de La Tortuga, cercana a Margarita, y a la pequeña Cubagua. Francés de origen, venía del poblado de Sables de Olonne, y de allí el apodo. Sus hazañas eran harto conocidas en la zona, por lo menos desde hacía dos generaciones y es por ello que Ana María, La Tuna, no tuvo más que estremecerse cuando escuchó a su amante remitirse al padre (cosa que a mí, como relator, me conmovió puesto que probaba que la amaba desde el primer instante, dado que se trataba de un pirata revelando a una desconocida su identidad verdadera). En la barra de «La Reina del Caribe», las historias de Olonés padre eran

patrimonio de cuanto marino por allí pasara, y ella había escuchado tales horrores del mismo que ya nada podía sorprenderle al respecto. Había comenzado con una tripulación de veintinueve hombres por las costas de los cayos del Norte y había terminado por manejar a más de cuatrocientos filibusteros, y el verdadero terror de los bergantines españoles y de cuanta embarcación se atreviera a cruzar las aguas antillanas, era un solo nombre: el Olonés. Con su compañero: Miguel, el Vascongado, habían dirigido siete barcos con tripulación armada de pistolas, fusiles y mosquetes. Pueblo a donde llegaban era pueblo que perdía las campanas de su iglesia, las que serían fundidas para vender el metal. El Olonés no mantenía prisioneros —si los haces prisioneros y sobreviven, se vengarán, decía. Prefería por tanto, degollar a los vencidos.

Juan David, hijo, relata en la semipenumbra del rancho a su nueva novia que aquella actitud de su padre tuvo origen en una antigua afrenta en tiempos de juventud, en una ocasión, en que, siendo parte de una primera tripulación filibustera, se había salvado de un asalto definitivo de un buque español, embadurnándose de sangre y haciéndose pasar por muerto, pero contemplando tras el disfraz, el proceso de degüello de cada uno de sus camaradas en manos de los victoriosos. Desde ese momento juró vengarse.

Ya a medio dormir, agotado por la jornada amorosa y hablando a media lengua, Juan David contó a la Tuna su propio origen: engendrado en el vientre de una nativa panameña, país en donde Olonés padre escalaba cada tanto, en su búsqueda anual del Cabo de la Gracia de Dios, recordábale el hijo como padre lisonjero y tierno, quien traía regalos de escandalosa exuberancia tanto a la madre como a él, en esporádicas pero cumplidoras visitas. Quedóse dormido el filibustero cuando comenzaba a relatar los pormenores de la desaparición de este padre amantísimo, y ella sólo alcanzó a escucharle algo relativo al encallar en un arrecife que obligó a la tripulación a descender en tierra firme y construir ranchos de materia costera, hasta que el solo día siguiente les daría las señales de lo que les deparaba el destino.

Volviendo entonces al Vicario y sus fieles deberíamos saber que éstos no tenían ahora mucho tiempo para averiguar ni idear castigo para quienes abandonasen el flagelo a medio camino, puesto que la cólera de Carlos III había traído consecuencias peores. Pero la desaparición de Ana María, alias la Tuna, afecta a alguien en particular aparte de algunos asiduos clientes de «La Reina del Caribe». Hablemos de Diómedes, regente y señor de lugar, asiduo lector de François Villon, un fulano del siglo XV, quien había escrito cosas extrañas, las que finalmente aparentaban ser premoniciones de todo lo que pasaba en «La Reina del Caribe». Entre las cosas que añoraría la Tuna, de esa su casa, estarían esos poemas de Villon y el relato que solía hacerle Diómedes de la vida de Juana de Arco, con quien ella soñaba una y otra vez imaginándosela en la escena de la quema pero con su propio rostro, mártir incomprendida para el futuro reconocimiento en la cúspide de la fama. En su presente con el Olonés pensó por un instante que Diómedes debía de estarla buscando, por la Calle de Mochila y la Calle Derecha, y la Calle del Aljibe de Los Olivos, y ella, tan de madrugada, iba ya vía al puerto, del brazo de su galán, quien la amaba desde la aventura de la noche, y que se disponía a embarcarla en su bergantín, vía Jamaica y para cuyo caso Eduilena le había prestado ropas masculinas (puesto que las leyes de piratería prohibían mujeres a bordo) y Juan David siempre ágil de inteligencia habíale cortado el cabello, pensando en hacerle pasar por su nuevo «hombre de confianza» frente a la marinería de la embarcación.

Pero he aquí que me correspondía, a mí, Cristóbal Martín, nativo de Tenerife y brujo, entrar en la escena, después de haber pasado toda la noche recostado de la pared de bahareque del rancho de Eduilena, escuchando torturante gemido y diálogo, puesto que yo también había quedado prendido de la pequeña Tuna, habiéndola igualmente visto en aledaña procesión de flagelantes.

Resulta que mi ánimo está dividido: por un lado reconozco que había visto tiempos ha a la Tuna, mentada Ana María, que apenas lo he descubierto en la madrugada, por otro lado entiendo

que no la había reconocido por no querer, quiero decir: que la sola posibilidad de verla convertida en razón de deseo para otro ha aumentado su valor frente a mis ojos... asunto de lo humano indiscifrable. Conozco más de cerca a la Tuna, la conozco cerquísima y escuchándola mientras se revolcaba con el Olonés hijo, me ha producido extrema excitación lacerante y memoria de mi propio contacto. ¿Quiero enfrentar al Olonés?, ¡en modo alguno!, no son mis métodos. A Diómedes debo alguna fidelidad de amigo, de historias de borrachera, de sentires nada terrenos. Un pensamiento me asalta: la Tuna no puede irse y dejar un pozo de ausencia al poeta de «La Reina del Caribe». Inesperadamente el coraje me cobija y, sin que nadie me detenga, sin que yo me lo explique, me entrometo en el camino mismo de los dos amantes, los detengo. Juan David me arremete sorprendido, la Tuna tiene un gesto: —¿Qué pasa? Hablo aceleradamente y sin parar de Diómedes, de «La Reina del Caribe», del Callejón de Brasil, de la Ciudad de los Muertos, de la Calle Derecha, del poema de François Villon al reino de Alejandro Magno, de las hojas de bijao y de los flagelantes y no sé de cuántas cosas más, hablo sin saber si me entienden, como si la Torre de Babel fuera mía, me la tomo mía, me tomo mía a la Tuna como si fuera su padre y Diómedes su abuelo, me tomo como mía a Maracaibo, a Gibraltar, a la mismísima Virgen de la Chiquinquirá. El Olonés me mira. Me entiende y no. Pero quiere salir del asunto. Pregunta dónde está el Diómedes ese. Y si el Villon lo acompaña, y que dos para uno es trampa, pregunta dónde queda «La Reina del Caribe» y quiere que lo lleve hasta allá. No sé ni cómo vamos caminando por la calle del Lago vía del puerto al burdel del poeta, hay sol en una mañana espléndida y hasta he olvidado que precisamente hace meses que no llueve. Pero comienza una llovizna como gratuita, y vendrá el arco iris, se me ocurre. Casi toco el pulso de Juan David Nau, es sangre que golpea, va al ritmo rápido de su caminata, ella, la Tuna, al otro lado. Siento que me gusta esta mujer, que estoy loco por ella. Ella camina sin importarle nada. Pasamos la calle del mercado. Mujeres con cestas gigantescas sobre la cabeza, venden

corvina, bocachico, lisa... grandes racimos de plátano colocan el verde que contrasta con el azul de la laguna. Si no fuera por la garúa parece que nada hubiera ocurrido anoche. Los soldados del Gobernador pasean en su ronda normal. Llegan piraguas del otro lado de la laguna, trayendo mercancía, hay movimiento en el puerto y todos disfrutan de la llovizna, hasta los colores del arco iris pueden distinguirse. Aroma de especias y de sol, hasta de ron bueno y guayaba, plátano maduro, pescado fresco. Todo acompaña este paso acelerado del hombre y la mujer, a mi lado. Estoy a punto de arrepentirme.

Soy orgulloso. Sé reconocer cuándo estoy realizando un acto donde es mi única voluntad lo que capea, la fuerza me ilumina y me señala que detrás de este día mi destino cambiará. Sé acatar tales dictámenes. Voy hacia mi futuro. No importa cuál sea.

Hemos llegado a «La Reina del Caribe», Diómedes no está. Camila, Artemisa y Tibisay merodean por la entrada. Miran a la Tuna con extrañeza.

—Te hacíamos muerta a palos —dijo una de ellas. La Tuna no se inmutó. Entró a buscar sus cosas y regresó con ellas: un hatillo informe con ropa y algún recuerdo del que tuve conocimiento más tarde.

Insistí en preguntar por Diómedes, tenía que justificar de alguna forma, para seguridad de Olonés hijo, el viaje hasta el lugar. Las mujeres nos miraban extrañadas. La Tibisay dio un paso adelante: —Le dijeron que el Olonés hijo, lo andaba buscando... y se escondió.

—¿No saben dónde?, preguntó Juan David. Nadie respondió esta vez.

El Olonés había mandado un heraldo de sus hombres de la goleta «Flor de un día», para notificar que lo esperaran pues había decidido reclutar algunos nuevos refuerzos para la empresa de las Bahamas. Con ello se daba a sí mismo y a Diómedes, tiempo para resolver el asunto, que se había convertido en razón ética para continuar la vida de ambos. Lo buscábamos por cielo y tierra. Diómedes no apareció.

El Olonés con el transcurso del día, la preguntadera, la fuerte resolana, las caminatas, la intromisión entre gentes y asuntos que le resultaban ajenos, el apremio por sus negocios propios, ha llegado, con la caída de la tarde, al borde del desespero (lo que en él se traduce en rabia profunda, en violencia, y las venas sobresalen a lo largo y ancho de su piel, de su frente, como culebrillas azules).

Me detiene su garra, su mano crispada agarra de un envión mi propio hombro delgado cuando vamos pasando por la puerta principal del templo de San Felipe. La Tuna nos mira asustada, en el transcurso del día se ha dado entre nosotros una extraña complicidad, me doy cuenta de que le teme al Olonés, lo ama pero le teme, lo quiere su protector pero le teme, la paisanería en cambio nos ha hermanado frente a este hombre, a quien yo también he comenzado a temer. El aspecto del susodicho no es para menos. Al detenerse se emplaza en la cara, con su acento caribeño. Dice que no sigue, que no entiende la búsqueda, y que me reta a sustituir a Diómedes. Me quedo de una pieza. Ahora no entiendo mi papel en la escena, el que el Olonés quiere endilgarme.

Parece ser que se trata ahora de un asunto de honor del pirata. Las cartas están echadas, yo debo pelear con él. Nos trasladamos a la cañada de Brasil, en las cercanías de «La Reina del Caribe». Estoy extenuado pero me sostiene la fuerza del destino, igual que a Tuna. Ahora sé que ella era capaz de acatar las mismas visiones: también sabía de nuestro mutuo destino al lado del Olonés.

Juan David escogió el sitio, ya llegando al lugar me hizo amarrar la siniestra, en la diestra sostendríamos las dagas. Antes que testigos y padrinos del vecindario nos soltasen para empezar aquel peculiar duelo, el Olonés estableció una premisa juramental: —Uno de los dos debía morir. El vencedor tenía derecho a perdonar la vida del otro sólo cambiando la muerte por el servicio y vasallaje, hasta que circunstancia peculiar se produjera y el victimario le salvara la vida al vencedor, sólo así se concedería el perdón. Me empujó, dando por entendido el trato y la pelea comenzó.

No tengo conciencia del número de horas, minutos o segundos que duró aquello. Desde el inicio mismo ya sabíame víctima final, y

me encomendaba a la Virgen de la Chiquinquirá haciendo acto de contrición con todos mis pecados a cuestas. Entre gritos y ovaciones me recuerdo caer al piso, cuerpo reptante, el Olonés sobre mí, en su mano fuerte y firme la daga cortante, cerré los ojos. El Olonés habló entonces, me perdonaba la vida, me condenaba a seguirle, pero debía castigarme de manera que yo no olvidara nunca mi cometido, despojándome de una parte de mí mismo que yo sustituyera con su propia presencia, entonces mutiló mi mano izquierda. Sí, ahora sabes de dónde viene esta carnecita, el porqué del muñón y el garfio que tan diestramente, con el tiempo, aprendí a manejar.

La gente nos miraba con terror, debo haberme desmayado por el dolor, al despertarme tenía a la Tuna a mi lado, untándome no sé qué cosa, el muñón envuelto entre trapos extraídos de su hatillo, y mi mano tirada en la tierra. Me dijo que tuviera fuerzas y me dio a beber un cocuy oscuro. El Olonés nos miraba, de pie. Nunca podré olvidar el dolor y mi deseo de dejarme caer paso a paso. La Tuna llevaba entre sus manos la mía, y delante caminaba Juan David, quien se detenía a cada tanto y hablaba a alguno, luego supe que pidiendo orientación para llegar al lugar escogido. Finalmente estábamos frente al olivo de Buena Vista, el gran olivo despedía sus ramas a diestra y siniestra. Juan David con una pala cayó al pie del árbol y yo me dejé caer a tierra y dormí lo que pude, la Tuna insistía con la botella en mi boca en que sorbiera el cocuy. Supe que mi mano izquierda fe enterrada allí, y ahora sabes también de la relación entre eso y las imágenes fantasmagóricas de ese miembro que, cuentan los lugareños, algunas noches golpea puertas y asume tareas justicieras en la zona, que se ha vuelto figura de santidad y temeridad entre los marabinos todos. Yo vine a tener noticia de ello años más tarde.

No descansamos, había que llegar a «Flor de un día», la goleta cuya tripulación esperaba al Olonés con ansiedad. Entre los dos me llevaban casi a rastras. Al día siguiente, cuando recuperé la razón, supe que el varonil disfraz de la Tuna había tenido éxito, y de mi papel en el disimulo del secreto. Para la tripulación se llamaba José María, el mudo, y efectivamente, no hablaba. Él (ella)

y yo, éramos los nuevos integrantes de la escuadra de filibusteros que comandaba Juan David Nau, el Olonés hijo.

Zarpamos. «Flor de un día» era un bergantín con cuarenta hombres (cuarenta y dos ahora), y fuimos rumbo a Nueva Espada o Cabo del Engaño a encontrarnos con el capitán Mendieta, un pirata habanero muy ducho en su arte, con quien el Olonés había planificado el asalto a una flota inglesa en la vía de las Bahamas.

Largos días de navegación, sobre el mar Caribe un incandescente sol que transformaba nuestro ánimo. Llegamos a Cabo del Engaño en Santo Domingo, y ya junto a la embarcación de Mendieta nos dimos a la caza de la flota inglesa: once bajeles por ciento veinte hombres quienes fueron decapitados uno a uno. El hijo del Olonés respetaba las leyes de su padre... Dimos la vuelta a las Bahamas para entrar en Cuba, en donde Mendieta vendería el botín. Estuvimos días en Marianao, en los cuales la Tuna y yo tuvimos tiempo para prodigarnos cuidados mutuos. Pero ya éramos otros. Maracaibo era un recuerdo que tendíamos a idealizar, ya lo sabía pero era como la infancia: como la tajada dulce que se nos había perdido en algún lugar del mundo. Nuestro presente era el de ser perseguidos de la justicia, por mi cabeza y la de José María (la Tuna) ya ofrecían grandes cantidades de pesos (nunca iguales por supuesto a las sumas que ofrecían por la de Mendieta o la del Olonés).

La Tuna sabía pelear con destreza desde antes, aprendió en «La Reina del Caribe», pero Juan David le enseñó artes varoniles en el gesto de la lucha que ella combinaba bien con su propio conocimiento. Se convirtió en un personaje temido por la misma tripulación, lo que impedía que la molestasen demasiado por su «amaneramiento». No dejaba de resultar extraño su aspecto de adolescente afectado. Pero tenía coraje y prestancia. Yo no me le quedaba muy atrás. El garfio que Juan David me hizo colocar en el muñón se convirtió en un arma mortífera. Nos respetaban.

Aprendimos las tácticas de pirata más comunes: llegar intempestivamente, rodear las bandas laterales de las fortalezas costaneras, obligarles a abrirnos las puertas de la ciudad, tomar

rehenes por escasas horas, cobrar botín, y si nos es pagado degollar a los prisioneros.

Entre una victoria y otra vivíamos: enfermedades, fiebres selváticas, pestes, perdíamos hombres y recuperábamos nueva flota en el asalto siguiente con los mismos cautivos. Pocas debilidades le vi a la Tuna: era de hierro y de oro al mismo tiempo. Nunca la entendí. Pero era su amigo, el único. Su relación con el Olonés era cada vez más la que se puede tener con un animal, sin palabras, sin mayores gestos, y la certeza, ¡eso sí!, de que se jugarían la cabeza uno por el otro. Los tres éramos inseparables. Yo poseía las palabras, el sentido, su sonido, ella estaba muda, y él era la sensualidad. La fuerza por delante, el tacto sobre el mundo. Con una larga navaja y la daga me encargaba de que su cabello estuviera siempre muy corto, más que el de los hombres de la tripulación. Ella bebía mejor que los machos, eso también lo aprendió en «La Reina del Caribe», y sabía de hierbajos y pócimas (se lo enseñó la vieja Eduilena). Con frecuencia le tocó encargarse de la artillería, y entonces sus dedos pequeños y menudos sostenían el plomo de los cañones con una habilidad asombrosa que le ganaba la inmediata obediencia de los cañoneros. Yo la veía poco a poco más callada aún (hablábamos sólo secretamente, pero hubo ya un tiempo en el que ni siquiera eso), sigilosa, triste. Pero supe siempre que no distinguía entre los propios estados de ánimo. Estaba incorporada a la vida y peleaba contra la muerte, así de sencillo.

Mendieta nos abandonó una madrugada. El día anterior habíamos asaltado un convoy holandés que navegaba frente a las costas de Martinica, con cuatro mil libras de plata, joyas y brocados. Agotados después de cuatro horas de combate habíamos decidido repartir el botín al día siguiente. Mendieta se lo llevó todo. Y también a la mitad de nuestros hombres. Se había regado entre la tripulación que Juan David había contraído la fiebre y que moriría, los hombres querían ser ricos, no serviría un cadáver para conducirlos a esa quimera. Se quedaron los más viejos a nuestro lado, los más fieles.

Juan David deliró día y noche. José María, la Tuna, no podía separarse de su cabecera. En el delirio contó un sueño o algo que pensamos lo era: su padre incendiaba una ciudad, justamente Gibraltar, le había prometido fuego a los moradores si no aparecía el oro y la plata. Las llamas se esparcían y en medio de ellas, en un alto de la colina la Tuna estaba amarrada a un mástil, y sus ojos aterrados nos mostraban el alcance del dolor, en la descripción del traje supimos que se trataba de Juana de Arco en la hoguera (la Tuna conservaba como último despojo de su hatillo de Maracaibo, una estampita de la Santa Juana que le había regalado Diómedes en una ocasión). Juan David pide a la Tuna que le dé de comer corvina en hojas de bijao. Está curado, la fiebre ha desaparecido.

Pero los males no terminan allí, un huracán esa misma noche arrastra el barco hacia el Golfo de Darién, malos presagios. Juan David sabe que allí murió su padre. Se ha mojado la pólvora que quedaba, la tripulación está desmoralizada, no hay fragata que navegue cerca y estamos quebrados. De esto han comido nuestros filibusteros... y no les gusta.

Logramos pasar el archipiélago de las Mulatas y alcanzar Puerto Manzanillo, ya el Olonés hijo camina sobre cubierta. Ese lugar le recuerda a su madre. Los piratas están extraños, ahora no sólo desconfían de su fuerza para conducirlos al próximo asalto, sino que chismean, hacen comentarios por lo bajo acerca de ese su «hombrecillo de confianza», José María sigue despertando dudas. Incitan a la Tuna a una pelea, no hay remedio, ella debe batirse cuerpo a cuerpo con el más brutal de todos, un tal Centurión, que siempre la miró de reajo.

Tuna entra en la bodega y trato de seguirla, se acomoda el bulto dentro de la funda del pantalón que simula el sexo, la veo dudar por primera vez en mi vida. Voltea, me mira, no puede sonreír. Subimos, daga y paño en manos. Ella se envuelve la siniestra y con la diestra y la daga se cuadra frente al Centurión... Ocurre algo inesperado. Juan David hace un gesto y detiene el inicio del combate. Todos los de la tripulación lo miramos. La Tuna le frunce el ceño, siento que ella da una orden, todo se detiene

unos segundos. No tengo recuerdo de mayor ternura entre Juan David y la Tuna que ese. Allí supe que realmente debía amarla y ella a él. El combate comenzó. Fue largo y mañoso, la Tuna venció no sé cómo, cortó el corpachón gigantesco de Centurión. Pero él le cruzó el rostro con su daga, y desde entonces para siempre una línea oscura dividió los dos ojos hermosos de Ana María, la Tuna, alias José María, esas dos lámparas tristes que aún me alumbran en sueños cuando hay noches de poca luna.

Logramos una pequeña victoria después; un galeón español. Tuvimos aceitunas y carne salada, pan blanco y vinos, y hasta cacao para vender al Gobernador de La Tortuga.

La Tuna empezó a disimular el peso de una repentina preñez con las camisas de Juan David. Yo temía un gesto, una mirada, cualquier cosa frente a los tripulantes que delataría a una futura madre entre nosotros, pero ella, enmudecida y sigilosa, se aislaba. Si no la necesitábamos para combate, fiesta o borrachera.

En una temporada encallamos en el arrecife y nos tocó de día salir a tierra firme a cazar monos y papagayos para el alimento, en la noche trabajamos en la lenta salida del barco de ese acantilado, la vi solitaria y me acerqué: cantaba una canción de cuna, pensé que perdía la razón, pero al ver acercarse a otro filibustero enmudeció de nuevo.

Logramos sacar el barco y nos dirigimos a Honduras, Juan David tenía en mente viajar hasta el Puerto de la Gracia de Dios, en un sueño de buscar la ciudad perdida de la que tanto hablaba su padre. Hicimos estación en San Juan del Norte y allí... sobrevino la desgracia.

Un correo nos seguía, habían avisado a la escuadra española de nuestro paradero, éramos una presa codiciada hacía bastante tiempo. Galeones de Punta Gorda y Limón, con tripulaciones armadas hasta los dientes vinieron a nuestro asalto. Y a la Tuna se le ocurrió parirte en esa triste noche.

En medio de la emboscada yo asistí ese parto, aún guardo la daga con la que corté el cordón que te unía a tu madre. Ella me pidió agonizante que te salvara, te escondí entre trapos y te saqué

de allí. Logré tierra firme. El asalto a nuestro bergantín no pudo ser más sangriento. Me oculté durante la noche en la misma costa, entre los matorrales y al día siguiente caminé y caminé, estaba en territorio de Costa Rica.

El destino de la Tuna y Juan David, hijo del Olonés, no pudo ser peor. Fueron desnudados y degollados. Sus cabezas expuestas por días en el propio puerto público de San Juan del Norte, y luego lo restante lanzado a los tiburones en señal aleccionadora.

Contigo cargué. Fui «toder» de una sola mano en Guapiles, Martina, Heredia, Alajuela. Me mantuve en los puertos, tú lo sabes, no sé vivir sin mirar el mar. Cargué mercancías, limpié cubiertas, aprendí a bajar la cabeza a su hora. Hice contigo lo que pude, perdona si no lo supe hacer mejor. Soñaba con volver a este Golfo de Coquivacoa, a Punta de Gallinas, Punta Espada, Castillete, Paraguaipoa, Sinamaica, San Rafael, Mara, Maracaibo. Quería venir a morir aquí. Y ya tú ves... Algunos deseos se ayudan solos. Ahora lo sabes todo, y yo puedo dejar tranquilo que me lleven al Redondo o al Cuadrado, o al mismísimo Corazón de Jesús. Ahora entiendo cuáles son los bajones del corazón que no se cuentan.



## **GOL DE CONTRATAQUE PARA DEFENSA VULNERABLE**

Yo estaba enamorada de Félix, el guardameta, y los gringos se habían metido en Camboya.

A ti te gustaba Orlando, sus anteojos cuadrados, calva y acento falconiano de Menemauroa. La Facultad ha sido declarada en proceso de reforma, y en el malecón de El Milagro se cuentan las «penas» frente a un lago inspiración de viejos poetas («Udón Pérez y Baralt, la pareja sin igual»), olor de plátanos, cielo raído, incendiado, y las aguas de tan oscuras que no se ven.

*Allí está el Félix en la cancha, defendiendo como un tigre de bengala. Los tiene confundidos con sus movimientos, se tropiezan unos con otros y él se va por arriba, siempre sonríe con el mechón cayendo sobre su frente.*

Lo que te gusta de Orlando es la seriedad. Él es el responsable de la «célula». Por ti que hubiera una redada y buscaran a Orlando para tú ofrecer tu casa «concha» y así tenerlo tuyo por horas y horas.

—*Ese fue un tiro fenomenal.*

—*Rivelino está durísimo.*

—*Se cayeron los checos con ésta.*

—*¿Quieres media pastilla para mantenernos esta noche?*

*Respondes con un movimiento afirmativo de cabeza.*

—*¡Coutinho, así se juega!*

Una tajada de queso americano y el resto de la jarra con limonada. El libro de filología romántica yace cadáver sobre mis piernas. Desde un balcón vecino suena *Chatarra*, la de Paul McCartney. A veces salgo con Rocco, la guitarra y un cantar bajito. Arquitectura: amanecen dormidos sobre los mesones del taller

los días en que hay entrega de «composición». Rocco está trabajando en un proyecto de plan de viviendas para los pescadores de los Puertos de Altagracia. Las tardes de la casa de la playa son un océano de sensaciones febriles.

Correr con la tibieza de la arena en la planta de los pies, saber del agua, de luces diferentes, no tener tiempo y espacio sino abierto, y ver el cielo cambiante en el caer de la tarde, para regresar a la ciudad.

Tú mamá todavía no descubre los frascos de dexedrina, yo misma no sé donde los escondes, de todos modos sospecho que si los encuentra nunca entenderá de qué se trata.

En casa sembré semillas de girasol en una maceta y esta mañana aparecieron los primeros brotes. Me regañas porque he llenado las márgenes del libro de «raíces griegas» con dibujitos burlones, y ayer nos tropezamos con Orlando en la cafetería y casi te desmayas, entonces te regañé yo, por tu obriedad (mira ¡qué palabras aprendo!).

Saquearon la residencia en donde vive Rocco, esta mañana, y se lo llevaron preso, al Gato, a Alfonso, a Pedro Vicente... a casi todos los del grupo, además «La Cobra» pasó y ametralló los cristales de las ventanas, en las paredes quedaron incrustados los proyectiles... Hoy amanecieron pintas por toda la ciudad.

El martes pasado nada más habíamos estado todos juntos viendo «La infancia de Iván» en el cine-club de Ingeniería. Por cierto que te quedaste dormida sobre mi hombro toda la película y yo pasé la noche con dolores musculares.

*Para mí que Félix es el mejor guardameta de la bolita del mundo, y de todas las galaxias. ¡Cómo sabe moverse! Sus ojos son lámparas atentas.*

*Félix se convierte en una pared y la pelota no pasa, Félix teje esa pared con la agilidad de sus piernas, salta, corre, mueve el mechón de cabello, tiene risa de muchacho sano-zanahoria.*

Tú muerdes el pedazo de pan con queso americano, hipnotizada, no das cuenta del paso por la garganta, del sabor de ese amarillo. Trato de fijar la mirada en las líneas del texto sobre mis

piernas, abierto hace horas en la materia a examen, pero las letras saltan, crecen, se disuelven, pasan a convertirse en un jeroglífico desconocido.

*Mis ojos, desde atrás de los cristales, vuelven al tórax de Félix, al torso de Félix, a las piernas de Félix (¿cómo serán las de Rocco?). La pelota viene y va por el campo, la tiene Coutinho. La juega a ritmo de samba con pasito corto, esquivando con la espalda al enemigo.*

—¡Vamos Coutinho! ¡Estamos contigo! ¡No te dejes dar un gol de contrataque!

Esta tarde repartimos los volantes contra la invasión a Camboya. Orlando habló desde una tarima que improvisamos en el pasillo frente al auditorio, también aludió al asunto de La Cobra. Ya soltaron a los muchachos, pero los maltrataron, Alfonso nos leyó algunas páginas de su diario en donde cuenta el asunto por dentro.

Después nos fugamos de la clase de latín para ir a ver «El submarino amarillo» en el cine Roxy. Ando con la carta de Jesús que recibí esta mañana para mostrártela, con él pasé unas lindas vacaciones en Lecherías y ahora escribe. El hielo de la limonada se ha derretido y no hay más en la nevera. Comienza diciendo: «desde que te fuiste ando en una depre...». Tú me muestras que el hecho de que no haya escrito la palabra completa es un indicio de que no está decidido a nada, y yo me pongo de pie para ir a buscar a la nevera un hielo que no existe y así disimular mi desilusión.

Hoy nos tomaremos el pasillo de la Escuela de Letras, el Enano Siniestro nos ensayó el coro («Maldigo la poesía concebida como un lujo/ primordial por los neutrales»), cantaremos y después Alfonso, encaramado en el escritorio-tarima leerá la parte de su diario relativa al allanamiento y los desmanes de la policía y La Cobra.

*Yo creo que la clave es Roberto Rivelino. Mira cómo pateo. El equipo traza la estrategia alrededor de Roberto. Él es el hombre-eje del partido. De acuerdo, tú dices: Pelé. Bien. Pelé vuela, no es humano, es un antílope, piernas y brazos largísimos, si Pelé toma la pelota no*

*hay para más nadie. Pero Rivelino es más cerebral, hace las jugadas conectadas, su estrategia es como un ballet.*

Jesús sabe besar muy bien. De que sabe, y cuando mueve las pestañotas, esas amarillas y lo mira a una... se me olvida hasta la hamburguesa del «Rey Rosca», y el examen de Lingüística II, y las tesis de Saussure, el *Manifiesto* de Bretón y... lo que sea. Jesús estudiaba ingeniería en la Universidad de Oriente. Y ¡hay que ver lo que cuesta atravesar un pasillo de ingeniería aquí en hora de receso!, hay que llenarse de coraje y decirle al corazón ¡andando! Teresa dice que lo que ocurre es que hay muy pocas mujeres en esa facultad, y entonces es como con los presos o los soldados encuartelados. Yo no sé, pero procuro evitar el trance las más de las veces.

De visitar a los camaradas en la cárcel me molesta la requisa. Las mujeres policías te palpan toda, como si se pudiera esconder algo en el último rincón, hasta allí quieren meterte los dedos, y después viene eso de revisar los paquetes, comida, libros y cigarrillos... y hay que tragar grueso cuando las ves deshacer, con agresividad exagerada, los pequeños bultos que uno ha preparado con tantas ganas y poniendo a jugar a la imaginación.

—*¡Fíjate lo que te dije: el lateral no regresó y dejó la defensa vulnerable! ¡Ahora el enemigo avanza!*

—*No te preocupes, Pelé se está tomando un tiempito de ventaja.*

—*Ahí viene su pase maestro.*

—*Mira como cabecea ese cruce de Rivelino.*

—*Gerson... ¡durísimo ahí!*

—*Este es tu gol, ¡Gerson!*

*Me levanto emocionada y el libro de Filología románica cae al piso.*

—*Pelé, ¡dale ese pase a Carlos Alberto!*

—*¡Mira la cara de asombro de los italianos!*

—*¡Eso, Carlos Alberto, así!*

*Nos abrazamos en un sólo grito:*

*¡Gooooooooooooo!!!!!!*

*Mañana nos aplazarán en Filología románica.*

Me imagino la cara de Álvaro cuando vea cómo le quemaron los pantalones en la tintorería... lo peor fue el descaro de la vieja Mendoza, me dijo: Sí tiene razón... es la marca de la plancha... y encendió un Belmont suave.

Yo miraba aquella figura oval, casi triangular, oscura en la pierna derecha del pantalón. Pero no hay garantía, (ella no respeta lo que se lee en el recibo azul) y me hablaba de pagar el daño con una cantidad que no da ni para comprar un parcho de la misma tela.

De verdad que no sé cual será la reacción de Álvaro, diez años viviendo con él y todavía no sé, seguramente se pondrá furioso y tirará la puerta. Lo usará como pretexto para desaparecer el fin de semana... al final cualquier cosa le sirve para hacerlo. Me pregunto por qué considera que necesita un pretexto si lo extraño sería justamente lo contrario, que la pasara con nosotros... la escena teatral podría titularse: *«Introducción-prólogo para huir misteriosamente antes que enfrentar fin de semana con familia...»* todos los viernes al mediodía cuando me dispongo a levantar la loza de la mesa después del almuerzo y traer el café de la cocina, todo mi cuerpo (oídos, corazón, etc.) automáticamente adquiere la disposición necesaria para escuchar el discurso de Álvaro alusivo a la circunstancia, desde una tarea imprevista de la oficina hasta la enfermedad de alguna tía que no estaba entre las ramas del árbol genealógico del que tengo información hasta ahora, como resultado él ha terminado por poseer la familia más fructífera, inesperada y de mala salud que pueda haber nacido sobre la faz de la tierra.

No sabía si aceptar o no el pantalón de vuelta a casa... se armó tal discusión en la tintorería y todos me miraban, me incomodó, pero... Álvaro insistió tanto en que le tuviera listo el pantalón de lino crudo para esta tarde... claro, hoy es viernes... viernes de fuga... ya lo sé... No importa, *hoy juega Maradona, sí, hoy sigue el Mundial. Veo a Maradona en la pantalla y lo demás lo soporto. Diego Armando Maradona y el mundo puede caerse.*

Pero debería ir pensando a dónde me llevo a los niños mañana sábado. Antes, tenía el escape a casa de papá, pero desde hace tres domingos eso se me acabó. Lo acabé yo, cuestión de orgullo. Sí, a pesar de todo a una le quedan gramos de orgullo, miligramos... lástima que sean para con el papá de una, justamente, que al final es el único qué... no sé, los hombres... Eso tampoco me gusta pensarlo, porque bien claro está que Álvaro no puede ser considerado justamente como un prototipo de hombre, como el modelo único quiero decir, eso sería injusto... con los otros, claro... En fin, papá. Papá y mi orgullo.

En cuanto Álvaro realizaba su escena teatral y daba el portazo, ya yo tenía listos a los niños y la señora Paulita para llenar el tanque de la gasolina y arrancar a Maracaibo, creo que batí todos los records de carreteras, para estar de regreso el domingo, para tenerlos a todos acomodaditos, por la llegada de Álvaro, lunes de madrugada como si no hubiera pasado nada. ¿Y qué más hacía?, esta ciudad no es la mía... y parece que diez años ni siquiera han servido para que me acostumbre a ella.

Con esto de la tintorería y la vieja Mendoza me sentí como *cuando el coreano le dio la patada a Maradona al comenzar el Mundial, ya Diego había mostrado sus alas, y el público lo aclamaba, cuando vino Cho Kwang-Rae y le dio un golpe bajo... yo sentía que él podía responder y seguir el balón, pero debía coger aire y volver a respirar antes...* han debido declararlo penalty, pero no, creo que el árbitro lo dejó pasar... Yo creo que podía ganar la pelea en la tintorería, pero me sentí intimidada... y las miradas... a la vez, allá en el fondo de mi estómago no había como mucha disposición para defender el pantalón, el lino, las pretensiones elegantes de Álvaro... y ahora, sin Maracaibo. ¿Lo que pasó?, muy sencillo... cuando iniciábamos el almuerzo y yo me sentaba a Alvarito sobre las rodillas para darle la sopa, mientras la señora Paulita se encargaba de Carlos Alberto y Felicia, sentí la mirada de papá... desde que llegué supe que algo iba a pasar entre nosotros... lo encontré en la sala leyendo el «Panorama», y al saludarlo me respondió con una especie de rugido corto que le conozco hace

años y que señala: bilis, mal humor, oscuridad... me aparté... Desde que mamá murió está más susceptible que nunca, pero se soporta y demasiada paciencia demuestra con todo, creo. Alvarito sacudió el plato y el contenido de auyama licuada saltó, nos bañó a todos, me apresuré a mojar una servilleta y secar lo que podía, pero papá ya estaba nervioso y dijo que no sé qué cosa con estos niños, y de la vida, y de... no sé, no recuerdo, o no quiero... el asunto pasó, Felicia le tiró un tenedor a Alberto, Alvarito no quiso comer más, y yo terminé dejándolos en el patio con el morrocoy y la manguera... y por supuesto, después de los gritos y rugidos, y el chapoteo, me fui al baño del cuarto de servicio, cerré la puerta, y me puse a llorar como una boba, sentada sobre el inodoro, cuando hago eso ¡santo remedio!, me lavo la cara y puedo salir afuera otra vez a la batalla. Y *más ahora con el Mundial, y Platini y Maradona y Burruchaga dando la nota.*

Prendí el televisor y me senté. Afuera estaba Paulita cuidándomelos y desde el lugar yo podía voltear y estar pendiente. Papá pasó cerca, venía de su estudio, con los lentes en la punta de la nariz y un libro en la mano pasó, volvió al rato, me miraba. Yo no podía quitar los ojos de la pantalla. *Maradona voló sobre Schumacher y Forsters para meter el gol...* Papá me muestra la portada de un libro y me pregunta no sé qué cosa... vuelve a preguntar... esquivo sus preguntas con monosílabos... *la pelota corre... los argentinos la persiguen... Maradona arriba...* papá se coloca entre el televisor y yo, me pregunta ahora cuándo fue la última vez que leí un libro, el titular de los periódicos, guardo silencio... ya sé a dónde va... se sienta, ironiza... Yo llegué a pensar que tú eras inteligente —dice, y me mira desde el «Monte Sinaí»... yo callo... «Tú mamá en cambio, siempre estuvo más clara que yo, ella nunca lo pensó»... sigo callada, tengo ganas de ir a vomitar al baño del cuarto de servicio... me gustaría que él se fuera y me dejara ver a Maradona, pienso... ojalá no sea otro embarazo, pienso otra vez, pero me río conmigo, será por «obra y gracia del Espíritu Santo», ironizo conmigo; me quiero ir, no miro a papá, pero volteo de un lado y

le hablo a la señora Paulita que está afuera en el patio: —Paulita, arréglemelos, que ya nos vamos.

Logro ponerme de pie. Papá no se interpone, sigue mirándome como desde el Monte Sinaí pero, de reojo descubro algo que llaman conmiseración en su mirada, y entonces, quisiera tener poderes mágicos y ya no estar aquí, pero hay que lavarles la cara, y arreglarles los tirantes, y casi explicarles por qué de pronto... Estamos ya en el carro, papá se queda parado en la reja, y me voy sin despedirme, los niños sí, cada uno le dio un beso al abuelo... Yo no sé como manejo, llorando toda la vía... Coro, escogí regresar por Coro, por la recta, para pensar en la recta, o para poder pensar en otra cosa, o justamente no dejarme pensar en nada. Porque si pienso existo, y... ¿para qué quiero existir?... se hace oscuro y me duele la espalda.

A dónde los llevaré mañana... al Parque Metropolitano, ¿a que vean las jaulas de los monos vacías?... a lo mejor al Acuario, a las diez y a las cuatro hacen número con las toninas mientras les dan de comer sardinas... pero ellos han visto eso mil veces y no van a aceptar.

Me fui al mercado y compré en la pescadería las mejores bocachicas que encontré. Hice gala de la preparación de bocachicas rellenas, las más deliciosas que he comido desde la cocina de mi abuela misma, allá en El Saladillo a media cuadra de la Basílica de la Chiquinquirá. Y no es que amparara ninguna esperanza, sabía de anteojo que Álvaro jamás iba a renunciar a su escena teatral de los viernes, pero... me empeñé en hacérselo hoy menos fácil... obligarlo a afinar el recurso, nada más.

La casa como una «tacita de plata» y con los niños, todo previsto, para que no hubiera situaciones demasiado exacerbantes y ruidosas, hasta acosté a dormir a Albertico más temprano para que el padre no tuviera ni que verlo (cuando Alberto nació, Álvaro reaccionó con violencia pero fue ignorando la situación en la medida en que los médicos dijeron que él niño podría, más lentamente de lo normal, ir adaptándose a la vida cotidiana como los otros... él puso demasiado optimismo, y ahora su actitud es

francamente agresiva hacia el pequeño, al punto en que refiero evitarle su presencia). Me vestí como le gusta, no estuve ni irónica ni irritable (tengo algunos métodos «arbolarios» para aparentar serenidad).

En sus ojos capté cierto desconcierto, pero su actitud de apuro era la misma de todos los viernes. Efectivamente, el pantalón de lino con la marca de la quemadura le sirvió como material para sus fines, y aun cuando yo intenté pronunciar mis parlamentos con la velocidad que la escena me exigía, Álvaro estuvo saliendo del apartamento con su maletín y su aroma de «hombre de mundo» a las dos y media de la tarde, como es habitual. El portazo de rigor se escuchó, y por primera vez me doy cuenta de que los niños ya hacen oído sordo al mismo, e igualmente Paulita.

Corrí entonces al receptor del televisor. Pasaban los comerciales antes del juego. Felicia está recortando con su tijera escolar el suplemento de muñequitos del periódico, va por el fantasma... recuerdo que a mí me gustaba leerlo. Le pido a Felicia que me busque en la habitación los periódicos que su papá dejó tirados en el piso, va y los trae. Evidentemente el regaño de papá ha hecho efecto, no recuerdo desde cuándo no reviso un periódico. Enciendo un Belmont, una bocanada, y estoy en el periódico. Leo avisos y cuanta cosa hay, cambió la diagramación y el tipo de titulaciones. De pronto me sorprende un nombre que me remueve cosas atrás. Rocco, un antiguo compañero de juega universitaria, aparece protestando con un grupo vecinal, hablan de la zona verde y el riesgo de contaminación por un asunto de una fábrica de jabón que se construye cerca de sus edificios. No ha cambiado mucho el Rocco... suspiro, doblo, y... *prefiero volver a Diego Armando Maradona, quien ahora se pasea como un pavo real por el campo de juego, con sus piernas de roca, tiene la sonrisa de los campesinos, sin tapujos, que brota sola.*

Paulita me dice que los niños quieren bajar al parque y que ella puede llevarlos y comprarles helados en la esquina para la merienda. Le doy algún dinero y la veo cargar a Alvarito y ponerle abrigo, se lo quito y lo hago yo misma. Felicia le hala los cabellos

a Alberto, la regañó y le recojo el suyo en una cola de caballo. Un beso a cada quien, y salen todos. Entonces, intento ya sola concentrarme en el partido que comienza... no puedo, algo no me deja. Apago y voy al cuarto. Me acuesto vestida sobre el cubrecamas. Enciendo otro cigarrillo. Me desvisto. Mi cama huele a mí, tiene mi olor. Palpo mis senos y están firmes. Amamantar a los niños no cambió las cosas, y han sido tres, ellos vuelven a su lugar, y tengo los pezones aún rosados. Nunca imaginé que los treinta y cinco fueran tan lujuriosos. Me sorprenden mis humedades. Ya sea que piense en Maradona o en Ignacio, el muchacho que pesa las verduras en el supermercado de arriba... En cambio mi cuello está tenso. Por ahí tengo un libro de acupuntura digital (he podido nombrarle ese a papá).

Deberían publicar avisos clasificados de masajistas hombres... Qué idioteces pienso... ¿por qué se dirá lubricar? Suena como a motor de carro. Debería irme a duchar ahora, y salir... sí, salir. Cuando muchacha me escapaba a la playa, eran playas muy cerca de Maracaibo, playa de lago, ahora nadie se baña allí, están prohibidas... hay contaminación, demasiada... se acabó el lago, las playas, esa luz...

Me baño... el maletín está allí tentándome... hace meses que lo pienso, creo que hasta he sentido vergüenza de pensarlo... a lo mejor otro lugar, hasta otro nombre... lo decido: un par de pantalones, ropa interior... el dinero que me queda para el mes... y ... No, mejor le dejo el dinero a Paulita, a los niños... Dejaré la luz del balcón encendida para que no se tropiecen al entrar...

Tengo un saltico en el estómago, como cuando organizábamos un mitin contra los gringos en Camboya... me llevo esta foto de los niños, fue a la salida del circo. Alberto tenía sueltas las trenzas de los zapatos, loco que es.

La conserje se me quedó mirando raro ¿o será idea mía?... y ahora, ¿a dónde? Tengo que buscar una vía en donde no me tropiece con Paulita y los niños.

La gente grita: ¡gooolll! Y todos los edificios vibran... ¿quién habrá anotado? Aquí en esta plaza, estaré a salvo, y si me siento

puedo pensar un poco... en este banco de arena aprendió a caminar Felicia, yo la dejaba allí y me sentaba a leer cartas, a revisar la prensa. Cartas, un día dejé de escribirlas, no tenía nada distinto que contar... Enciendo un cigarrillo y miro las parejas abrazadas en los bancos, podría reinventar sus diálogos una y otra vez, siempre se dice lo mismo... siempre.

Mejor camino un poco, eso ayuda a que vengan ideas a la cabeza, detrás del edificio del rectorado hay un lugar de comida rápida donde siempre hay mucha gente joven, me acercaré allí. Me gusta ver a los muchachos riéndose y diciendo cosas graciosas, me gusta tanto como ver a Maradona haciendo maromas en el campo. Aquí comen, los niños entran a la piscina de pelotas, y uno está como fuera del mundo, como si allá afuera, después de los cristales, todo fuese una película.

Me gustaría tener el pelo como esa niña, un afro, un esponjador, no tiene ni que peinarse, y esta ropa toda suelta y graciosa... debía tener quince años ahora y no cuando los tuve... o también cuando los tuve... bien, no debería ser injusta, era ¡tan divertido!

Me tomo un café, hago mi cola para oír conversaciones y risas. Un claro grande por favor... gracias... tomo una mesa con buena vista sobre la panorámica del lugar. Amarillos, rojos, azules, ¡qué audaces son con el color! Ojalá lo sean también con la vida... En la venta de galletas hay carteles enormes con unos gatos que se burlan de la gente que hace dieta... les haré caso y me como unos doscientos gramos de chocolate... los de cáncer comemos chocolates, eso dicen los astrólogos de las revistas «ligeras». Ojalá Paulina se acuerde de que no debe dejar a Felicia comer tanto chocolate, hoy no había amanecido bien del estómago, y después no duerme sino con pesadillas.

...Debe estar a mitad el juego de la final, ¡pensar que hoy se decidía el Mundial y yo aquí abandonando a mi ídolo!... podría caminar hasta la arepera de Mayantigo, allí tiene un televisor pequeño, frente al cual la gente se arrebata.

En esta barra no es muy fácil mantenerse a flote, y yo debo estar cómica con mi maletín a cuestas. De paso se me sienta el

borrachito al lado y lo primero que hace es decirme al oído: «cosa rica» ¡hazme tú el favor!, lo que me faltaba. El muchacho que abre las arepas y les pone el relleno me mira y se ríe en un gesto de complicidad. Pero... *ahí están los gloriosos uniformes de rayas azules y blancas contra las franelas verdes de los alemanes y ¡qué vivan las Malvinas! ¿Qué más da?... Allí va Valdano, ese metió un gol contra Bulgaria como un Dios... sigue, la pelota la tienen los alemanes... (El borrachito se me sienta en la de al lado y ya viene el primer codazo). Diego Armando Maradona con la pierna izquierda usa la zurda como estilete...*

Pido un café claro grande, como para disimular mi estadía en la barra... el muchacho le dice al borrachito que me deje tranquila. *Ruggeri está buscando centro, él también con los belgas se ganó un derechazo... ¡Ahí va Maradona, que saltó!...* Me tomo el café sin darme cuenta... Está oscureciendo, ¿habrá regresado Paulita con los niños?... Aquí hay un teléfono público, debo tener un sencillo, y así me quito de encima el borrachito del hombro... casi se cae... Aló, aló... ¿Paulita? ¿Cómo están todos? ¿Merendaron?... ¡señora! me dice el de las arepas... Señora, mire, no se la pierda... *Volteo y veo a Maradona en la pantalla haciendo un pase maestro para darle la pelota a Burruchaga...* Es tu mamá, yo quiero hablarle —mamá, yo quiero cenar mi sándwich con pasta de hígado y Paulita no me deja... *Burruchaga corre, va hacia la mitad de la cancha...* mi amor, no te puede dejar porque tú estás mal del estómago... Mamá, Alberto se cayó en el parque y se rompió la rodilla ¿fue mucho?... tiene un poquito de sangre... *Burruchaga sigue, tiene encima a Schumacher y Briegel, la cámara se acerca en plano americano, están en el momento decisivo del partido, de aquí a la copa...* ¡Mamá, vente, no me duermo si no vienes, voy a tener pesadillas!... *¡Así, así Burruchaga! ¡gooolll!* Todo el Mayantigo se levanta en un solo grito, el muchacho suelta la arepa y el borrachito se me viene a recostar encima, yo estoy de pie con el auricular del teléfono, paralizada: —Mamá, mamá, ¿te vienes?

La cámara se mueve en una zona de alejamiento, y estoy allí, con el auricular en la mano, mientras a Burruchaga lo llevan en hombros sus compañeros, por el campo de juego.



## **AGUAS PERMANENTES**

*Huir al menos  
A lejana cumbre  
Para librarme de lo que no puedo  
esquivar ya, aunque quisiera.*

PETRARCA

*El agua de un riachuelo verdadero  
Nunca terminará  
Aunque corra.*

POESÍA ANÓNIMA DE MONGOLIA

El aspirante al título lanza un rechazo sensacional y el público se pone de pie. Pero el campeón hace gala de su doble juego y en segundos el aspirante cae al piso con el arco superciliar derecho destrozado, la sangre brota, el árbitro separa, y el público, aún de pie, grita.

*Es la cosecha de arroz de 1959, las mujeres inclinadas, con agua hasta más arriba de los tobillos, hacen su tarea. Yang Sun Nyo respira con dificultad, el embarazo avanzado le anuncia el final, se yergue y retira su sombrero en forma de cono, para secarse el sudor de la frente con el antebrazo, el sol resplandece. Un cielo con apenas nubes dispersas ve retirarse a la mujer rodeada de dos compañeras de faena. Ese 20 de julio nacerá un varón, se llamará Kim Duk Koo.*

El campeón en este round quiere arrollar. El aspirante se ha metido en su terreno, escupe sangre y recibe castigo, el árbitro vuelve a separar. Se abrazan cuerpo a cuerpo. Suena la campana. Décimotercer round.

*Ray Mancini contempla a su madre en el interior de la panadería, ella seca el sudor de su frente empolvada de blanca harina, él evade las palabras porque ella habla con reproche pidiéndole que no intente buscar camorra en el barrio, ni haga creces del poder de su puño de hierro. Rossana Mancini sabe ya de las andanzas de su hijo, convertido en semanas en el capo de los mozalbetes de la zona y que este reinado le ha otorgado la oportunidad de bucear entre las piernas de la bella Carmelina la ragazza de la licorería, entre aromas de vino y albahaca. Ray, sigue sin escuchar y contempla a su madre con ternura, y piensa en el aroma del pan y en los años que le esperan.*

Salta y hace pases en el cuadrilátero. Los rostros y el cuerpo están cubiertos de un sudor que resplandece bajo los reflectores. Estamos en el décimocuarto y antepenúltimo round pautado para quince asaltos. Mancini ha desbordado todos los recursos defensivos de su rival.

Kim cae... viene el árbitro y cuenta.

*Los ciruelos dejan caer las hojas del otoño sobre la grama del parque en Seúl. Kim pregunta a la delicada Lee, en esta tarde de septiembre. ¿Me querrás siempre?*

*La joven mira el cielo circundante, lánguidamente, y responde: El agua de un riachuelo verdadero/ nunca terminará/ aunque corra.*

Los focos destellan sobre el cuadrilátero. El locutor habla apresurado, se ahoga con el corbatín y la gente.

Las cámaras de televisión se aproximan con mayor inquina. Los enfermeros suben con la camilla. Kim sigue inconsciente. Ray es levantado en hombros. Los camilleros atraviesan el público llevando a Kim, salen de la edificación, van a la ambulancia, todo es ruido y luces alrededor. La ambulancia aúlla, van al Desert Springs Hospital. Hoy es sábado y 13 de noviembre de 1982.

El neurocirujano ha retirado, ayer domingo, un coágulo enorme del cerebro del púgil. Las costas del mar Amarillo rodean

Corea del Sur. Una diminuta mujer, envuelta en kimono blanco, mira el horizonte.

Ella lo ha visto todo desde el cuadrado pulido de la pantalla del televisor.

*En Catania, Sicilia, mar Mediterráneo, Ray contempla distraído a Rossana, su madre, ha engordado a través de los años, pero aún conserva la sensualidad de su boca de gruesos labios y la picardía inesperada de su mirada.*

*Sentada en la silla de mimbre, levanta la cabeza al cielo y deja que el salado aire marino desordene su cabellera antaño rubia, ahora gris. Ray palpa los nudillos de su mano derecha e inevitablemente su pensamiento vuela hasta el cuadrilátero del Caesar's Palace, y el recuerdo del diminuto y ágil coreano frente a él, haciendo un salto de rana y demostrando la agilidad de su brazo izquierdo.*

El neurocirujano ha explicado hace escasos segundos a la señora Yang Sun Nyo, el estado de su hijo... cinco días de vida vegetativa, ahora observa con sorpresa la fuerza de aquel cuerpo menudo de sesenta y cinco años de edad, que deja desmayadas las manos sobre el regazo y aparentemente no escucha más, refleja en el fondo plomizo de sus ojos una imprevisible firmeza serena, el neurocirujano piensa en el agua... la que, por su naturaleza blanda y flexible, cuando ataca a lo duro y a lo rígido, prueba ser más poderosa que éstos...

*El abuelo anciano toma en su mano un racimo de uvas y lo brinda a Ray, Ray lo toma en su mano y al comerlo golosamente deja que el néctar violáceo riegue su mandíbula. Ambos ríen. Ray juega cuadrándose frente al abuelo, le hace unos pases, le mete un gancho izquierdo, el abuelo, grande como un oso, lo ataca por dentro con un derechazo, se abrazan limpiando el zumo de la uva de sus rostros, y entre el sudor y el morado empalagoso, Ray sabe que acaba de morir, un pájaro de mal agüero cruza el cielo de Catania.*

Dos enfermeras y un ayudante, bajo las indicaciones del neurocirujano, procedieron a retirar al joven Duk Koo Kim las conexiones a los aparatos que lo mantenían artificialmente en

vida. Ahora intervendrán los médicos especialistas en trasplantes de órganos humanos.

La señora Yang Sun Nyo, bajo los focos resplandecientes que iluminan el estudio de televisión, rodeada de periodistas que la asedian, acaba de admitir la muerte de su hijo. Levanta serena-mente su cabeza, observa un instante la concurrencia, y declara, sin inmutarse: —Mi hijo se comportó con valentía... el mejor honor que puedo ofrecerle es prolongar su espíritu combativo.

Un puesto de periódicos de New York, la revista *The Ring* ocupa una línea frontal de la fachada del mismo.

Titula: «Escándalo boxístico», en sus páginas interiores un reportaje espectacular nos cuenta lo relativo a la demanda levantada contra Ray Boom Mancini, quien se niega a ejecutar su próxima pelea en Saint Vicent...

*Rossana Mancini pasea por la orilla de la playa, mar Mediterráneo, con su hijo; una ventisca levanta la arena amarillenta. Ray deja resonar en su cabeza, palabras que alguna vez le fueron dichas en la escuela: —huir al menos/ a la lejana cumbre/ para librarme de lo que no puedo/ esquivar ya, aunque quisiera/...*

Lunes, 22 de noviembre de 1982.

*En el poblado de Kojin, a 160 kilómetros de Seúl, Corea del Sur, Gimnasio Moonhawa. La joven Lee, con su traje de novia-viuda, tiene ya el alargamiento del rostro y el aire lejano en la mirada que van adquiriendo las mujeres en el proceso mismo del embarazo.*

*El ataúd a su lado, tiene en la cabecera un enorme retrato de Kim, enmarcado en negro. El lugar está lleno de dolientes, algunos tienen entre sus manos fotografías de Kim. Frente a la imagen todos hacen su reverencia. Se quema incienso. Yang Sun Nyo solloza suavemente al lado del cadáver de su hijo. Presenciamos el velorio y la ceremonia del matrimonio póstumo de Duk Koo Kim, y su novia Lee Young Mi. Todo transcurre con rigurosa sobriedad. Lee, siempre serena, dibuja una leve sonrisa, colocando su mano sobre el vientre abultado, cobija sintiendo el movimiento de su hijo.*

*Los dolientes salen del lugar en orden silencioso.*

*Lee ha quedado sola y contempla la espalda de la pequeña Yang Sun Nyo que se aleja encorvada por el dolor. Un cielo se expande como techo sobre la costa del mar Amarillo. La joven abraza su leve carga y piensa en su amante y en su hijo. Sabe ahora que: el agua de un riachuelo verdadero/ nunca terminará/ aunque corra.*



## **RUISEÑOR BLINDADO**

*A Sergio, mi hermano*

Primero buscar la luz. Ir al encuentro de alguna ventana para el alma, para el respiro, para que el olor a polvo acumulado salga. Luego: sacudir las sábanas, recordar que aquí hay un amarillo con gaviotas blancas volando, rememorar en la retina el anaranjado de la platera, y la niña en la puerta con el lazo enorme sobre la cabeza. Comenzar por mirar el caballo con alas y volver al tiempo en que con júbilo entrañable se le hizo posar donde ahora se le ve (entre discos de Ella Fitzgerald, cerca de «Porgy & Bess», Joan Báez y el Bob Dylan). Ahora: sentarse frente a la máquina de escribir y contemplar desde allí la fotografía de Edward Robinson, con abrigo y sombrero bombín, agarrándose el brazo derecho en la zona justa en donde recibió el tiro (tomar el ejemplo del Robinson, y reducir el tiro recibido a un fragmento del cuerpo, a una porción comprimible, aislable...). Ser feliz tomando conciencia de la posesión de una maravillosa colección de *National Geographic*, y entender que con ella posee también todos los peces, todas las aves, todos los mamíferos, y las montañas y los ríos y las llanuras y los océanos. Levantar las piezas del ajedrez del piso, poner al rey donde le corresponde, desplazar a esa reina, aprovisionarse de peones, mantener a raya los alfiles, disfrutar la elegancia de los caballos. Contemplar la línea flotante de los papagayos, estudiar a conciencia la fragilidad de su material en función de su condición volátil, tomar nota de ello..., contemplar igualmente la capa, la bufanda y el sombrero del personaje que vigila el jardín, sinsabor

entonces del cobijo, de la cubierta, de la necesidad de crearse armadura (ruiseñores, sí rruiseñores, pero rruiseñores blindados), revisar las plantas, retirar las hojitas secas, podar las desmayadas, preocuparse por sus avatares y enturbios, traer agua y regarlas meticulosamente una a una, saber que suspiran, respiran, se incorporan.

Revisar rosas y papeles, saludar al dragón en la cocina, cuya depresión frente al pavo real parece incurable.

Descubrir el circo de papel sobre el estante y traerlo al centro de la sala, sobre todo eso: traerlo al centro de la sala. Conciliar quiere decir: descubrir a la equilibrista, saludarla con sombrero y sonrisa, admirar la belleza del caballo pinto, comparar la delicadeza del payaso, descubrirte entre las gradas o en el balcón de los músicos y volver a respirar hondo, hasta lo más profundo de los pulmones.

Revisar el estante y tomar *La vida secreta de las plantas* en versión de Stevie Wonders y colocarlo sobre el plato del aparato, dejarlo sonar como un himno invadiendo el lugar, ir al baño y abrir el grifo de la bañera, agregar sales discretamente, hacerle un guiño a Marilyn Monroe en la foto mientras te desvistes.

Dentro del agua tocar todas tus partes, recuperar la superficie de tu piel y reconocerte en ella. Sentir el sonido en el estacionamiento de las frutas del árbol que caen al piso (saber pues, que tus oídos recuperan los sonidos del mundo). Salir de la bañera, secarte parsimoniosamente, escoger a continuación un atuendo que te guste, mirarte con placer en el espejo, disponerte al espacio de afuera, a la confrontación con los otros, y saber una vez más y desde la raíz misma, que como todo rruiseñor te ocupa la condición del solitario, mas la sustancia de tu esencia es el néctar, ¿qué más da?...

## **SALVAR LA ROSA**

*Y me separo siempre  
extranjero  
Naciendo  
tornado de épocas demasiado  
vividas.*

GIUSEPPE UNGARETTI

Lo dejo. Yo lo dejo. Quiero decir, se lo permito. Una rosa diaria, una rosa eterna. Su sonrisa de niño deslumbrado. Lo dejo. Él no sabe de algunas glorias. De algunos infiernos tampoco. De este cansancio. No sé por qué uso la palabra cansancio. Palabra en el fondo serena en su cadencia... compuesta de can, perro, y ansia, ansiedad, anhelo quiero decir. Ahora hay un balcón nuevo. Desde que estoy aquí la ciudad es como un mosaico visto desde lo alto, la contemplo como si se tratara de un lugar distante a mí, a la cotidianidad de mi colonia para después de afeitarse, o las imágenes que aparecen y desaparecen en la pantalla del televisor, podría hasta decir que ella es una de esas imágenes cuyo contraste y color puedo modificar a voluntad, tocando los botones del aparato.

Él trae la rosa, y cuando lo hace no sabe de mis infiernos, en todo caso yo seré el último que se lo haga saber, ¿para qué?, ¿cuál sería el sentido? Anoche soñé con hormigas, se paseaban diminutas entre las sábanas, era como una arena oscura. Vuelvo a la ventana, necesito ese perfil que pasa, esa belleza que se escapa

de un salto, que flota en la calle, que se respira en el café, que está a la vuelta de la esquina.

La oficina con su aire de ejecútese, su elaborada pulcritud ejecutiva se me convierte con frecuencia en el escenario de la historia imaginaria. Una mirada, un gesto, bastan. Ellos saben que quiero sólo piel, esa tersura, ese mohín, poseer arcángeles es un sistema como cualquier otro de asesinar a la soledad. Los años no dan tregua, es curioso, pero antes nunca entendí eso de los años. La vida siempre fue una larga carrera interminable, alguna estación de gasolina al paso, y el desierto llamándome, la aventura en la puerta, la pulcritud de la fórmica en el mesón, el traje elegante en la vitrina, una conjunción de la delicadeza de la vieja Europa y el galanteo americano, bota de cowboy, sombrero alado, Sam Shepard sentado frente a la mesa mirando desde la ventana de un motel, al fondo alguna vez Olivier Messiaen hace oír su *Cuarteto para el fin de los tiempos*. Fondo perfecto para la seducción de ese perfil, que pasa, vendrá hoy, estará en mi cama haciéndome saber de su ternura, de su pasión voluble y de la mía, a lo mejor mañana no le veré, a lo mejor nunca más, y no importa. Los ángeles son siempre terribles. Ese cielo de hoy me hace recordar alguno que pude contemplar desde algún navío en algún viaje que ahora no logro ubicar, es posible también que lo relacione con el escenario de un último film, al final qué importa, yo fui uno de los más bellos, ¿lo creerán ustedes? Los superaba a todos, a estos de este presente... Mi madre pasaba las tardes con las manos colocadas sobre la falda como cualquier condesa arruinada, pensando en el futuro, y yo partí. Han sido muchos los viajes, las posibilidades de encuentro. Saltar, intentar el palpito apasionado es una receta como otras, la soledad no es sólo una palabra, y yo le declaro la guerra. Asumo mi derecho a escoger el arma en este duelo.

Recibo su rosa, ¿para qué el infierno?

Relatos inéditos o  
publicados en revistas



## **EL UNIFORME N° 6 (1993)**

Nada más. Ni una línea escrita, ni una nota para la tintería, ni un ticket del cine, ni una servilleta arrugada y menos aún una libreta de direcciones. El resto del escritorio es una superficie perfectamente limpia.

Revisé las gavetas adicionales anoche mismo, otra desilusión: un calzador de zapatos, trenzas de repuesto para las «gomas» de jugar en el campo. Nada. Ningún indicio de la vida que llevaba.

Voy al baño, ya deben estar esperándome. Entro a la ducha y se me ocurre que él debía colocarse exactamente en este mosaico bajo la regadera cuando se duchaba, me enjabono con lentitud. ¿Tendría amigos? Esa muchacha de la fotografía debía significar algo especial para él, para haberla colocado allí junto a la nuestra. ¿Cómo saberlo?

Desde la ventana del baño puedo escuchar cierta algarabía en la calle, es natural, los buhoneros rezan desesperados su mercancía, venden vírgenes marías, san joseses, niños jesuses, pastores, ovejas, casitas de cartón, espejos mínimos para simular pozos de agua, palmeras metálicas, pesebres, incienso, escarcha para la estrella, para las nubes de los cielos dibujados. Pero el que no armó su pesebre hoy ya no lo hará, esta noche nacerá el niño. Hay que venderlo todo pues, rematar a precio de gallina flaca.

Terminada la ducha seco mi cuerpo con frotos fuertes de la toalla, así lo hacía él, seguramente. Abro el gabinete del espejo: algodón, crema de afeitar, afeitadoras desechables, dos, tres, una brochita de las viejas para regar la espuma en la cara, «jeanmarifarina» (ya no se usa, qué extraño), y... valium de 15 miligramos, ¿para qué?, ¿cuándo?

Agarro el frasco y voy a sentarme a la cama con la toalla sobre los hombros, ¿cuándo aprendería a tomar estas cosas? Mi memoria atraviesa décadas y estamos en la Navidad de sus ¿dieciséis, diecisiete?, un pantalón de dril gris, reformado de uno que perteneciera a su abuelo. La camisa es de mangas largas, rosado suave, con líneas apenas perceptibles. Sonríe, en la cocina están sus compañeros de liceo, Jacinto Pata'è loro, Ochoita, y la Cecilia. Él destapa la botella de ron, quiere hacerlo con naturalidad, como si hubiera destapado muchas en su vida, como si hubiera tomado muchas en su vida. Cecilia le tiene los ojos clavados, lo desnuda con la mirada, Pata'è loro hace un chiste y las carcajadas estallan, sale el vapor de la olla gigantesca, huele a hierbas, a carne cocida, a hallaca, a sudor adolescente, a vino Sagrada Familia, a pólvora, a luz de bengala, una línea de miradas se cruza secreta entre Cecilia y él, está en el aire, el ron es para darse el coraje, dentro de unas horas su cabeza y sus ojos y después sus piernas, su torso, su cadera, todo será libre al son de los vuelos de su corazón seducido, debía pensar: de los corazones de ambos, pero, siempre tuve la sensación de que el de las entregas totales era él, o al menos eso me hizo creer a lo largo de todos estos años.

Termino de vestirme, paso a recoger sus pertenencias, todo entra en el pequeño maletín que traje, la maleta llevará exclusivamente los uniformes.

Dejo todo preparado y bajo a la recepción. La señorita encargada me sonríe con condescendencia, asume mi papel de circunstancias.

El entrenador y el apoderado del Club me acompañan en el automóvil, nos miramos y conducimos silenciosamente, pienso en el tiempo que pasó él al lado de estos hombres, diecinueve años de su vida, más de lo que yo lo tuve cerca, y ellos no saben más de él por eso (o acaso prefiero pensar que soy yo quien le conocía, para consolarme); mil preguntas me acosan, pero no las pronuncio, las dejo dialogar en mi imaginación.

Atravesamos el Paseo, a lado y lado de la avenida el griterío de los buhoneros y el colorido del movimiento me recuerda la

cercanía de las fiestas nocturnas, a las doce el nacimiento del niño, el Mesías, como dicen los aguinaldos, como rezan los Salmos, el Hijo del Señor. Lo veo todo como una película, como una escena de televisión.

De nuevo mi memoria juega a llevarme a otros espacios, New York, 1972, ¿quién pensaría que alguna vez íbamos a tener una Navidad «gringa», con nieve, árboles de Navidad insólitamente abigarrados, pavo relleno, nueces, especies, villancicos en lengua desconocida?, allí estábamos, contemplando el mundo desde un balcón ajeno a nuestro sol, la cadencia de esta lengua almidarada. Él había sido contratado para la Serie Mundial, meses sin vernos y de pronto: un boleto de avión, algunas fotografías a color, una desconocida a su lado, dos niños. No había contado nada, nunca lo hacía, ni cuando era niño, me acostumbé a sus silencios, su intimidad era un derecho inviolable, a lo mejor yo le enseñé a ello sin proponérmelo.

Me recibió envuelto en abrigos de género grueso y elegante, los guantes y la bufanda lo hacían parecer un retrato de alguien desconocido, un maniquí de revista extranjera, el abrazo, las frases en castellano, me sacaron del sopor inseguro de los trámites del aeropuerto. Fueron unos días difíciles para mí, creo que para ambos, lo sentía distante escuchándole hablar en otra lengua, besar esa esposa rubia, mecer sobre sus piernas a aquellos niños que más parecían extraños que sus propios hijos. Tomamos champaña en el balcón, un muñeco de gigantescas dimensiones, trajeado de San Nicolás en la síntesis de las líneas del plástico acorazado, nos recordaba la fecha que celebrábamos: volvía a ser él cuando estábamos solos y yo podía reconocer esa sonrisa tan suya, esa mirada de calor estallante.

Pasaron varios años para volver a saber de él por su propia voz, sin embargo podía localizarlo en la imagen de los periódicos, supe así del divorcio, el escándalo, el final de su contrato y años después lo ubiqué en este Club de una ciudad de provincia, haciendo una labor didáctica, y reencontrándose con algunos de sus camaradas adolescentes de otra época más feliz.

Ahora estamos en el Club, Jacinto ha tomado las llaves del *locker* para retirar las pertenencias, los demás observamos, así van saliendo y los recibe: un uniforme (el número 6, el que usó durante los últimos diecinueve años), un par de zapatos de juego, cuatro bates marca «Louisville», tres mascotines de inicialista y una estampa de la Virgen de la Divina Pastora.

Recojo todo, no puedo evitar una lágrima que se escapa por detrás de mis lentes oscuros.

Regreso al hotel, a su misma habitación. Mientras guardo las nuevas pertenencias, me adormece un sonido de regaderas abiertas, alguien entona una guitarra en otro cuarto, y alguien recuerda un tango desde el eco de su ducha: «En la doliente sombra de mi cuarto/ pero no hay nadie/ no viene...»

Duermo, el cansancio me vence.

Al despertar son las seis de la tarde, observo que he sido diligente en el ordenamiento del equipaje, las maletas me miran desde el piso.

Recuerdo el entierro, ayer, el estadio universitario estaba abarrotado de gente, lo imaginaba en el rostro de cada uno de sus compañeros de equipo, todos de pie cantaron el Himno Nacional, creo que estaba dormida o no podía acostumbrarme a la noticia, sólo hoy tomo conciencia de lo que ocurrió, y un destello de felicidad inesperada me embarga. él hubiera sido feliz de saberse despedido de esa manera.

Alguien toca a la puerta de la habitación. Abro.

Es un niño. Me sobresalta verle, tiene unos 8 años y lleva puesto un uniforme de jugador de pelota. Acaso es mi hijo que viene a recordarme con más ahínco su historia; en segundos me recupera la presencia de un adulto a su espalda, distingo a Jacinto.

Señora Clemencia, éste es mi hijo... veníamos a invitarla, si no se ofende, o si no la molestamos, ¿le gustaría pasar la noche de Navidad con nosotros?

Por un instante dudé. Pero, ¿por qué no?, ese niño podrá hacerme recuperar por unas horas al que tuve hace cuarenta y cinco años, respiro, miro la luz de la ventana, los fuegos artificiales

están comenzando a dejar al descubierto los hilos luminosos de la noche.

Sí, hijo, gracias, iré con ustedes.

Corro frente al espejo del baño, paso un peine por mis cabellos, sonrío como solía hacerlo él.



## **ATENTADO PRESIDENCIAL (1999)**

La pantalla del televisor, la voz del locutor: un automóvil negro, gente que corre. 24 de junio de 1960, alarma nacional.

Hace sólo siete días que él cumplió nueve años, entre el toddy y los regaños de la señorita Carolina.

El televisor transmite el sonido de una sirena, ambulancia o patrulla, entre una confusión de soldados con fusiles al hombro. Todo está en movimiento y el niño presiente un golpe directo, en la sala de una residencia militar en donde un soldadito lo cuida. El padre se viste, se coloca la chaqueta con charreteras, lo despide con un beso; tiene aire solemne.

Entre la imagen del televisor y esta despedida hay un hilo invisible.

El locutor de televisión usa la palabra atentado, estalló la bomba, el Presidente salió ileso, murió el Jefe de la Casa Militar.

Él, desde sus nueve años, aún despide a su padre desde la ventana, y lo ve irse rodeado de sus subalternos.

Ella, en otro escenario, también tiene nueve años. Está acostada en el piso mordisqueando unas tostadas con mantequilla y toma de un vaso su toddy frío de las noches.

Su padre explica frente a la pantalla del televisor, están haciendo una transmisión «por microondas»; su madre y sus hermanos escuchan mirando con interés las mismas escenas del automóvil y el retiro del cadáver del Jefe de la Casa Militar.

Falló el atentado, qué broma.

Escucha que dice alguien.

Ella presiente en el intercambio de miradas entre los adultos, que vendrán dificultades, que algo oscuro, oculto se avecina.

Ahora vendrán los allanamientos. Dice su madre.

Pondrán preso a todo el mundo, dando golpes de ciego. Dice el padre.

El niño llora entre las sábanas, se acostó por orden del soldadito pero su padre aún no llega. Avanzada la oscuridad y entre sollozos escucha finalmente su entrada. El soldadito que le acompaña tiene una sonrisa de reposo. Su padre lo abraza.

Y ¿todavía despierto este muchacho?

Después escucha palabras nuevas, mataron al Ministro de la Defensa, al Coronel Armas Pérez, pero ya está todo bajo control.

Se adormece queriendo abrazar al padre, su olor de 4711, su aire sosegado.

Ella tiene pesadillas: su casa invadida por bayonetas, fusiles, hombres uniformados, en medio de la algarabía trágica, su padre sacado a empujones.

Los adultos susurran, las conversaciones adquieren un aire secreto.

Junio de 1968, o agosto o noviembre. Él es un mozo de cabellera abundante como Enrique Guzmán, o Elvis Presley.

Marinero en tierra ya sabe del horror, de la ley de la fuerza, del castigo, de las ambigüedades del alma.

Ella, con blue-jeans y franela expresa su luto por el Che en Bolivia, Ernesto/ Camarada/ tu muerte será vengada. Sabe de Vietnam como de una roncha y participa en las manifestaciones frente al Consulado Americano («Sooolo queremos/ un chance a la paz»). En medio de las contiendas cotidianas, ya ha vivido los tactos fugaces, y ese «encendido amor, del que me estoy muriendo».

Neil Armstrong pone sus plantas sobre la superficie lunar y flota balanceándose para el mundo.

Él: se fuga de la Marina y es desertor, después de cargar los cadáveres en bolsas plásticas, de los puertorriqueños. En ese nuevo andar nómada, «Mother» en el grito de John Lennon invade cada rincón de su cuerpo, y en otro lugar lejano ocurre lo mismo con ella.

Ambos saben ahora del mal y de que el mal ha llegado, para quedarse.

Ambos, desde lugares distantes, han convivido también con el grito sobre el escenario en aquel esfuerzo titánico de mandíbula comprimida y el sudor corriéndole por el rostro, el micrófono apretado entre las manos como si fuera la única tabla de salvación y: «Qué pensarían ustedes si yo/ desafío al cantar la canción...» Yo trataré de no desafinar/ con la ayuda que ustedes me den/ ¡Ayyy!, y si cantan ustedes también/ Trataré de llegar al final...».

El nomadismo afuera, la traducción del sentimiento a otras lenguas, el hogar, home, sin cordón umbilical y finalmente el retorno.

Puerto Ordaz o Puerto la Cruz, Aragua de Barcelona o Tovar, Ciudad Ojeda o San Cristóbal, San Juan de los Morros, Caracas. De Rosa Luxemburgo a Dylan Thomas. De Juana la Loca a Felipe el Hermoso. Terminales barrocos, agua Minalba o Browncola, llenar formularios, hacer antesala.

Muy atrás quedó el amigo en el árbol compartido de la escuela, los faroles encendidos a las seis, el Llanero Solitario y su amigo Toro, el toddy caliente y las tareas hechas acostados en el piso frente a la pantalla encendida del televisor.

Igual que la piel incendiada furtivamente, fornicar dentro del automóvil, el interrogatorio carcelario, los amigos torturados, las noches en vela. Saber del amor en otras lenguas, amanecer tiritando de frío en lugares no imaginables, con paisaje de postal de viaje al fondo. En este largo viaje hacia la vida, en este largo viaje hacia la noche, en este largo viaje que no cesa.

La cotidianidad es el software y el sonido suave al fondo del aire acondicionado, la malanga crece y el cariaquito mora'o florece, y el jazmín aromatiza y los malabares dan flores también, entre mango y treyolí. Ella ha parido tres veces y se ve extraña en su gesto de señora divorciada-interesante.

Él visita una hija los domingos, y van al cine, a la piscina, al Parque del Este, al McDonald's.

Y como en las películas «sueño americano» estos dos se encuentran, puede ser en la antesala de la Cinemateca Nacional, entre Vetiver, Picasso o Ana Karenina, con espaguetis a la napolitana de fondo y por encima del Challenger y Chernobill. Y son como dos selvas que se investigan tragándose, húmedos, vulva y leño, persistentes. Rosalía de Castro recordando que el musgo es para la roca.

Leer a O'Neill y Tennessee Williams tomando un carajillo resplandeciente y comiéndose un lebranche a lo largo de su espina dorsal, bajo un cielo de nubes de creyón prismacolor.

Muy atrás ha quedado, nadie sabe por cuánto tiempo (porque el tiempo es una invención humana sin fundamento, aplazada en la revisión del final del siglo) aquella noche del 24 de junio de 1960 en la cual, ambos lloraron, por razones muy distintas, temiendo un mal final sin cobijo paterno, por un atentado contra el Presidente, que ya, en este país, nadie recuerda.

## **LA PENSIÓN DE LA CALLE MIRAFLORES (1974)**

Para llegar a la calle hay que contar tres cuabras a partir de Alameda. Eso significa además, pasar frente al cerro Santa Lucía, las escaleras blancas, los fotógrafos con sus camaritas de cajón, el sombrero, el caballo, un pequeño caballo inmóvil de ojos de vidrio y silla de listones, para subir a los niños con su trajecito de domingo, y tomar la foto que irá al álbum familiar.

Frente a la placita está el Museo y la Escuela de Bellas Artes. Uno sigue por la misma acera hacia abajo, tres cuabras justas. Es decir, deteniéndose en ese punto de la Alameda, en la esquina, a la izquierda. En el camino hay una vieja librería que vende revistas, en un lugar rentado por una señorita de unos cuarenta años, de estatura mediana, cabello gris, quien siempre tiene puesta una bata gris. Ella compra y revende libros. Son cosas viejas. Hay varias colecciones de revistas, las vende muy barato. Una colección de revistas femeninas de los años cuarenta sale por trescientos escudos; es un buen precio. Más adelante una casa azul, es una venta de anime, ese material blanco, que se utiliza en pequeños trabajos manuales. Es curioso entrar porque se consigue todo tipo de cosas allí, juguetes, adornos de decoración. La pastelería queda en la cuadra siguiente, pero habría que doblar a la izquierda y nos desviaríamos. De aquí se ve ya. Aquel anuncio alargado. Lucecitas de neón. Dice: El- Cor-do-bés. Y más arriba, en letras pequeñas: restaurante parrilla. Es allí. Tiene una reja cerrada.

Aparentemente pero al acercarse puede darse cuenta de que permanece abierta. La escalera está oscura, pero no hay nada que temer. ¡Ah! Esta calle que recorrimos es la calle Miraflores. No lo olvide.

La escalera es larga y dibuja una curva. Se llega a una especie de salón, muy modesto. El piso es de mosaiquillo rojo y hay dos poltronas recostadas a la pared, de tapicería plástica, un color amarillo verdoso. Al llegar se descubre que la escalera no finaliza, continúa a la izquierda. Este es uno de los pisos de la pensión, con varias puertas y un pasillo a la izquierda. Siga el pasillo.

La primera puerta está abierta. Es el baño. Hay una bañera, una ducha, el lavamanos y el escusado. Una ventanita que da a las paredes de la otra casa.

Este baño es oscuro y resulta poco aseado. Salgamos.

Hay dos puertas más a la derecha, pero no nos interesan.

A la izquierda doblamos. Esa puerta del candado amarillo es su habitación. La de al lado es la de Mario. Mario es un muchacho que trabaja en la compañía productora de fósforos.

Toquemos a la puerta que nos interesa. Pero la habitación parece estar a oscuras. No se preocupe, nuestro amigo puede estar durmiendo. Alguien ha dicho que pasemos. Bien.

Quita el candado con cuidado y entran. La habitación en efecto, está oscura, y cuesta acostumbrar los ojos para poder distinguir el contorno de los objetos.

Hay una cama, y puede distinguirse ahora a un hombre pequeño, envuelto en varias cobijas, que estira el brazo y toma sus anteojos de sobre la mesita de noche. Tiene el cabello revuelto. Hay también un enorme escaparate y una mesa, con muchos libros colocados de manera desordenada.

—¿Cómo andás, che?

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Cómo te va, bien?

—Bien, allí... Mirá che, conocé a un amigo venezolano.

El hombre se sienta en la cama para que su mano alcance al pie de la cama.

—¿Qué tal?

—¿Cómo le va?

Estrechan las manos.

—Mirá, este compañero acaba de llegar y no tiene dónde quedarse, y como vos me habías hablado de que esta pensión

estaba tomada, y todas esas cosas, pensé que no te molestaría darle alojamiento por unos días, mientras consigues otro lugar.

— Fenómeno che, no te preocupes, no lo voy a dejar a pie, aquí nos acomodaremos, un poquito incómodos pero...

— No se preocupe, está bien, muchas gracias.

— Aquí podés quedarte, dejá tus cosas en ese rincón, si querés salí, no hay problema.

— Bien, gracias, vamos entonces...

— ... Ah! Y cuando regrese ¿Por quién pregunta?

— Que pregunte por el uruguayo, o.... por Andrés... ¡Ah! Muchacho, tenés que regresar antes de las once, porque a esa hora se cierra la reja de abajo.

— Gracias Andrés, vuelvo temprano

— ¿Vamos?

— Sí, vamos.

La «guriza» tiene ojos de india, pequeños, oscuros, y una piel más llamada a ser del trópico que de por aquí.

El cabello es largo, y siempre llega con muchos libros bajo el brazo y un suetercito sobre los hombros.

Es entonces cuando Andrés, muy cuidadoso de la línea de sus pantalones y la rayada del peinado de su cabeza húmeda, saca la bombilla del mate. La limpia. Coloca hierba nueva. Y la jarra de peltre, blanca, sobre la pequeña hornilla eléctrica. Se habla de Montevideo, se hacen chistes, se enciende la radio. Oscurece y Andrés enciende la lamparita sobre la mesa de noche.

Sobre la mesa, los libros han sido cuidadosamente ordenados; un tratado de economía política, algunas publicaciones de *Marcha*, hojas de papel en blanco, un lápiz.

La cafetera, la bombilla, lonjas de queso envueltas en papel blanco. Pequeñas pertenencias.

Las sábanas fueron cambiadas y colocadas cuidadosamente.

Una muchacha entra, él la sigue. Sonríen.

Cierran la puerta y la ventana. Alegría de domingo flota por toda la habitación.

Después, preparan un buen té, bien cargado.

El piso de la habitación es también de mosaiquillo rojo. Está siempre muy limpio. Se reúnen una vez a la semana. Está aquella muchacha alta, de cabellos claros, con su bebé, al que ya le salen los primeros dientes, y juega todo el tiempo a mordisquear un pequeño juguete de goma. Está el chico de la boina y la chaqueta negra. Está la pareja del primer cuarto. Y por último los invitados que varían, que son distintos cada vez.

Andrés habla de muchas cosas, cuenta anécdotas de la fábrica metalúrgica, las placas de metal volando sobre su cabeza, el horno, el litro de leche quincenal. O cuenta de Giuseppe Garibaldi, de cuando éste estuvo allá, por el Uruguay.

En algunas reuniones no se le permite participar. Andrés dice:

—Mirá, che, hoy a la mañana tendremos una reunión acá en la habitación, es muy importante. Perdonáme pero no te podés quedar, disculpáme che.

—No hay cuidado Andrés, está bien ya salgo.

Se coloca el suéter negro, recoge algún libro y sale a caminar.

Llega el otoño sobre la ciudad. Una neblina espesa baja en la madrugada, y las líneas de los edificios aparecen borrosas.

El lenguaje, los términos manejados cotidianamente, ya son normales al oído, parecen la canción de toda la vida. No hay más referente que la palabra misma. La pensión es azul. Mario tiene novia con la que se casará muy pronto. En la semana llega regularmente a la habitación a la misma hora, cinco, seis de la tarde. Pero los sábados, todos saben que regresará con los ojos rojos de vino, tarareando no se sabe qué.

Andrés lee siempre, casi a oscuras con la luz de la pequeña lámpara. Se cansa de leer y prepara un mate. Sale muy poco.

El otoño cae sobre el parque forestal, y aun así, los paseantes no lo abandonan.

Flota también ese color, en la estación Mapocho, con las colas para comprar el ticket del tranvía, y los vagones detenidos.

Un poco más allá: el mercado persa. Los charlatanes instalan sus maletas sobre banquitos, para comenzar el discurso del vendedor hábil, mientras la gente, casi sin quererlo, se agrupa alrededor.

Él piensa en la «guriza». Ahora sabe que es del sur de Chile. Trabaja como enfermera en un hospital, cercano a la calle Miraflores. Tiene un niño de tres años, a quien los domingos lleva a pasear por el parque.

El comité de toma del pensionado se llama «Hô-Chi-Minh», se nombraron ya los responsables de los turnos para la limpieza, la comida, y el cuidado o vigilancia de la puerta. En la mañana salen todos a sus trabajos.

Al nuevo, a José, que se ha quedado, parece que para siempre, en la pensión, lo colocaron como aprendiz en una pequeña imprenta. Regresa siempre al almuerzo y prepara la sopa en la hornillita eléctrica, que tiene en la habitación.

En la habitación, además de Andrés, hay un invitado casual, es con frecuencia, la «guriza».

Se enciende la radio, y se conecta con la emisora de Montevideo. Entonces comienza un aire extraño, que los mantiene tensos, a la espera de algo que podría ocurrir, y que no saben exactamente qué es.

José, al principio, los observaba nada más. Pero ahora, también siente lo mismo que ellos. Escuchan noticias. Listas de nombres. Son los perseguidos.

Se come en silencio, hay una como complicidad secreta, aunque no sepa a quién pertenecen esos nombres.

Una vez se enfermó, al llegar de vuelta de la tipografía, tenía algo de fiebre. Después aumentó la temperatura y comenzaron los escalofríos y el desvanecimiento.

Andrés lo envolvió en dos frazadas y un viejo impermeable. Lo cuidaba bien. Compró naranjas y limones al vendedor de la esquina. Le preparaba té muy caliente, continuamente. Y en medio de la fiebre, lo vio en delirio, reconstruir viejos recuerdos. Vio esas imágenes tejerse, como un encaje, delicadamente, y vivir por instantes, en esa habitación.

A la mañana siguiente la fiebre había bajado, y se guardaron las palabras como valioso secreto.

En los periódicos se publicaban extrañas noticias. La situación no podía ser considerada de absoluta normalidad. Algo muy fuerte venía. Algo hermoso, iba a ser destruido. Los sindicatos obreros estaban al tanto de lo que podría pasar, se reunían ahora con mayor frecuencia, las juntas de vecinos, los centros de madres, las juntas de aprovisionamiento y precios. Había días en que podía temerse lo peor.

En la pensión se sentía una agitación general. Se discutía en las noches, alrededor del mate, cada uno tenía una posición ante el hecho. Sólo había algo en común: todos perderían si el acontecimiento se daba.

El allanamiento fue en las primeras horas de la mañana. Aún no se había bombardeado el Palacio Presidencial, y el compañero Allende hablaba desde allí.

La radio estaba encendida cuando llegaron los carabineros. Era el segundo boletín de la Junta Militar.

Traían cascos de plástico y los impecables uniformes.

La última vez que se supo de Andrés, y de José, y de todos los demás, estaban presos allá en el estadio Nacional, después los trasladarían no se sabe a dónde. ¿Dónde estará la «guriza»?

## **RENACIMIENTO (2004)**

Enterraron al padre una mañana lluviosa de mayo. En la comitiva les había acompañado buena parte del pueblo. Después del oficio de rigor el cura sacó su pañuelo y se alejó secándose el sudor en la frente. Los asistentes dejaron caer algunas flores sobre el féretro, y la hija rodeada de sus hermanos, todos varones, pronunció breves palabras en su honor.

A la mañana siguiente cuando cada hijo hacía los preparativos para regresar a sus casas y pueblos, vinieron a avisarles que el ataúd, habiéndose salido de la tumba, flotaba libre por terrenos del cementerio.

Se trasladaron al sitio para enfrentar el entuerto y de nuevo contrataron enterradores y palas para proceder como era requerido.

En la tarde de ese día, en la tranquilidad aparente de la reunión cada hijo tuvo algún motivo para inculpar a sus hermanos de anécdotas y circunstancias que inferían actos de abandono al padre. Hubo gritos y llanto entre ellos, y las situaciones desconocidas u ocultas de unos y otros salieron a flote. Decidieron dormir como Dios manda para regresar a sus lugares de origen en la mañana.

Ya ataviados y pertrechos para las respectivas vías, vinieron de nuevo a notificarles que el ataúd se había resistido a su guarda, y no se sabe cómo, había surgido de entre las entrañas de la capa gruesa de cemento y sobre ella, miraba al cielo.

Esta vez se organizaron mejor en la vieja casa, Eduilena, la hija, pasaba horas sacudiendo muebles que habían pasado años cubiertos con sábanas, obligados al reposo, y en su andar la mujer

iba encontrando papeles, detalles, fotografías y otras huellas inesperadas en los estantes, sus hermanos: Rafael y Fernando, la ayudaron a preparar la comida en ollas antaño usadas por la madre, recibieron visitas y revivieron uno a uno capítulos de sus vidas anteriores en aquel pueblo que los viera nacer.

Rafael, el hermano mayor, se ocupó directamente de regresar el ataúd a su lugar, pala al hombro, pie en tierra.

Sobre él recaían la mayor parte de los reproches de los otros, y consideró la tarea como la penitencia convenida.

Entre todos, tácitamente, decidieron permanecer unos días en el pueblo para asegurarse de que el incidente no se repetiría, y el ataúd habría de cumplir su misión como guardián, en el fondo de la tierra dando reposo definitivo a los restos del que había sido el padre de todos.

Entonces, cada uno retomó amistades y circunstancias que habían dejado sin efecto al trasladarse, tiempo atrás, a otros lugares, amores y destinos. De manera extraña era como reiniciar sus vidas con el derecho a usar la experiencia para evitar los errores.

Fernando, el menor, una mañana en que intentaba conectarse en la oficina de comunicaciones para saber de las incidencias de su casa, ahora lejana, descubrió entre los clientes del lugar a Leticia, su novia de la adolescencia, y todo pareció renacer entre los dos.

Las llamadas continuas a sus celulares, los correos electrónicos, los infinitos mensajes de quienes les requerían desde lejos comenzaron a mermar con el paso de las semanas y los meses.

Con sus nuevas vidas la casa resplandeció, las matas del patio volvieron a crecer recuperando vigor y colorido, se llenó de pájaros la estancia con los cuidados de Eduilena (ahora más joven en su aspecto, puesto que había borrado de su memoria cualquier dolor de los últimos años). Sus hermanos hacían otro tanto, y el pueblo empezó a manifestar un esplendor y una alegría propios del padre que recupera al hijo que consideraba perdido.

Ahora todos los domingos, rigurosamente, Eduilena, Rafael y Fernando, llevan flores al cementerio, y el ataúd del padre nunca

más fue visto fuera del espacio primorosamente cuidado de su tumba.

Recibo su rosa, ¿para qué el infierno?



# ÍNDICE

## DE TEJER RECUERDOS A TRENZAR HISTORIAS

por Zulema Moret.....7

### La bella época (1969)

*Días de zozobra*.....25

*Estamos aquí*.....27

### Los Haticos, casa N° 20 (1975)

*Tranvía de sangre*.....31

*Cine de a cobrito*.....35

### Un carro largo se llama tren (1975)

*Supongamos que no has muerto y comes gelatina con manzanas*.....41

*De cómo el quiebrahuesos de Hugo corrió entre algas*

*con zapatos de siete leguas*.....45

### Dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir (1983)

*El fauno*.....57

*Ni lirios marchitos ni tigres de bengala*.....61

*Caballero de Bizancio*.....71

*Le dije es la vida y no la vi más*.....85

*Noción de espuma*.....89

### Cuentos de película (1985)

*Las piernas del blue-jeans*.....93

*Nacida para perder*.....99

*Lo que el viento se llevó*.....103

*Sangre, sudor y lágrimas*.....109

*Bambi, los hombres no lloran*.....113

### La luna no es pan-de-horno (1988)

*La luna no es pan-de-horno*.....125

*Las plumas de las gallinas negras*.....139

<i>Esta habitación es ahora un bosque</i> .....	145
<i>Regazo para un aire de nostalgia</i> .....	149
Tuna de mar (1991)	
<i>Tuna de mar</i> .....	157
<i>Gol de contrataque para defensa vulnerable</i> .....	175
<i>Aguas permanentes</i> .....	189
<i>Ruiseñor blindado</i> .....	195
<i>Salvar la rosa</i> .....	197
Relatos inéditos o publicados en revistas	
<i>El uniforme N° 6 (1993)</i> .....	201
<i>Atentado presidencial (1999)</i> .....	207
<i>La pensión de la calle Miraflores (1974)</i> .....	211
<i>Renacimiento (2004)</i> .....	217

**EDICIÓN DIGITAL**

Agosto 2017



## La luna no es pan de horno y otras historias

Laura Antillano

Este libro reúne varios de los cuentos más relevantes de la escritora venezolana Laura Antillano, producto de su amplia obra generada entre los años 1969 y 2004. En ellos la narradora evoca, desde su intimidad femenina, el dolor que genera la ausencia de lo amado, pero también la alegría de la infancia, la vida, el amor, con la habilidad de una voz que no le teme a los detalles.

Laura Antillano (Caracas, 1950) cuentista, novelista, ensayista, crítica de cine. Su obra se nutre de múltiples lecturas, así como del cine y la reconstrucción de los eventos de su infancia. Entre sus publicaciones figuran: *La bella época* (1969); *La muerte del monstruo come-piedra* (1971); *Solitaria solidaria* (1990); *Diana en tierra wayúu* (1992); *Las aguas tenían reflejo de plata* (2002).



Biblioteca Popular para los Consejos Comunales

serie Las artes y los oficios



Gobierno Bolivariano  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la Cultura

